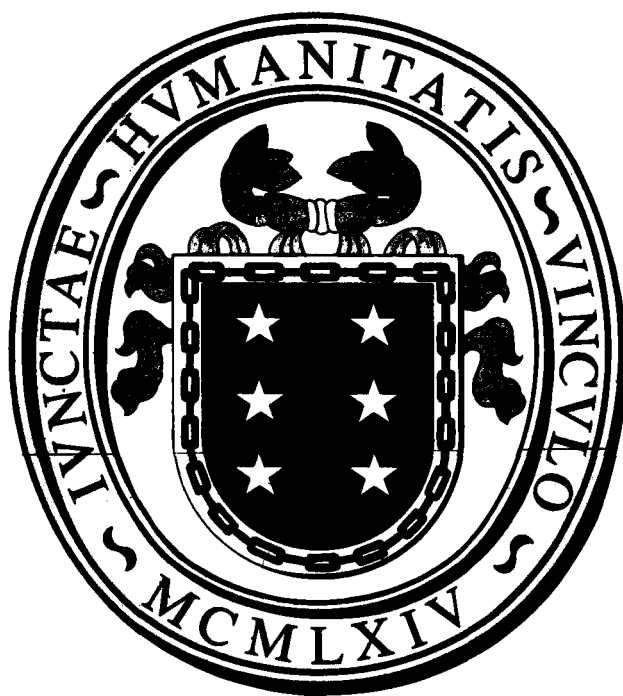


ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1981

ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE

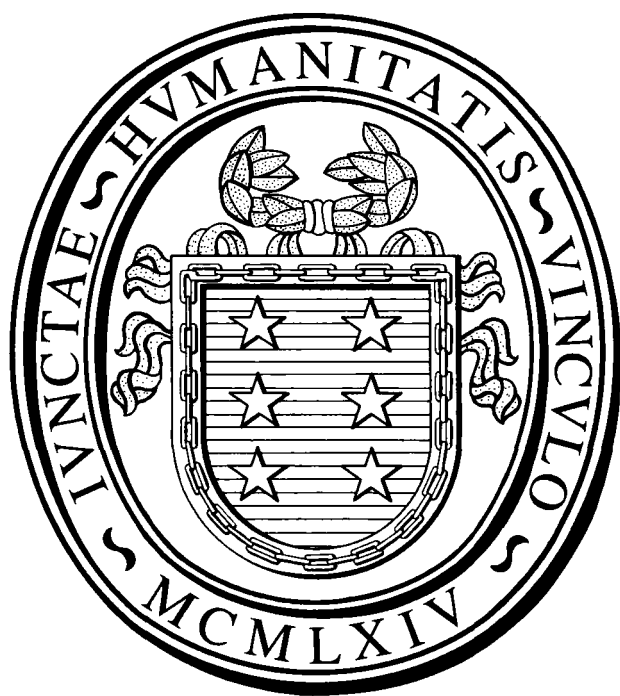
1981

Edición de 500 ejemplares
impresos en los talleres
de EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454, Santiago-Chile
en el mes de marzo de 1983,

Dibujos de *Arturo Arriaza*
Proyectó la edición *Sergio Fontana*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1981

INDICE

PRESENTACION	9
Nómina de Académicos	
“Elegancia” y “discreción” en el Coloquio de los Perros ALFREDO MATUS OLIVIER	25
Fuentes para el Conocimiento de la Cultura Griega FERNANDO CAMPOS HARRIET	53
La universidad ante la crisis energética mundial IGOR SAAVEDRA	57
Darío E. Salas D. algunas características de su obra MARINO PIZARRO P.	65
Algunas Faces o Territorios de la verdad. Ultima etapa del pensamiento de un profesor Dr. WALTER FERNANDEZ BALLAS	85
Nuestra falta de libertad en la creación artística ERNESTO BARREDA FABRES	109
Documentos para la Historia SERGIO FERNANDEZ LARRAIN	123
La Personalidad Cultural FERNANDO DEBESA	131

INFORMES	135
Ideas sobre una Política General de Cultura	137
Declaración sobre el Problema Educacional de Chile	155
Declaración del Consejo del Instituto de Chile sobre la Televisión Nacional	159
Informe de la Comisión designada por el Consejo del Instituto de Chile para estudiar el papel de la Televisión en la Promoción de la Cultura Nacional	161
Estagnación del Potencial Científico-Tecnológico Dr. HECTOR CROXATTO R.	179
OBITUARIO	187

PRESENTACION

La existencia de una persona jurídica, en especial de aquellas que el Código Civil denomina corporaciones, referentes a asociaciones sin fines de lucro, exige, a semejanza de los fenómenos de la naturaleza, de un largo proceso para que podamos tenerlas como existentes de verdad y, podría decirse aun, como entidades tangibles. El Instituto de Chile, establecido en octubre de 1964, no hace excepción: dieciocho años se cumplirán y, precisamente, cumplimos así el requisito de saber esperar, a fin de ver los frutos de un organismo eminentemente idealista. El Dr. Alejandro Garretón, nuestro fundador, persuadió en el año antes indicado, al Presidente don Jorge Alessandri, que terminaba su mandato, enviara al Congreso el mensaje que dio vida al Instituto. Los dieciocho años aludidos, se ve hoy día, eran indispensables. El propio Dr. Garretón, al inaugurar oficialmente las actividades, estimó —como lo recordamos en otra oportunidad— que se iniciaba “una tarea amplia, compleja y difícil”, agregando que a la dificultad de reunir voluntades de muchas personas, se añadía el hecho de que “un tema relativo a la vida académica, puede oscilar entre ser incomprendido hasta convertirse en el motivo de un gesto irónico”. A este respecto, nos cabe imaginar, por experiencia personal, lo que de seguro angustió a nuestro creador sortear el intrincado trámite parlamentario, y su correspondiente ajetreo político, para obtener la aprobación unánime de ambas Cámaras.

En ocasión anterior también, nos cupo hacer referencia a que la fundación del Instituto de Chile envolvió una auténtica aventura cultural, ya que no existían, en el país o en el extranjero, creaciones semejantes cuyos lineamientos hubieran podido reproducirse. Constituimos, en verdad, una institución eminentemente original, pues bien se sabe que academias existen, pero no organismos que las agrupen con cierta estructura y a la vez flexibilidad, en un todo

coherente y armónico en que las diversas disciplinas se apoyan entre sí. Conviene recordar que el artículo 1º de la Ley del Instituto lo define diciendo "... una Corporación autónoma destinada a promover, en un nivel superior, el cultivo, el progreso y la difusión de las letras, las ciencias y las bellas artes".

Los años transcurridos desde 1964 produjeron entre nosotros el benéfico resultado de aproximar a quienes trabajan en campos que en el diario vivir se mantienen distantes. La investigación y la creación, sin diferenciar ámbitos, son, por lo general, aisladas y aislantes. El Instituto ha tomado conciencia plena de ello y de su papel unificador en la cultura nacional. Esta razón, entre otras, hizo más evidente la necesidad de comenzar con una publicación como los presentes ANALES. Está también la disposición expresa de la Ley N° 15.718, citada, verdadero estatuto de la Corporación, que entre sus fines propios señala la realización de publicaciones, efectivamente incrementadas en los últimos tiempos gracias a la excelente colaboración del Ministerio de Educación Pública.

Grato es dejar constancia, al ofrecer a la consideración pública el N° 1 de los ANALES del Instituto de Chile, que hemos podido advertir, de parte de las entidades que impulsan su tarea cultural, una línea de constante mayor aprecio hacia nuestra institución y hacia quienes la representan.

No cabe, en estas líneas de introducción, entrar a detallar el contenido de un volumen que abarca, aparte de algunos aspectos generales, la actividad de las seis Academias que conforman el Instituto. Estamos ciertos que, tal como ocurrió en la Universidad de Chile, y se practica en otras corporaciones de altos estudios, las futuras ediciones de estos ANALES irán recibiendo trabajos cada vez más significativos y valiosos.

DOMINGO SANTA CRUZ
Presidente

INSTITUTO DE CHILE

Nómina de Académicos

CONSEJO

1. Domingo Santa Cruz Wilson
2. Carlos Riesco Grez
3. Roque Esteban Scarpa Straboni
4. Diego Barros Ortiz
5. Jorge Edwards
6. Sergio Fernández Larraín
7. Luis Valencia Avaria
8. Fernando Campos Harriet
9. Igor Saavedra Gatica
10. Gustavo Hoecker Salas
11. Adelina Gutiérrez Alonso
12. Roberto Munizaga Aguirre
13. Ignacio González Ginouvés
14. Julio Heise González
15. Amador Neghme Rodríguez
16. Víctor Manuel Avilés B.
17. Roberto Estévez Cordovez
18. Sergio Montecino Montalva.

DOMINGO SANTA CRUZ WILSON

Presidente

CARLOS RIESCO GREZ

Secretario General

BRUNILDA CARTES MORALES

Secretaria Ejecutiva

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

ROQUE ESTEBAN SCARPA STRABONI

Director

CARLOS RUIZ-TAGLE GANDARILLAS

Secretario

DIEGO BARROS ORTIZ

Censor

MARTIN PANERO MANCEBO

Tesorero

1. Arturo Aldunate Phillips
2. Fidel Araneda Bravo
3. Miguel Arteche
4. Diego Barros Ortiz
5. Guillermo Blanco Martínez
6. Alfonso Calderón Squadritto
7. Enrique Campos Menéndez
8. Francisco Coloane
9. Hernán Díaz Arrieta
10. José Donoso (*electo*)
11. Fernando Durán V.
12. Jorge Edwards
13. Lautaro García
14. Fernando González Urizar
15. Alfredo Matus Olivier
16. Jorge Millas
17. Hugo Montes Brunet

18. José Ricardo Morales
19. Carlos Morand Valdivieso
20. Rodolfo Oroz Scheibe
21. Martín Panero Mancebo
22. Nicanor Parra (*electo*)
23. Yolando Pino Saavedra
24. Hernán Poblete Varas
25. Carlos Ruiz-Tagle Gandarillas
26. Luis Sánchez Latorre
27. Roque Esteban Scarpa Straboni
28. Hernán del Solar
29. Abel Valdés Acuña

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

1. Héctor González Valenzuela (*Rancagua*)
2. Hugo Gunckel Lüer (*Santiago*)
3. Carlos León Alvarado (*Valparaíso*)
4. Félix Morales Pettorino (*Valparaíso*)
5. Manuel Francisco Mesa Seco (*Linares*)
6. Matías Rafide (*Talca*)
7. Oscar Ramírez Merino (*Curicó*)
8. Mario Rodríguez Fernández (*Concepción*)
9. Andrés Sabella (*Antofagasta*)
10. Osvaldo Wegmann Hansen (*Punta Arenas*).

ACADEMICOS HONORARIOS

1. Roberto Meza Fuentes
2. Cardenal Raúl Silva Henríquez
3. Sady Zañartu.

ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

SERGIO FERNANDEZ LARRAIN

Presidente

SAMUEL CLARO VALDES

Secretario

LUIS LIRA MONTT

Tesorero

FERNANDO CAMPOS HARRIET

Censor

1. Horacio Aránguiz Donoso (*electo*)
2. Héctor Aravena González
3. Alamiro de Avila Martel
4. José Miguel Barros Franco
5. Fernando Campos Harriet
6. Samuel Claro Valdés
7. Pedro Cunill Grau
8. Hernán Díaz Arrieta
9. Juan Luis Espejo Tapia
10. Juan Eyzaguirre Escobar
11. Sergio Fernández Larraín
12. Rodrigo Fuenzalida Bade
13. Javier González Echeñique
14. Fray Gabriel Guarda O.S.B.
15. Cristián Guerrero Yoacham
16. Alejandro Guzmán Brito (*electo*)
17. Walter Hanisch Espíndola

18. Guillermo Izquierdo Araya
19. Ricardo Krebs Wilckens
20. Sergio Larraín García-Moreno
21. Luis Lira Montt
22. Sergio Martínez Baeza (*electo*)
23. Roberto Montandón Paillard
24. Juan Mujica de la Fuente
25. Rodolfo Oroz Scheibe
26. Carlos Oviedo Cavada
27. Armando de Ramón Folch
28. Conrado Ríos Gallardo
29. Manuel Salvat Monguillot
30. Fernando Silva Vargas
31. Juan Uribe-Echavarría
32. Luis Valencia Avaria
33. Isidoro Vásquez de Acuña
34. Gonzalo Vial Correa

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

1. Luis Amesti Casal (*San Fernando*)
2. Oscar Bermúdez Miral (*Antofagasta*)
3. Raúl Berthelsen Repetto (*Valparaíso*)
4. Armando Braun Menéndez (*Punta Arenas*)
5. Sergio Carrasco Delgado (*Concepción*)
6. Alfonso Fernández Barros (*Talca*)
7. Roberto Gajardo Tobar (*Valparaíso*)
8. Juan de Luigui Lemus (*Concepción*)
9. René Louvel Bert (*Concepción*)
10. Maurice ven der Maele Olivier de Rens (*Valdivia*)
11. Mateo Martinic (*Magallanes*)
12. Jorge Valladares Campos (*San Javier de Loncomilla*).

ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS

IGOR SAAVEDRA GATICA

Presidente

LUIS VARGAS FERNANDEZ

Vicepresidente

ADELINA GUTIERREZ ALONSO

Secretaria

1. Gabriel Alvial Cáceres
2. Danko Brncic Juricic
3. Osvaldo Cori Mouilly
4. José Corvalán Díaz
5. Héctor Croxatto Rezzio
6. Rolando Chuaqui Kettlum
7. Francisco Javier Domínguez Solar
8. Rodrigo Flores Alvarez
9. Adelina Gutiérrez Alonso
10. Gustavo Hoecker Salas
11. Edgar Kausel Vecchiola
12. Joaquín Luco Valenzuela
13. Jorge Mardones Restat
14. Carlos Mori Ganna
15. Hermann Niemeyer Fernández
16. Igor Saavedra Gatica
17. Eduardo Schalscha Bécker
18. Luis Vargas Fernández.

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

1. Moisés Agosín K. (USA)
2. Herbert Appel (*Valparaíso*)
3. Giovanni Battista Marini Betollo (*Italia*)
4. Víctor M. Blanco (*La Serena*)
5. Clifford Bunton (USA)
6. Roberto Frücht W. (*Valparaíso*)
7. Parker Pratt (USA).

ACADEMICOS HONORARIOS

1. Choh Hao Li (USA)
2. Luis Leloir (*Argentina*)
3. Severo Ochoa

ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y MORALES

ROBERTO MUNIZAGA AGUIRRE
Presidente

IGNACIO GONZALEZ GINOUVES
Secretario

1. José María Eyzaguirre Echeverría
2. Arturo Fontaine Aldunate
3. Juan Gómez Millas
4. Ignacio González Ginouvés
5. Julio Heise González
6. Felipe Herrera Lane
7. José Miguel Ibáñez Langlois
8. Avelino León Hurtado
9. Carlos Martínez Sotomayor
10. Roberto Munizaga Aguirre
11. Eduardo Novoa Monreal
12. Julio Philippi Izquierdo
13. Irma Salas Silva
14. Enrique Silva Cimma
15. Eugenio Velasco Letelier
16. Juan de Dios Vial Larraín
17. Francisco Walker Linares.

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

1. Alejandro Covarrubias Zagal (*La Serena*)
2. Humberto Enríquez Frödden (*Concepción*)
3. René Louvel Bert (*Concepción*)
4. Manuel de Rivacoba y Rivacoba (*Viña del Mar*).

ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA

AMADOR NEGhme RODRIGUEZ

Presidente

ERNESTO MEDINA LOIS

Secretario

ANIBAL ARIZTIA ARIZTIA

Tesorero

VICTOR MANUEL AVILES

Asesor de Publicaciones

1. Juan Allamand Madaune
2. Aníbal Ariztía Ariztía
3. Rodolfo Armas Cruz
4. Oscar Avendaño Montt
5. Víctor Manuel Avilés Beunza
6. Roberto Barahona Silva
7. Guillermo Brinck Pasvahl
8. Roberto Estévez Cordovez
9. Raúl Etcheverry Barucchi
10. Walter Fernández Ballas
11. Bruno Günther Schaeffeld
12. Ernesto Medina Lois
13. Fernando Monckeberg Barros
14. Amador Neghme Rodríguez
15. Héctor Orrego Puelma
16. Armando Roa Rebolledo
17. Hugo Salvestrini Ricci
18. Juan Wood Walters.

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

1. Italo Caorsi (*Valdivia*)
2. Alberto Donoso Infante (*Santiago*)
3. Roberto Gajardo Tobar (*Viña del Mar*)
4. Renato Gazmuri Ojeda (*Santiago*)
5. Luis Hervé Lelievre (*Santiago*)
6. Fernando Oyarzún Peña (*Valdivia*)
7. Adolfo Reccius (*Valparaíso*)
8. Pedro Uribe Concha (*Valparaíso*)
9. Fernando Valenzuela Ravest (*Santiago*)
10. Benjamín Viel Vicuña (*Santiago*)
11. Carlos Eyzaguirre (*Salt Lake City, USA*)
12. Abraham Horwitz B. (*Washington D.C. EE. UU.*)
13. Ignacio Matte B. (*Roma, Italia*)
14. Svante Tornvall (*Estocolmo, Suecia*).

HONORARIOS

1. Héctor Croxatto Rezzio
2. Jorge Mardones Restar
3. Desiderio Papp
4. Luis Vargas Fernández.

ACADEMIA CHILENA DE BELLAS ARTES

DOMINGO SANTA CRUZ WILSON

Presidente

CARLOS RIESCO GREZ

Vicepresidente

SERGIO MONTECINO MONTALVA

Secretario

1. Juan Amenábar Ruiz
2. Héctor Banderas Cañas
3. Ernesto Barreda Fabres
4. Gustavo Becerra Schmidt
5. Fernando Cuadra Pinto
6. Fernando Debesa Marín
7. Hernán Larraín Però
8. Alfonso Letelier Llona
9. Sergio Montecino Montalva
10. Pedro Morthieru Salgado
11. Carlos Pedraza Olguín
12. Carlos Riesco Grez
13. Domingo Santa Cruz Wilson
14. Agustín Siré Sinobas
15. Arnaldo Tapia Caballero
16. Ramón Vergara Grez
17. Sergio Vodanovic Pistelli.

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

1. Juan Orrego Salas
2. Tole Peralta
3. Carlos Poblete Varas.

“ELEGANCIA” Y “DISCRECION” EN EL *COLOQUIO DE LOS PERROS**

Alfredo Matus Olivier

DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

I

Yo no sé si el “engaño” es la máquina que mueve este pequeño universo lingüístico. Pero hay un juego especular que atrae y desdobla, que introduce y multiplica. Yo me encuentro en el medio de esta sala de ilusiones.

En semejante situación me hallo, estimados señores, a la de aquellos portentosos canes de Mahudes. Por lo menos en la parvedad del tiempo. Y si he de ser Berganza, por el privilegio que se me concede de la palabra, sean ustedes Cipiones —si no en lo cínicos— en lo pacientes y discretos, en lo elegantes y mesurados. Que harto difícil es no perder la ruta caminera cuando, por la selva de Cervantes, se ha arriesgado un ingenuo, uno “de estos que vemos a todas horas ocupados en el pobre afán de vivir”, como dice Ortega. Uno de esos desventurados que se quedan fuera del retablo y no se percatan de que están discurrendo en su mismo centro. En este intrincado juego de galerías permanezco y trato, con sinceridad, de encontrar una senda y no la alcanzo y me vuelco y me golpeo con superficies planas que parecían profundas y trato de palpar la costra de lo que no es sino abismo.

También como el Alférez, también como el Licenciado, he partido por San Llorente para encontrar, en la fe, la piedra miliar a la cual referir mi inseguridad.

Berganza habla y Cipión habla. Sólo porque Campuzano les ha

* Discurso de Incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, pronunciado el 22 de septiembre de 1980 en la sede del Instituto de Chile.

dado el verbo. Cipión y Berganza dialogan en el discurso de Campuzano y en la lectura del Licenciado. El discurso de Berganza, y las réplicas de Cipión, se quieren despeñar por los atajos de la murmuración. En el filo del precipicio se mantienen. Trepidan. Ya se arrojan... Disciernen. Cipión introduce la cordura y establece la medida. Se instaura la discreción. Discreción y elegancia se hacen cargo del desarrollo engañoso, tremendamente existencial, casi mítico, del hablar de los canes. Discreción y elegancia se propagan, se instalan e inauguran un orbe ordenado, de cosmos helénico. La novela se va constituyendo con el diálogo. Aquí no hay proyectos ni planificaciones. Sólo un núcleo esencial, maliciosamente engañoso, que se desvirtúa, se expande, recorre galerías de espejos, incluye al lector en su laberinto y se detiene —¿se detiene?— en un mundo diferente, definitivo, verdadera galaxia enrarecida, astral, en la que cada uno de nosotros puede perecer.

“Construcción en abismo” llama Christian Metz “a la categoría de obras de arte desdobladas, que se reflejan sobre sí mismas”¹. Cuadro en el cuadro. Cine en el cine. Novela en la novela. Aquí nos enfrentamos a lo que tradicionalmente se ha catalogado como “dos novelas” ejemplares de Cervantes: *El casamiento engañoso* y, según el título que le puso el mismo Campuzano, *Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo, a quien comúnmente llaman los perros de Mahudes*. Más conocida esta última como *El coloquio de los perros*. ¿Una o dos novelas? Así formulada, la pregunta me parece trivial. Ya muchos ilustres cervantistas se han pronunciado a favor de la unidad estructural. También adhiero a esta actitud. Pero hay otra dimensión que me preocupa. Hay algo en Cervantes que me intranquiliza y que creo intuir en esta novela que, por economía verbal, llamaré *El casamiento y coloquio*.

Alguien me preguntó por qué Cervantes. Pues porque sí. Porque me entusiasma e instiga. Porque desata la corriente verbal. Porque me lleva por los más apartados —aunque siempre latentes— manan-

¹ C. METZ, *Ensayos sobre la significación en el cine*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972; p. 333.

tiales del idioma. Porque decir y sentir se confunden en un solo acto expresivo.

Cuando se trata de fenómenos humanos, las preguntas causalistas siempre me han fatigado. Lo he adquirido con el pensamiento de Coseriu, ese verdadero teórico del lenguaje. En el dominio de las cosas del hombre son las finalidades la energía que dinamiza el movimiento. ¿Por qué Cervantes? Pues “para qué Cervantes”. Sí, claro. A todas las preguntas causales puedo responder con formas causales. Pero, ¡cuidado! Que todas mis respuestas serán reversibles. ¿Por qué? “Para esto o aquello”. En el fondo, para la denodada búsqueda del sentido, para la resolución de esta existencia radicalmente ambigua, es decir, polivalente, es decir, pletórica de posibilidades de interpretación. Tras cada lectura se enuncia siempre un para qué tremendo que no siempre acertamos a contestar. Cada vez que iniciamos el silencioso ritual de la lectura instituimos una finalidad. Las grandes, las excelsas obras de arte, desgarran espacios inconmensurables, se apoderan del suelo que nos tiene, nos dejan suspendidos. En ese espacio abierto, siempre inseguro, se precipita la humana perplejidad. Por eso, ante esta obra inmensa, ante este boquerón abierto por Cervantes, que no es simplemente y sólo el de la España de los tiempos de la Invencible, por eso, digo, yo les pido, como Ortega en sus *Meditaciones*: “...dilátemos bien a lo ancho nuestro corazón para que coja en él todo aquello humano que nos es ajeno”².

¿Y por qué *El casamiento y coloquio*?, insistía el interrogador pertinaz. Tal vez justamente por su extraordinaria polisemia, por su inaudita capacidad de instaurar múltiples sentidos. Por su horrorosa ambigüedad. Estoy convencido de que las más grandes producciones generadas por el *pneuma* humano son eminentemente polisémicas. ¿Hay algo más ambiguo que el Quijote? ¿Loco o cuerdo? A veces inteligente, maduro, a veces pueril y socarrón. A nadie le es desconocida la existencia de tantos Quijotes como lectores. Permite las más variadas interpretaciones. Allí está el genio; el supremo ingenio creador —réplica del eterno Pantocrator— capaz de engendrar vida,

² J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 1958; p. 99.

la Vida, con toda su multiplicidad cromática, en la suma riqueza valórica, profunda, inextricable, universal, cósmica, en la espera de la liberación semántica, siempre en los umbrales del hallazgo de un sentido nuevo, puro, fundante, que permita replantearlo todo, como un Cristo, eje configurante de la historia. Los objetos unívocos me han parecido siempre estéticamente mediocres. La univocidad, el sentido único, majadero, coincidente con una práctica unilineal, me resulta pobre, a —dimensional. Pues bien. ¿Por qué *El casamiento y coloquio*? Porque creo que es la obra más ambigua de Cervantes, después del Quijote, e incluso —por qué no— *con* el Quijote. “Asombra la densidad verbal de esta obrita, acaso la de apariencia más inocente”, ha dicho Díaz-Plaja³. ¡Dios me libre de tal inocencia! ¿Ha leído alguno una narración de tal equivocidad? ¿Ha dicho alguien la última palabra? Yo creo que ni siquiera la inicial y no soy yo quien para decirla. Sólo me propongo dejar establecida esta advertencia: ¡cuidado con Cervantes! *Cave canes! Cave Michaelen!* Yo me he internado por las calles de Valladolid y me he topado, en los alrededores de la Puerta del Campo, con el alférez Campuzano y el Licenciado Peralta. Yo los he seguido con ingenuidad bautismal. Los he acompañado a misa a San Llorente y me he introducido, subrepticamente, en la casa de Peralta. Y ése ha sido el final. Porque lo he escuchado todo. Atendí al relato de Campuzano sobre su “casamiento engañoso” o su “cansamiento”, como dice él. Seguí la lectura del Coloquio, con Peralta. Del Coloquio en el que unos perros —que no sé si son tales—, en el que unos cínicos —y, por supuesto, que no lo son sino en el étimo—dialogan. He visto, primero, a Peralta confuso, temiendo por la locura de Campuzano: “Por amor de Dios, señor Alférez, que no cuente estos disparates a persona alguna, si ya no fuere a quien sea tan su amigo como yo”⁴. Pero también, después de la lectura, me ha admirado su regocijo: “Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya

³ G. DÍAZ PLAJE, *En torno a Cervantes*, Pamplona, Eunsa, 1977; p. 216.

⁴ MIGUEL DE CERVANTES, “El casamiento engañoso” en *Novelas Ejemplares*, edición de Clásicos Castellanos, Madrid, Espasa-Calpe, 1969; pp. 203-204. Se la citará como *Casamiento*. La “Novela y Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza...”, de la misma edición, será mencionada como *Coloquio*.

pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor Alférez pasar adelante con el segundo”⁵. Y me he quedado, boquiabierto, contemplando la partida de Alférez y Licenciado hacia el paseo del Espolón “a recrear los ojos del cuerpo”.

Pero ¿qué es esto? ¿Qué están haciendo estos entes cervantinos? ¿Dónde está la literatura? Sólo sé que, mientras Campuzano y Peralta se solazan en el Espolón, no he podido egresar jamás de la morada de Peralta, de ese laberinto repleto de voces y corredores, en donde los espejos sólo son un reflejo del reflejo de un espejo.

En esta novela de *El Casamiento y Coloquio*, todo es engañoso. No sólo el casamiento de Campuzano con doña Estefanía. También es engañoso el *Coloquio* y también nuestra lectura. No sólo doña Estefanía engaña al Alférez y éste a doña Estefanía; no sólo los perros engañan a Campuzano y Peralta, sino que también Cervantes nos engaña a todos con los canes del demonio. Y vámonos despacio. Me basta, por ahora, con que recordemos el verbo “engañar”. Dos de sus acepciones me parecen fundamentales además de su significado etimológico.

“Inducir a otro a creer y tener por cierto lo que no es”, dice el *Diccionario* de don Julio Casares⁶. Si estudiamos este significado, contemporáneo también para Cervantes, advertimos de inmediato que la novela coincide, de modo paralelo, con su contenido léxico. “Inducir a otro...”. Esto es lo que hace Campuzano con doña Estefanía. Esto es lo que hace doña Estefanía con Campuzano. Esto es lo que hace doña Estefanía con doña Clementa Bueso, en su engaño en espejo.

Observemos, brevemente, el proceso de inducción que los futuros cónyuges desarrollan hasta lograr su objetivo. Campuzano conoce a doña Estefanía en la posada de la Solana. Todo en ella es promesa y atracción. Figura alucinante: “derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro más de aquello que concedía la rareza del manto; y aunque le supliqué por cortesía que hiciese merced de descubrirse, no

⁶ J. CASARES, *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*, 2ª ed., Barcelona, Gustavo Gili, 1969; s.v. *engañar*.

⁵ *Coloquio*, p. 339.

fue posible acabarlo con ella, cosa que me encendió más el deseo de verla; y para acrecentarle más, o ya fuese de industria o acaso, sacó la señora una muy blanca mano, con muy buenas sortijas”⁷.

Está lanzado el anzuelo. Se insinúan juventud, hermosura, honestidad, riqueza. Se enciende y acrecienta el deseo, que es ambición. ¿Cómo se presenta el Alférez? Escuchémosle: “Estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores, a fuer de soldado, tan gallardo a los ojos de mi locura, que me daba a entender que las podría matar en el aire”⁸.

¡Digno par de la dama! También la gallardía y la riqueza que hacen sospechar la “gran cadena” y el “sombrero con plumas y cintillo”. Ante el ruego de que se descubra, ella le responde al punto: “No seáis importuno: casa tengo...”⁹. Se ratifican honestidad y riqueza. El equilibrio competitivo, que va enmadejando el engaño, hace al Alférez prometerle “montes de oro” por “la grande merced” que le hacía de invitarlo a su morada.

Viene el primer encuentro en casa de la doncella. “Hallé una casa muy bien aderezada y una mujer de hasta treinta años... No era hermosa en extremo...”¹⁰. Pero lo de la “casa bien aderezada” era suficiente... además que “tenía un tono de hablar tan suave, que se entraba por los oídos en el alma”¹¹. Le corresponde, pues, al Alférez la oferta: “blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí y hice todas la demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bien quisto con ella...”¹².

Transcurren cuatro días “en flores”, sin que el Alférez “llegase a coger el fruto que deseaba”. Se decide a acelerar el proceso. Simula que, como soldado, está a punto de partir. Hay que precisar las ofertas. Doña Estefanía estructura un discurso magistral de recomen-

⁷ *Casamiento*, pp. 179-180.

⁸ *Ibíd.*, p. 180.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*, p. 181.

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*, pp. 181-182.

dación de sí misma: "Señor Alférez Campuzano, simplicidad sería si yo quisiese venderme a vuesa merced por santa: pecadora he sido, y aun ahora lo soy... Ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y, con todo esto, vale el menaje de mi casa, bien validos, dos mil y quinientos escudos..."¹³.

Las cosas se van asentando. La dama del manto no es ni tan joven, ni tan bella, ni tan virtuosa. Pero tiene menaje y casa. Además, las virtudes como ama de casa no necesita ponderarlas; pero lo hace: "Sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala... No desperdicio nada, y allego mucho... La ropa blanca que tengo... no se sacó de tiendas ni lenceros: estos pulgares y los de mi criada la hilaron. Si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente..."¹⁴.

A Campuzano le cumple equiparar la balanza. Pero ya la sierpe ambiciosa empieza a devastar toda la transacción: "Yo —dice Campuzano—, que tenía entonces el juicio, no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginación le pintaba, y ofreciéndoseme a la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos a que daba lugar el gusto, que me tenía echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso..."¹⁵. Le habla de su hacienda "que no era tan poca, que no valiese, con aquella cadena que traía al cuello y con otras joyuelas que tenía en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos a vivir a una aldea de donde yo era natural, y adonde tenía algunas raíces; hacienda tal, que, sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos a su tiempo, nos podía dar vida alegre y descansada"¹⁶.

¿Qué más se puede esperar? Ya está todo preparado, sopesado, equilibrado. Cada uno ha inducido al otro a creer y tener por cierto lo

¹³ Ibid., p. 182.

¹⁴ Ibid., pp. 183-184.

¹⁵ Ibid., p. 184.

¹⁶ Ibid., p. 185.

que no es. Vienen los desposorios. Asisten dos amigos del Alférez “y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, a quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habían sido todas las que hasta entonces a mi nueva esposa había dado, con intención tan torcida y traidora, que la quiero callar...”¹⁷.

Muda el baúl a casa de doña Estefanía y confiesa: “encerré en él, delante della, mi magnífica cadena; mostréle otras tres o cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres o cuatro cintillos de diversas suertes; hícele patentes mis galas y mis plumas...”¹⁸.

Sabroso resulta el cuento de su efímero paraíso. Estamos en la cima del engaño. Veamos el disfrutar y retozar: “pisé ricas alfombras, ahajé sábanas de Holanda, alumbrábame con candeleros de plata; almorzaba en la cama, levantábame a las once, comía a las doce, y a las dos sesteaba en el estrado; bailábanme doña Estefanía y la moza el agua delante... Mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían, bañados en el agua de ángeles y de azahar que sobre ellos se derramaba”¹⁹. Tan bien regalado estaba, que en el curso de esos días “iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado”²⁰.

Seis días gozó Campuzano “del pan de la boda”. Mas, ¡oh humana vanidad! He aquí que llega doña Clementa Bueso, la verdadera dueña de la casa. Agitación enorme. Doña Estefanía empieza a configurar su próximo engaño, en espejo, imitado del mismo que le hizo a Campuzano. Antes de que doña Clementa entre en el aposento, le advierte: “todo lo que aquí pasare es fingido, y... tira a cierto designio y efeto que después sabréis”²¹.

Irrumpen los recién llegados. Habla Hortigosa, la dueña que acompaña a doña Clementa: “¡Jesús! ¿Qué es esto? ¿Ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y más con ocupación de hombre?”²².

¹⁷ Ibídem.

¹⁸ Ibíd., p. 186.

¹⁹ Ibíd. pp. 186-187.

²⁰ Ibíd., p. 187.

²¹ Ibíd., p. 188.

²² Ibíd., p. 189.

Doña Estefanía continúa urdiendo el engaño por los cuatro costados. Tranquiliza a doña Clementa: "No reciba vuestra merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio vee lo que vee en esta su casa; que cuando lo sepa, yo sé que quedaré desculpada, y vuesa merced sin ninguna queja"²³.

Esta abeja del engaño continúa tejiendo el enredo. En un aposento contiguo le da explicaciones a Campuzano: "allí me dijo que aquella su amiga quería hacer una burla a aquel don Lope que venía con ella, con quien pretendía casarse, y que la burla era darle a entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote, y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope le tenía"²⁴.

El espejo está enmarcado. Las masas narrativas se compensan en el juego. Y tan bien armado tiene su embuste que, con unos vientos de verosimilitud férrea, calma a su marido: "Y luego se me volverá lo que es mío; y no se le tendrá a mal a ella, ni a otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste"²⁵.

Pasan los ocho días que, según doña Estefanía, debía durar la artimaña. Los pasan en la casa de una amiga de la dama entre discusiones y pependencias por lo ocurrido. Al sexto día, la huésped, informada por Campuzano de la razón de las desavenencias, se empieza a santiguar: "¡Jesús, Jesús, de la mala hembra! ... La verdad es que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa... la mentira es todo cuanto os ha dicho doña Estefanía; que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto"²⁶.

Indignación de Campuzano. Al punto sale a buscarla para hacer en ella un "ejemplar castigo". No la encuentra. Regresa a la casa de la huésped, quien le cuenta que, en el entretanto, doña Estefanía se

²³ Ibid., pp. 189-190.

²⁴ Ibid., p. 190.

²⁵ Ibidem.

²⁶ Ibid., p. 193.

enteró de todo lo acaecido y partió llevándose “cuanto en el baúl tenía, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino”²⁷.

Verdaderamente exquisito es el comentario que de este suceso hacen Peralta y Campuzano. Casi no se puede hablar de engañador y engañado, sino de engaño paralelo. Hay un refrán sefardita, de enorme contenido tradicional, que trae Campuzano para mostrar que no le preocupó tanto el robo, puesto que “las cadenas, joyas y brincos con solo ser de alquimia se contentaron”²⁸. El irónico y enhiesto refrán judeoespañol reza así: “Pensóse don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dío, contrahecho soy de un lado”²⁹.

Cervantes condensa los procedimientos verbales para enfatizar el doble engaño. Pone en el hablar del Alférez una pintoresca expresión propia del juego de naipes, “pata es la traviesa”, de donde las voces *empatar* y *empate*³⁰. Y así, el Lincenciado concluye que entre Campuzano y doña Estefanía “pata es la traviesa”. “Y tan pata —respondió el Alférez—, que podemos volver a barajar...”³¹.

El broche de diamantes de la secuencia lo ponen unos versos de Petrarca, recordados por Peralta:

“Che chi prende diletto di far frode,
No si de' lamentar s'altri l'inganna.

Que responden en nuestro castellano: “Que el que tiene costumbre y gusto de engañar a otro, no se debe quejar cuando es engañado”³².

No “tan pata”, digo yo. Porque, al cabo, se supo que el primo de los desposorios se había llevado a doña Estefanía, “el cual de luengos tiempos atrás era su amigo a todo ruedo”³³. Campuzano no la busca y pronto empiezan las consecuencias ejemplares del suceso: “Mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos días, porque comenzaron

²⁷ Ibid., p. 195.

²⁸ Ibid., p. 197.

²⁹ Ibid., p. 196.

³⁰ Ibid., p. 197; cfr. nota 10.

³¹ Ibid., p. 197.

³² Ibid., p. 198.

³³ Ibid., p. 199.

a pelárseme las cejas y las pestañas, y poco a poco me dejaron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman *lupicia*, y por otro nombre más claro, la *pelarela*. Halléme verdaderamente hecho pelón, porque ni tenía barbas que peinar ni dineros que gastar... y como la pobreza atropella a la honra, y a unos lleva a la horca, y a otros al hospital... llegado el tiempo en que se dan sudores en el hospital de la Resurrección, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores”³⁴.

Perdóneseme esta relación tan circunstanciada de la novela *El casamiento engañoso*, considerada por muchos como novela-marco de *El coloquio de los perros*. Pero era imprescindible recordar los movimientos del configurador para apreciar en qué medida su mundo se ajustaba cabalmente a la primera acepción del verbo “engañar” del que procede el adjetivo “engañoso”. “Inducir a otro a creer y tener por cierto lo que no es”. La acepción se ha cumplido geométricamente. Campuzano ha engañado a Estefanía y ésta a Campuzano y a Clementa. Se ha generado así una novela muy renacentista, casi trivial, al estilo de las italianas. El lector se ha entretenido con unos personajes frívolos e inelegantes. Se ha asegurado la “ejemplaridad” con las bubas del Alférez. Aquí ha habido comportamientos caprichosos. La medida y la elegancia han estado ausentes. Aquí han faltado la prudencia y el tacto en el juzgar y el obrar, es decir, aquí no ha habido discreción.

Pero los engaños de Miguel son ¡harto más sutiles! Porque el mismo verbo “engañar”, además de sus significados translaticios de *entretener*, *distraer*, *divertir*, también aplicables a *El casamiento y coloquio*, vale tanto como “hacer más apetitoso un alimento o comerlo acompañado de otro que lo hace más agradable”³⁵. Justamente ésta parece ser una de las claves de esta equívoca ficción cervantina, la del distraer, sacar de sí, adornar, enmascarar, disfrazar. Porque ¿qué hace Cervantes con unos contenidos críticos acerbos, en una época que parece iniciar su derrumbe, como lo son todas las épocas de la historia, adherencia del hombre en perpetuo equilibrio inestable? Los pone en el hocico de unos canes, de unos canes que no tratan de inducir a nadie

³⁴ Ibid., pp. 199-200.

³⁵ J. CASARES, op. cit.; s.v. *engañar*.

a creer y tener por cierto lo que no es, sino que, por el contrario, denuncian, testimonian, certifican un tiempo resquebrajado. La responsabilidad verbal recae en unos perros que dicen cómo están las cosas de un modo casi picaresco, nunca caprichoso, nunca antojadizo, jamás inelegante. Y todo, en un *Coloquio* escrito por Campuzano, por un Campuzano febril, en estado crepuscular, tomando sudores en el Hospital de la Resurrección, que asegura que oyó y "casi" vio a unos perros que hablaban. Coloquio. Diálogo puro, es decir, lenguaje puro. El lenguaje es, en esencia, diálogo, "hablar con otro". Coloquio enmarcado en una novela, genuinamente "novella", a la italiana, al estilo de las de Cinthio. Pero hasta dónde Cervantes "hace más apetitosos" unos contenidos amargos, lo refleja el que no aparezca claramente diseñado el *gestus*. Deja abierta las compuertas de la significación. Porque tanto Campuzano como Peralta admiten que no importa que sea "fingido" el tal *Coloquio*. Antes de empezar la lectura, Campuzano lo afirma: "Pero puesto caso que me haya engañado, y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparete, ¿no se holgará vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, o sean quien fueren, hablaron?"³⁶. Y Peralta, después de leído, ya sin importarle siquiera si los perros hablaron o no: "Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto... Yo alcanzo el artificio del Coloquio y la invención, y basta"³⁷.

Claro que ésa es la actitud más cómoda. ¡Ojalá que el diálogo canino sea fingido! ¡Ojalá que nunca haya pasado! ¡Dios quiera que sea sueño o disparete! Contentémonos, señores, con el artificio y la invención. Bástenos la literatura como esparcimiento. Disimulemos lo que nos han hecho escuchar esas creaturas infernales, perros, bestias, alimañas o sabandijas. Adelante con las máscaras y el carnaval. Vamos todos al Espolón a "recrear los ojos del cuerpo". Y punto.

¿Díganme si esto no es exactamente comer el alimento "acompañado de otro que lo hace más agradable"? Por eso afirmo que también el *Coloquio* es engañoso. ¡Pero si es que Cervantes nos está haciendo

³⁶ Casamiento, p. 205.

³⁷ *Coloquio*, pp. 339-340.

“tragar” con el *Coloquio* la sustancia hispánica más cruda y, con ella, la más ancestral esencia humana, la *prisca humanistas*, con el aderezo ingenuo, juguetón, cortés, del *Casamiento engañoso*! ¡Díganme si esto no va más allá, muchísimo más lejos, de ser un problema de vulgar respuesta. Es que resulta absolutamente abominable separar el *Casamiento* del *Coloquio*; es que carece de “llave” el segundo sin el marco del primero. Cervantes ha puesto en el hocico de unos canes unas verdades terribles. Y en la boca de los hombres, apenas unas verdades fingidas, unas falsedades inauditas. Y —¡oh sapiencia antigua de las palabras!— no pueden dejar de evocarnos a los cínicos. *Kynikós*, en lengua griega, vale tanto como “propio de perros” y, como todos saben, se aplicó este apelativo, en la antigua Grecia, a una escuela y su doctrina. “¿No se sobrenombraba el Can a Diógenes de Sínope? ¿No apareció este filósofo en el mercado de Atenas con una linterna? ¿No buscaba de este modo un hombre que encarnara la virtud? De las cualidades de inteligencia, fidelidad y austeridad del perro, ¿no habían hecho símbolo de la escuela los seguidores de la filosofía cínica?”³⁸.

Estos lo saben los perros de Mahudes. Cipión dice a Berganza: “¿Al murmurar llamas filosofar? ¡Así va ello! Canoniza, canoniza, Berganza, a la maldita plaga de la murmuración, y dale el nombre que quisieres, que ella dará a nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores...”³⁹.

Con el retórico Cascales, podríamos llamar *insinuación* al *Casamiento engañoso* en su funcionalidad de *exordio* del *Coloquio*. González de Amezúa, cervantista delirante, observa que los grandes genios, por simple intuición espontánea, llegan a veces a coincidir con los preceptos de los retóricos. ¡Error de perspectiva, claro! Pero no deja de tener harto interés, para lo que venimos sosteniendo, la cita de las *Tablas Poéticas* de Cascales que transcribe este erudito: “el satyrico entra hablando *ex abrupto*; y es así; pero debajo de aquella entrada, que

³⁸ A. OLIVER, “La filosofía cínica y el ‘Coloquio de los Perros’”, en *Anales Cervantinos*, tomo III, 1953; p. 295. La veta ha sido suficientemente explotada, entre otros, por Menéndez y Pelayo y por González de Amezúa.

³⁹ *Coloquio*, p. 251.

hace repentina, va disimulando un exordio que llama el Rhetórico *insinuación*, y ésta es el principio de la sátira, que como este poeta viene a reprehender, y a nadie gusta de ser reprehendido, comienza cautelosamente, y, como quien hace otra cosa, va culebreando hasta dar en el vicioso que pretende morder"⁴⁰.

Y ¡vaya si la intención del *Coloquio* no fue morder! Si no, que lo digan los canes. ¿Es más satírico que ejemplar? Ahí está el texto. Ahí están ustedes, lectores, para responder. Ejemplar me parece a mí —lector individual— el ademán de la novela-marco (*El casamiento*). Como en ninguna otra, Cervantes se ciñe en ésta, se somete —tal vez sea ésta la expresión más válida— a la intención de ejemplaridad. Lo hace de manera obvia, casi basta, siguiendo el programa de su Prólogo a las *Novelas Ejemplares*: "Heles dado nombre de *exemplares*, y si bien lo miras, no ay ninguna de quien no se pueda sacar algun exemplo provechoso..."⁴¹.

En lo engañoso del *Casamiento* y en su pretendida ejemplaridad está el cebo. Así hemos "consumido" las acritudes del *coloquio* sin darnos cuenta. Comprobamos, pues, la pertinencia de esta nueva acepción de "engañar": "hacer más apetitoso un alimento o comerlo acompañado de otro que lo hace más agradable".

Pero... *cave Michaellem*! Los engaños cervantinos son aún mucho más sutiles. En estos artefactos verbales de alta complejidad, como son estas ficciones, no hay óleos de bautismo. Cada palabra, cada expresión, aporta su resonancia, muchas veces latente, pero siempre dispuesta a detonar a la nueva lectura, siempre primera, siempre inaugural. Los significados lingüísticos que suministra la lengua común adquieren multiplicidad de sentidos en la obra literaria y ninguna, ninguna relación que se funde en los signos del texto puede quedar excluida. Y ..., ahora, qué nos dice el significado etimológico de este verbo radiactivo de "engañar". Al estudiar su historia, una

⁴⁰ Cit. por A. González de Amezúa y Mayo en su edición crítica, por muchos conceptos importantes, de *El Casamiento engañoso y el Coloquio de los perros*, Madrid, Bailly-Bailliere, 1912; pp. 203-204.

⁴¹ Cito por la edición de las *Novelas Ejemplares* a cargo de R. Schewill y A. Bonilla (Madrid, 1922); p. 22.

nueva dimensión vuelve a enfatizar el sentido que pretendemos establecer en nuestra lectura de la novela. "Engañar" proviene del verbo latinovulgar **ingannare* "escarnecer, burlarse de alguien", ya documentado antes del siglo IX⁴². Y esta forma reconstruida procede de la onomatopeya latina *gannire* que significa "ladrar, chillar, aullar" y, según los eruditos latinistas A. Ernout y A. Meillet "se dice de los perros, y de los zorros", y, en sentido figurado, "reprender, murmurar"⁴³.

¡Sorprendente! Ya en el título hay perro escondido. Mensajes disimulados. Porque si bien, por una parte, se trata de un *casamiento engañoso*, en el que subyace el significado de "inducir a otro a creer y tener por cierto lo que no es" y todo lo que allí sucede lo confirma, por otra, en el mismo título se desliza un contenido que conviene al *Coloquio*, también deslizado dentro del *Casamiento*, y en el que actúan los valores semánticos del "ladrar, aullar" así como los del "reprender, murmurar".

II

Me parece que hay dos grandes troncos generativos capaces de producir, en lo profundo, todo *El casamiento y coloquio*. Verbos ancestrales, preñados de contenido, en los que se estremecen las gestaciones significativas. Me refiero a las formas latinas de *cernere* y *legere*. *Cernere*, con sus valores de "cribar, tamizar, separar lo fino de lo grueso, el salvado de la harina". Desde el *Casamiento*, engañoso, inelegante, erróneo, amanerado y falso, por un proceso de cribados múltiples, hemos llegado a la flor del *Coloquio*. Acción casi mecánica, que se humaniza al insertarse en las funciones de *legere*, "escoger, seleccionar", en las que preside la inteligencia del actuar que evalúa, del distinguir, separar seleccionando, en el acto de la máxima *eligencia* que es la *elegancia* de primera agua. Porque sólo por un proceso

⁴² J. COROMINAS, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, vol. II, Madrid, Gredos, 1954; s.v. *engañar*.

⁴³ A. ERNOUT Y A. MEILLET, *Dictionnaire Etymologique de la Langue Latine* 3^a ed., París, C. Klincksieck, 1951; s.v. *gannio*.

consciente, finalista, de sucesivas "tamizaciones" emerge la flor de esta novela, que se encuentra en el *Coloquio*. Ceremonia del separar y el escoger. Discreción y elegancia.

Como lo he señalado en otro lugar⁴⁴, la palabra *elegancia*, una vez cernida, una vez separadas todas las escorias que le ha ido adhiriendo el tiempo, como forma temprana en su étimo latino elemental, en su desnudez de origen, nos otorga su médula profunda. El problema está suficientemente explicado por los grandes de la filología clásica⁴⁵. El verbo latino *legere* que, originariamente, significaba "recoger los frutos y las flores", "cosechar", fue especificando sus valores hasta "reunir", "recolectar", de donde "escoger", "seleccionar" hasta "leer", esa forma tan sagrada del seleccionar. No hay duda de que debió formarse un derivado intensivo del cual procede el participio *elegans*, con un contenido más determinado, "el que sabe escoger", "bien escogido". Ortega ha sabido ponderar, con maestría, los meollos de la *elegancia* al confrontarla con el *capricho*. "El capricho es hacer cualquier cosa entre las muchas que se pueden hacer. A él se opone el acto y hábito de *elegir*, entre las muchas cosas que se pueden hacer, precisamente aquella que reclama ser hecha. A este acto y hábito del recto elegir llamaban los latinos primero *eligentia* y luego *elegantia*. Es, tal vez, de este vocablo del que viene nuestra palabra *int-eligentia*. De todas suertes, *elegancia* debía ser el nombre que diéramos a lo que torpemente llamamos *Etica*, ya que es ésta el arte de elegir la mejor conducta, la ciencia del quehacer. El hecho de que la voz *elegancia* sea una de las que más irritan hoy en el planeta es su mejor recomendación. Elegante es el hombre que ni hace ni dice cualquier cosa, sino que hace lo que hay que hacer y dice lo que hay que decir"⁴⁶.

Este verbo *legere* conviene, especialmente, al plano del hacer en

⁴⁴ "Rodolfo Oroz, humanista", discurso pronunciado el 16 de junio de 1980, en la sede del Instituto de Chile, con motivo de la designación del Dr. R. Oroz como Director Honorario de la Academia Chilena de la Lengua.

⁴⁵ A. ERNOUT Y A. MEILLET, op. cit.; s.v. *lego*.

⁴⁶ J. ORTEGA Y GASSET, "El pasado filosófico", en *Origen y epílogo de la filosofía*, ed. de *Obras Completas*, tomo IX (1960-1962), Madrid, Revista de Occidente, 1962; pp. 349-350.

general, al nivel del humano quehacer, de la actividad humana universal. Y como el lenguaje es una de las actividades humanas, y por cierto la más humana, podemos precisar que esta forma del “escoger bien” en el lenguaje, la elegancia en el decir, merece ser nombrable. A esta elegancia lingüística llamamos *discreción* y procede del otro verbo latino elemental, *cernere*, que corresponde a un modo de escoger más fino, más acucioso, que el del simple *legere*, puesto que implica “entresacar, pasar por el harnero, pasar por la criba”.

Y, díganme ustedes si no hay un marco general en *El casamiento y coloquio*, un marco general de elegancia en el que nos inscribe alevosamente Cervantes. Díganme si no es por un proceso de selección genuina como podemos llegar y quedarnos con el metal purificado. ¿No hay, acaso, una energía que nos impide descaminarnos por los laberintos engañosos y especulares del *Casamiento* y que, una vez disueltas sus excrecencias, los velos de Estefanía y los planes de Campuzano, y sometidos todos, creaturas y lectores cervantinos, a un ritual de purificación, de alquimia, de acrisolamiento, llegamos a la luminosidad del *Coloquio*? ¿No somos todos nosotros, creaturas de cualquier creador, desventurados e indefensos, no somos todos, digo, los que junto con Campuzano hemos sido ascendidos, emergentes del Hospital de la Resurrección, después de sudar “catorce cargas de bubas”? Crisol, harnero, purificación. En el hospital de Valladolid se ha operado el cambio. Antes, engaño, falsedad, escoria. *Excrementum* decían los latinos del producto deleznable de una selección. Erróneo fue el *Casamiento*. Pero sólo de este error, de este mundo en desorden, en caos, ha podido emerger, por proceso alquímico, una armonía, un equilibrio, un cosmos.

Caprichosos en el sentido orteguiano son los hombres y acontecimientos de la novela-marco. Campuzano y Estefanía ni hacen lo que hay que hacer ni dicen lo que hay que decir. Son inelegantes. En cambio, en el *Coloquio*, la elegancia subyacente es la que configura todo el diálogo. Claro, la elegancia como virtud del hacer, apenas si podemos percibirla en unos canes cuyo hacer, para nosotros, es un puro decir. En este puro decir brilla, por eso, la *discreción*, esa modalidad del *elegir bien* manifestada en el lenguaje.

Lo extraordinario es que ya Campuzano, después de purgado en el Hospital de la Resurrección, empieza a ser elegante en su quehacer. Desde un punto de vista textual, nos maravilla el manejo virtuoso que Cervantes hace de las masas narrativas. Ya lo anotamos. Las compensaciones del relato se dan de una manera sutil pero severa y eficaz. La novela, en su totalidad, no es más que esto: en casa de Peralta, Campuzano cuenta dos hechos que le han acaecido: su casamiento con doña Estefanía, en el que ambos salen burlados. El sufre, como consecuencia, el mal de las bubas, para curarse del cual ha acudido al Hospital de la Resurrección. De allí acaba de salir. Primer suceso narrado. Este relato provoca la admiración de Peralta, a lo que responde Campuzano: "Por poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta..., que otros sucesos me quedan por decir, que exceden a toda imaginación... que son de suerte, que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital donde vi lo que ahora diré..."⁴⁷.

Aquí está el eje de la compensación narrativa. El Alférez narra su casamiento; éste es increíble y admira a Peralta. Pero, según Campuzano, eso no es nada en comparación con lo que contará ahora y que es lo de los perros de Mahudes: "Ya vuesa merced habrá visto... dos perros que con dos lanternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna... yo oí y casi vi con mis ojos a estos dos perros, que el uno se llama Cipión y el otro Berganza, estar una noche, que fue la última que acabé de sudar, echados detrás de mi cama en unas esteras viejas, y a la mitad de aquella noche, estando a oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podía venir en conocimiento de los que hablaban y de lo que hablaban, y a poco vine a conocer, por lo que hablaban —los que hablaban—, y eran los dos perros Cipión y Berganza"⁴⁸.

He aquí el segundo suceso narrado por Campuzano: en el hospital escuchó hablar a Cipión y Berganza, perros del viejo Mahudes. Y

⁴⁷ *Casamiento*, p. 201.

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 201-203.

como "tenía delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria (merced a las muchas pasas y almendras que había comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que había oído lo escribí otro día..."⁴⁹.

Repitémoslo una vez más: ésa es toda la novela; Campuzano cuenta a Peralta su matrimonio con Estefanía y el diálogo de unos canes que después puso en forma de coloquio. El resto es conocido. Peralta lee el Coloquio que Campuzano trae en un cartapacio y, finalmente, se van al paseo del Espolón.

El *Coloquio* es, propiamente, un artificio verbal elaborado por el Alférez. Nosotros, los de acá, lo conocemos *en* la lectura de Peralta y sólo porque a él se le antoja leerlo en ese momento. Es así como se nos desliza este aparato lingüístico. Discrepo de algunas lecturas en las que se asigna la función de narrador personalizado a Berganza⁵⁰, pues el discurso de éste es discurso simulado por Campuzano, como todo el *Coloquio*, y conocido por nosotros en la lectura de Peralta. Campuzano, desde su perspectiva, imita el diálogo de los perros y maneja la disposición de lo narrado.

Y en esta disposición, ya descubrimos un acto de elegancia del Alférez. Disponer implica también elegir, seleccionar, ordenar: "púselo en forma de coloquio por ahorrar de *dijo Cipión, respondió Berganza*, que suele alargar la escritura"⁵¹, ajustándose así a las retóricas tradicionales como, por ejemplo, a las normas sobre coloquios de don Luis Alfonso de Carvallo en el *Cisne de Apolo*⁵².

No me detendré, por ahora, en la discusión de si Berganza y Cipión son efectivamente canes. En verdad, no me importa quienes hablan. Acepto la ficción como sacramento eucarístico. No busco los referentes del lenguaje literario. ¡Dios me libre! Pero los que hablan, por hablar y por el modo de su hablar, a pesar de que lo hagan bajo la

⁴⁹ Ibíd., pp. 206-207.

⁵⁰ Cfr. B. Subercaseaux, "Conciencia estética y novela moderna en una obra de Cervantes", en *Neophilologus*, Wolters-Noordhoff, 1979; pp. 541-550. Debo el conocimiento de este sugerente estudio al Prof. M. Ferreccio.

⁵¹ *Casamiento*, p. 207.

⁵² A. GONZÁLEZ DE AMEZÚA, op. cit.; pp. 93-94, nota 22.

apariencia perruna, no pueden ser sino hombres. Su decir es lenguaje articulado y eso basta. Ellos razonan, reflexionan, eligen lingüísticamente. Ejercen la actividad lingüística. Hubo un tiempo en que no podían ejercerla, pero en ellos el hablar estaba como *dynamis* histórica, como capacidad, como facultad. Antes de hablar, efectivamente *callaban* como sólo pueden callar los hombres. Los animales y las cosas no *callan* propiamente sino que permanecen en su silencio ahistórico. Su silencio no es suspensión del ejercicio de hablar, sino la carencia de una facultad. En los orígenes, los latinos hacían una clara distinción entre el verbo *silere* que apuntaba a la calma de las cosas, a la falta de rumor y ruido, y el verbo *tacere* "el callar humano". Antes de ejercer la actividad lingüística, igual que los infantes, Cipión y Berganza estaban adquiriendo y desarrollando su potencialidad lingüística. Reflexionaban con palabras, memorizaban refranes y "latines". Continuamente los sorprendíamos a punto de contestar. Poseían "lenguaje interior". Pensaban "entre sí". "...el hombre —ha escrito Coseriu— es 'un ser hablante', más aún, es 'el ser hablante'... El no hablar es, en los seres normales adultos y despiertos, *callar*, es decir, o haber-dejado-de-hablar o no-hablar-todavía; es, por tanto, una determinación negativa del hablar, como delimitación o suspensión del mismo..."⁵³.

Los perros de Mahudes, antes de la noche del Coloquio, verdaderamente *callaban*. Su callar era un *tacere*, un no-hablar-todavía. Su silencio posterior, si es que llegan a perder el ejercicio de la palabra (y ya no lo perderán *in aeternum* gracias a la perennidad de Cervantes), será un haber-dejado-de-hablar. Su callar es efectivamente humano, una suspensión del lenguaje. Y —suprema maestría cervantina— su lengua se desencadena justamente en el momento de la noche en que cesan todas las voces de los hombres y los rumores de las cosas, "a la mitad de la noche", durante ese lapso solemne que los romanos llamaban *conticinium*.

Quiero, finalmente, apuntar al problema de esa capacidad del recto elegir que es la *elegancia* y que, en su manifestación lingüística, se llama *discreción*. Cipión y Berganza son discretos en las decisiones de

⁵³ E. COSERIU, *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977; p. 14.

su obrar. Cipión manifiesta que, antes de discutir por qué hablan, “mejor será que este buen día, o buena noche, la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos años deseado”⁵⁴. Y, al punto, Cipión distribuye y organiza: “esta noche me cuentas tu vida y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas, y si mañana en la noche estuviéramos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas”. A lo que responde Berganza: “Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestarlo”⁵⁵.

Esto es discreción. Esto es estar “dotado de tacto para hacer o decir lo que es conveniente”. Berganza le ruega a su compañero: “si te cansare lo que te fuere diciendo, o me reprehende, o manda que calle”⁵⁶. Esto es discernir, elegir verbalmente. Todo el *Coloquio* se sostiene en un juego que resulta peligroso, tensional, inestable, pero en el que termina por triunfar la *elegancia*, como una virtud subyacente a la *discreción*, ejercicio constante, ascética en el hablar, acto permanente de elegir, de pensar que es pesar y sopesar. El elemento de inestabilidad que introduce el configurador está dado por el riesgo de la murmuración. Estos perros no ladran ni muerden, pero reprenden, satirizan y llegan al borde de la murmuración. Pero allí está Cipión para cautelar los límites del hablar discreto. Que también se dice discreto del “dotado de tacto... para no causar molestia o disgusto a nadie” y allí está el juego de Cervantes al entregarnos, encapsulado en el *Casamiento*, este *Coloquio* mordaz en el hocico de unos mamíferos discretos.

Pero este “equilibrio inestable”, que produce tensión y movimiento, también es elegante porque hay un tiempo que actúa inexorable y

⁵⁴ *Coloquio*, p. 213.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 214.

⁵⁶ *Ibídem*.

refrena la palabra. Berganza no puede decirlo todo porque dispone de una noche solamente, y pasadas las doce. Debe seleccionar, discernir entre lo central y lo accesorio. Cipión es la conciencia temporal de Berganza: "Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar... tanto como esta vez, menester será pedir al Cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que, al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia"⁵⁷.

El desarrollo mismo del relato de Berganza se va componiendo, disponiendo, de acuerdo con estas instancias de medida introducidas por Cipión. Así queda establecido el equilibrio. Así se configura todo un planteamiento teórico del narrar a medida que se narra. Se construye, desde dentro, el objeto literario.

La polaridad discreción —murmuración queda claramente manifestada cuando el propio Berganza se niega a seguir hablando de la dama de su primer amo, Nicolás el Romo: "¡Oh, qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí de aquella jifera dama de mi amo! Pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y murmurador"⁵⁸. Discreto, pues, también en la acepción de "el que no divulga lo que interesa mantener reservado"⁵⁹. La respuesta de Cipión es inequívoca: "quiero decir que señales, y no hieras ni des mate a ninguno en cosa señalada; que no es buena la murmuración, aunque haga reír a muchos, si mata a uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto"⁶⁰.

Cipión se preocupa de que Berganza no se descamine en detalles secundarios o en observaciones demasiado extensas: "Basta, Berganza; vuelve a tu senda y camina"⁶¹. "Sé breve, y cuenta lo que quisieres..."⁶². "Sigue tu historia y no te desvíes del camino

⁵⁷ Ibid., pp. 218-219.

⁵⁸ Ibid., pp. 223-224.

⁵⁹ J. CASARES, op. cit.; s.v. *discreto*.

⁶⁰ *Coloquio*, p. 224.

⁶¹ Ibid., p. 229.

⁶² Ibid., p. 230.

carretero... ”⁶³. “No te diviertas; pasa adelante”⁶⁴. “No volvamos a lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querría que al salir el sol quedáramos a la sombra del silencio”⁶⁵. “Concluye; que, a lo que creo, no debe de estar lejos el día”⁶⁶. También Cipión cierra el *Coloquio*: “pongamos fin a esta plática; que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el día, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mía, para contarte mi vida”⁶⁷.

Desde el matadero de Sevilla hasta el Hospital de la Resurrección, el tiempo ha alcanzado a Berganza para contar toda su historia, tal como se lo había propuesto.

Entre las múltiples cadenas de la configuración textual, me ha admirado la discreción de Berganza para estructurar su relato. Porque no es sólo Cipión quien evita que Berganza se descamine. Berganza mismo está dotado de ese “tacto” que llamamos discreción. Compone su relato en orden cronológico. Hay un momento en el que quisiera referirse al misterioso episodio de la hechicera de Montilla, en el que se plantea una explicación de su origen canino. Dice a Cipión: “mas ahora que me ha venido a la memoria lo que te habría de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no me maravilla de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar”⁶⁸. Esto estimula la curiosidad de su amigo, quien le pide que le cuente tal suceso. A lo que responde Berganza: “Eso no haré yo, por cierto, hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su orden mis sucesos, que así te darán más gusto...”⁶⁹. Cipión lo acepta como el más elegante de los discretos y, con ellos, encarna la discreción que también se aplica “al que no muestra curiosidad impertinente”⁷⁰.

⁶³ Ibid., p. 256.

⁶⁴ Ibidem.

⁶⁵ Ibid., p. 282.

⁶⁶ Ibid., p. 329.

⁶⁷ Ibid., p. 339.

⁶⁸ Ibid., p. 230.

⁶⁹ Ibidem.

⁷⁰ J. CASARES, op. cit.; s.v. *discreto*.

Esta breve alusión al episodio de la Cañizares, bruja de Montilla, cumple unas funciones de gran importancia para la cohesión textual de toda la obra. Además de sus direcciones anafóricas y catafóricas, contribuye a hacer más inestables las interrogantes causales que se plantean en relación con el enigmático origen de los animales. Cuando llega el momento de contar el episodio, con elegancia y discreción, y amarrando todo el volumen narrativo, Berganza dice: "Esto que ahora te quiero contar te lo habría de haber dicho al principio de mi cuento, y así excusáramos la admiración que nos causó el vernos con habla"⁷¹.

También despunta la elegancia en las decisiones de Berganza con las que, además de componer un fresco contrapunto, concede profundidad y contraste al relato. Cuando llevaba la carne a la amiga de su amo Nicolás, una hermosa dama le arrebató la cesta. Berganza reflexiona: "Bien pudiera yo volver a quitar lo que me quitó; pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas". A esto responde Cipión: "Hiciste muy bien, por ser prerrogativa de la hermosura que siempre se la tenga respeto"(72). Y, en claroscuro, más tarde, cuando la Cañizares cree reconocer en Berganza a Montiel, cuenta Berganza: "Alcé la cabeza y miréla muy de espacio; lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino a mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco y no lo consentí". A lo que replica Cipión: "Bien hiciste; porque no es regalo, sino tormento, el besar y dejar besarse de una vieja"⁷³.

Las varias inflexiones de la escritura van pasando por toda una gama de interpretaciones, de disfraces, en los que se puede encubrir la murmuración. Y —ya lo hacemos advertido— no sólo Cipión ordena, organiza, estructura, pone límites, restablece el equilibrio. Berganza es tan discreto como Cipión. Hay un verdadero juego de vasos comunicantes. Cuando Cipión se extiende sobre lo difícil que es encontrar un hombre de bien a quien servir, allí está el freno de Berganza: "Todo eso es predicar, Cipión amigo". Cipión lo reconoce:

⁷¹ *Coloquio*, p. 288.

⁷² *Ibíd.*, p. 220.

⁷³ *Ibíd.*, pp. 287-288.

“Así me lo parece a mí, y así, callo”⁷⁴. Y, en el episodio de los estudiantes, Cipión hace acotaciones sobre la costumbre de los mercaderes de “mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en la de sus hijos”⁷⁵ y se le desenfrena la lengua hablando de la ambición y del “daño de tercero”. Berganza modera y advierte que está murmurando. Cipión, entusiasmado en su actividad verbal, desconoce que lo esté haciendo. Y es Berganza, ahora, el que lanza un discurso sobre la murmuración: “Acaba el maldiciente murmurador de echar a perder diez linajes y de caluniar veinte buenos, y si alguno le reprehende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada... mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración; porque yo veo en mí, que... a cuatro razones que digo, me acuden palabras a la lengua como mosquitos al vino, y todas maldicientes y murmurantes...”⁷⁶. Con este discurso se recupera la discreción. Ahora es Cipión el reprendido y lo reconoce con humildad: “Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me lo perdonen, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos a la mar, como dicen los muchachos...”⁷⁷.

&&&&&&

¿Qué es lo que Cervantes se ha propuesto con esta novela del *Casamiento y coloquio*? Engaño y verdad. Verdad disimulada en el engaño. Ejemplaridad y sátira. Renacimiento y tiempos modernos. Muchas interpretaciones se han propuesto. Una de las más recientes, la de B. Subercaseaux: “El *Quijote* y el *Casamiento y coloquio* son obras en que se incorpora el propio proceso de constitución de la novela moderna, novelas en que ‘presenciamos’ la superación dialéctica de “máquinas” estéticas intemporales y ‘mal fundadas’: novelas en que la categoría del diálogo no se limita únicamente al modo narrativo sino que se

⁷⁴ Ibid., p. 233.

⁷⁵ Ibid., p. 239.

⁷⁶ Ibid., p. 240.

⁷⁷ Ibid., p. 241.

extiende al plano estético, al diálogo entre lector y literatura, entre primera y segunda parte, entre una poética tradicional y otra innovadora: en definitiva, asistimos a una ilusión de realidad en pleno trance de ocurrir, a una 'presentación' que abarca no sólo la vida sino también el propio proceso de creación artística"⁷⁸.

Estos cínicos elegantes, estos aulladores discretos, son maestros inconcebibles. Engendros que muerden una época, una historia, la Historia permanente. Muchos se han extenuado en mostrar la verdad histórica de sus diatribas. Muchos han querido atenuar el cuadro de "comportamientos hipócritas" diseñado en el relato de Berganza. González de Amezúa ha escrito un volumen para demostrar que todo es histórico, aunque hay algo de hipérbole en la pintura cervantina.

No sé. Lo que me ha hablado a mí, en lo más oscuro e íntimo de la calma, es este Cervantes de Valladolid, algo cansado y muy ocioso, después de largas experiencias de amargura, que escribe una novela de ejemplaridad canónica, adscrito con lealtad a la poética de la Contrarreforma... aunque no pretende que se lo tomemos muy en serio. Que concibe una novela italiana y moralizante "en el contexto de los valores morales cristianos postridentinos"⁷⁹ y que se permite hacernos tragar el *Coloquio*. Que nos divierte y atormenta con unos canes discretos y elegantes, dotados de linternas...

Tengo que reconocerlo paladinamente: poco me importan las anécdotas. Aquí hay una gran atmósfera abierta. Son los valores de la inteligencia los que encarnan los perros de Mahudes, los valores del recto elegir, del pensar, del decidir, del discernir. *Legere y cernere*, ya lo he señalado, son los pilares de esta portentosa fábrica semántica. Encarnados en el jugueteo abstracto, amanerado del *Casamiento*, emergen como manantiales de la profusión existencial.

Yo quisiera concluir estas esbozadas meditaciones, con la confesión sincera de un pensamiento mío que me inquieta. Casi me tartamudea el alma al tener que verbalizarlo. Debiera susurrarlo, murmurarlo, deslizarlo en el disimulo de un engaño. Y es, mis

⁷⁸ B. SUBERCASEAUX, op. cit., p. 548.

⁷⁹ B. SUBERCASEAUX, op. cit., p. 541.

señores, que la espontaneidad no existe. La gratuidad, el agua bautismal, la inocencia, no son más que cifras del proyecto humano. A veces sin saberlo, generalmente sin cálculo ni previsión. Nuestras decisiones más íntimas no son sino réplicas, espejos, laberintos, coloquios de los perros. Aunque insertemos nuestra inquietud en paradigma de aparentes seguridades definitivas, allí están esos verbos incandescentes que introducen la tensión, el desasosiego, la progresión vital, como verbos de la historia, de la libertad humana, allí están, esos puños erguidos del *legere* y *cernere*.

¿Por qué el *Coloquio*? Pues para qué el *Coloquio*. Ni esta decisión ha sido ingenua, ni bautismal, ni espontánea. Porque, señores académicos, ¿cómo podré creer jamás en la pureza original de mis opciones? Cómo... si ahora, por voluntad de unos cuantos amigos generosos, se me invita a ingresar a un claustro en el que, generalmente a escondidas, se labora por la conjugación más plena de estos verbos. Porque, ¿qué sería de una academia sin las salvedades de la elegancia y la discreción? ¿No son, acaso, éstos los recintos, las canales, los confines entre los que se encauzan sus coloquios?

Yo quisiera recordar simplemente una historia. Una historia casi olvidada. La historia de una academia italiana, considerada la primera academia moderna. La Academia de la Crusca, fundada en Florencia en 1582. Y permítanme evocar este vocablo "crusca", nada de inocente. "Crusca" significa "salvado de trigo, afrecho", "cáscara del grano desmenuzada por la molienda". *Accademia Furfuratorum*. Academia de los afrecheros. Su emblema era un cedazo sobre el que se leía esta máxima: "il più bel fior ne coglie". Recoge la mejor flor, la harina más pura.

La Academia de la Crusca fue el modelo de las academias francesa y española. La Real Academia Española fue fundada en junio de 1713 y "su primer autor, y fundador (a quien este cuerpo confiesa agradecido deber el ser) fue el Excelentísimo Señor Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena,..."⁸⁰. Dio licencia el Rey don Felipe v. Leamos, en la Historia de la Corporación que trae el

⁸⁰ Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, edición facsímil, 3ª reimp., Madrid, Gredos, 1976; p. IX.

Diccionario de Autoridades, sobre la elección de sus insignias: "Para la empresa, que havía de servir de escudo y sello, se acordó la trabajassen los académicos en sus casas, y trajessen todos lo que cada uno huviesse discurrido a la Junta, donde se elegiría lo que pareciesse mejor. Executado ansi, se resolvió por común acuerdo tomar por empresa y sello propio un crisol al fuego con este mote: *Limpia, fija, y da esplendor*... pues no se ignora, que el fuego en lugar de fijar liquida los metales; pero también se sabe, que si estos tuvieren alguna escoria: el que quisiere fijarlos sin esta imperfección está precisado a valerse del fuego y el crisol, donde se liquiden para purificarle, y después puedan fijarse con nuevo, o mayor esplendor: siendo constante, que ningún metal podrá purgarse de la mezcla impura que tuviere, sin que primero se liquide al examen del crisol, o al martyrio de la copela"⁸¹.

Academia de la Crusca. Real Academia Española. Cedazo y crisol. La flor de la harina y el metal acrisalado. Selección. Afuera el salvado. Afuera las escorias. Quehacer de discernimiento y selección. *Legere* y *cernere*. No puedo, pues, creer en las casualidades. No me digan que Campuzano llegó al Hospital de la Resurrección a "sudar catorce cargas de bubas" por la gratuidad más absoluta. Estos canes cervantinos, buscadores de la virtud, son el oro puro. El proceso se ha cumplido. Elegancia y discreción son la flor más lozana.

¿Cómo no reconocer este mensaje de las sustancias esenciales? ¿Cuándo podré completar esta incorporación a los fuegos purificadores que inicio en este día? Agradezco la invitación que ustedes me han cursado al lugar elemental de la más primitiva elegancia.

⁸¹ *Ibíd.*, p. XIII.

FUENTES PARA EL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA GRIEGA

Fernando Campos Harriet

DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

Afirmaba Jaime Eyzaguirre que España era hija de Roma y nieta de Grecia*. Según ello, como somos hijos de España, Grecia viene siendo nuestra bisabuela. Ahora bien, ¿cuántos de nosotros tenemos de ella alguna noticia? Felices los que la han visitado y la han amado. Otros la adivinan a través de una postal de la Acrópolis que es como tener de ella una vieja fotografía iluminada. Muchos habrán retenido la belleza de sus islas y el color violeta del mar de Ulises a través de las aventuras del héroe, hermosamente proyectadas en color por el cine. En los círculos de amigos de Grecia hubo algunos (¿qué decir de Horacio Serrano!) y los hay, que en materias de cultura griega pueden darnos una lección, tan nutricia, como el pan nuestro de cada día. ¡Pero son bien pocos!

En un artículo de *El Mercurio* dominical, dolíase Manuel Salvat que la juventud de hoy no gustase, como la generación anterior, de la lectura de Azorín. Tras maduras reflexiones, llegaba a la conclusión que los tiempos actuales son más parecidos a los de Aristófanes.

Ello implica remontarnos a Grecia. Y aquí está el meollo del asunto: ¿Cuántos de los lectores dominicales —salvo distinguidas excepciones como la de Salvat Monguillot— habrán saboreado la lectura de Aristófanes? Y reduciendo aún más el asunto: ¿Cuántos saben algo de Aristófanes? ¡Oh, manes de la bisabuela Grecia!

Tuve la suerte de encontrarme en Madrid cuando años atrás el gran escritor español Ramón Pérez de Ayala, desde la tribuna y la prensa, se ocupaba de parejo asunto. “Lo que conservamos de la literatura griega es tan escaso, que constituye una pequeña biblioteca, fácilmente asequible”, decía el pensador español. Y agregaba: “Segura-

*Hispanoamérica del Dolor, 1968, p. 17.

mente se publican más libros hoy cada día en todo el mundo, que el número de obras griegas supervivientes a través de siglos pretéritos, las cuales son además sobrevideras a través de los siglos venturos o por venir. Estas obras están en su mayoría vertidas a idiomas cultos, en traducciones, bellísimas a veces, y casi siempre fehacientes”.

ESQUEMA

Para el lector intonso el pensador español enunciaba una bibliografía sucinta de las fuentes de conocimiento de la cultura griega; he aquí un esquema de ellas:

Para la edad épica u homérica, los dos grandes poemas de Homero: la *Iliada*, sobre la guerra de Troya, y la *Odisea*, sobre los viajes náuticos (Periplos) y peripecias de Ulyses (Odyssey), de retorno desde Troya a su nativo reino, Itaca. Ambas se dejan leer con tanto encanto como las novelas contemporáneas.

Hesíodo, autor de *Los trabajos y los días*, la obra antigua que nos proporciona la visión más completa de la vida campestre y la *Teogonía*, que resume las creencias religiosas de los griegos primitivos, denominadas comúnmente mitología. Este autor es un siglo posterior a Homero. Poco después, Esopo, el primer fabulista.

Alceo y Safos, poeta y poetisa líricos de la isla de Lesbos, de los cuales no perduran si no algunos fragmentos, florecen en el siglo VI antes de Jesucristo.

Píndaro, otro famoso poeta lírico, representa el espíritu de la vieja aristocracia griega, destinada a desaparecer bien pronto (comienzos del siglo V a. C.).

Autores dramáticos: Esquilo, contemporáneo de Píndaro; Sófocles, más joven que Esquilo, y Eurípides, el benjamín (hacia fines del siglo V), todos tres autores de tragedias; y Aristófanes, autor de comedias y de farsas. De ellos existen bastantes obras deliciosas de leer.

Historiadores: Heródoto, apellidado “el padre de la Historia”, contemporáneo de Sófocles, escribió *La guerra con los persas*. Tucídides, fuerte, conciso, sagaz, escribió *La Guerra del Peloponeso*. (Ambos del siglo V a. C.). Se ha dicho que Heródoto es el inspirador del

historiador inglés contemporáneo, Toynbee, Jenofonte (siglo IV a. C.). autor de *Anabasis*, *Las Helénicas* y otras obras menores, como ser: *Constitución de los lacedemonios* y *la Económica*.

Por los oradores Demóstenes, de quien permanecen varios discursos y oraciones (siglo IV a. C.).

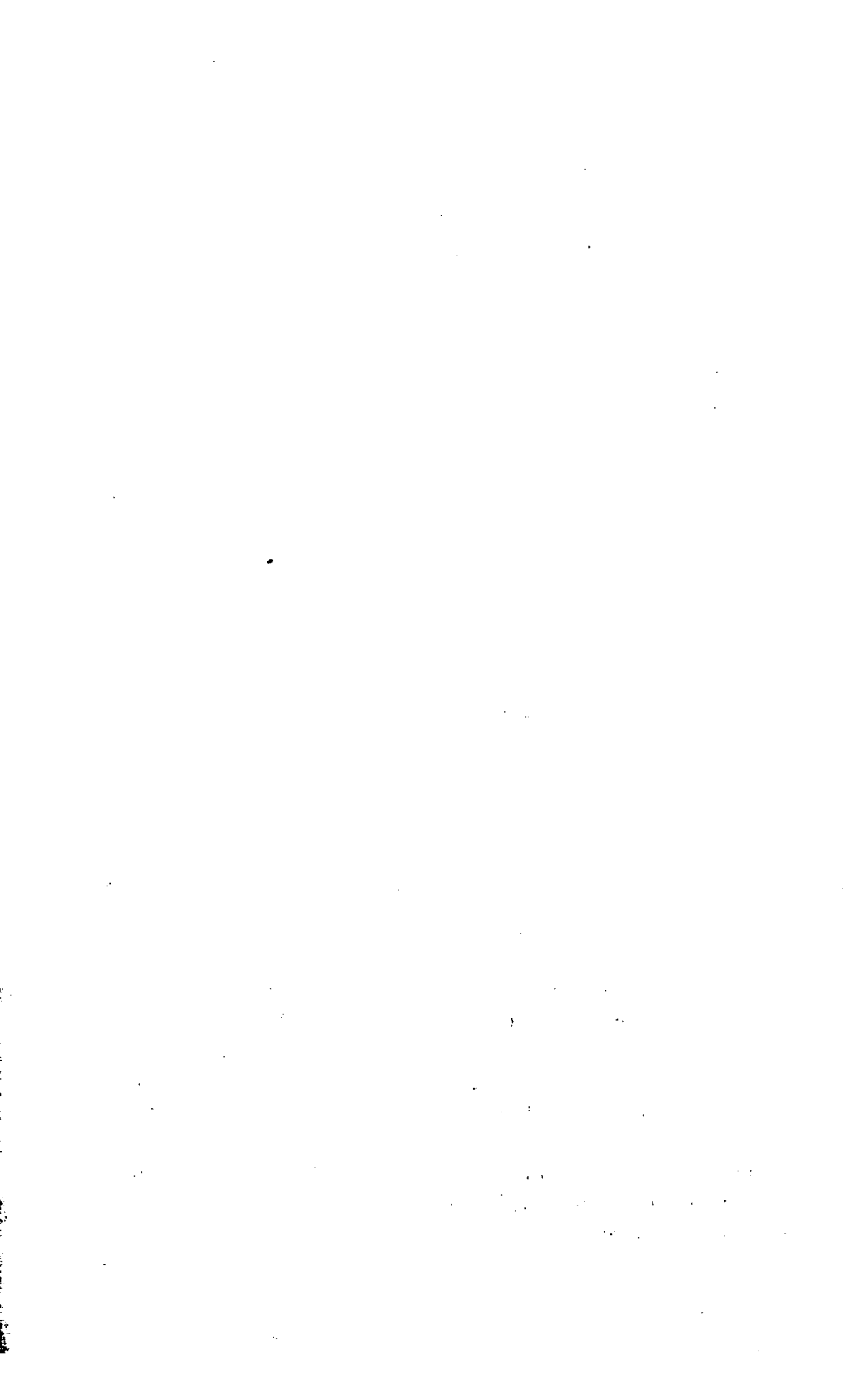
De los filósofos: Platón y Aristóteles, de ambos hay gran acopio de obras, entre las cuales *La República* y *Las Leyes*, de Platón; y la *Política* y *Constitución de Atenas*, de Aristóteles (siglos V y IV a. C.).

El moralista o costumbrista Teofrasto, con sus *Caracteres*, semblanza y retratos inmortales: sucedió a Aristóteles como jefe de la escuela filosófica de los peripatéticos.

Teócrito, el siciliano (siglo IV), poeta y bucólico, traducido al castellano por un obispo, nada menos.

Historiadores posteriores: Polibio (siglo III y II), vivió durante la conquista romana de Grecia y escribió sobre la expansión romana en el Mediterráneo. Diodoro Sículo (siglo I a. C.), vivió en la época de Julio César. En su *Biblioteca Histórica*, narra los acontecimientos notorios del mundo civilizado hasta la invasión de Inglaterra por Julio César. Plutarco (siglos I y II de nuestra era), autor de las famosísimas *Vidas Paralelas*. Arriano de Nicomedia, contemporáneo de Plutarco, autor de *Anabasis* o conquista de Alejandro. Pausanio, de la misma época: *Guía de Grecia*. Diógenes Laercio, autor de *Vidas de filósofos ilustres*. Luciano de Samosata, corrosivo, satírico y costumbrista, autor de *Diálogos de los Muertos* y *Diálogos de las cortesanas*, el último traducido deliciosamente por el escritor francés Pierre Louys.

Casi todas estas obras están al alcance del público lector chileno. La Editorial Losada, Buenos Aires, 1941, publicó muchas de ellas en su colección "Cien obras maestras", fueron adquiridas y muy cotizadas por nuestros lectores. Ellas son: *La Iliada* Tomos 11 y 12; *La Odisea*, tomo 5; *Tragedias*, de Esquilo, tomo 10; *Vidas Paralelas*, de Plutarco, tomos 17, 22, 23, 24, 25, 26; *Las Nubes*, *Los Acarnienses*, *Los Caballeros*, de Aristóteles, tomo 36. De los filósofos y poetas griegos antes nombrados se han hecho en castellano numerosas ediciones; se encuentran en nuestras bibliotecas públicas. La Editorial Andrés Bello (Santiago de Chile, 1970), publicó una buena edición de *Las Historias*, de Polibio.



LA UNIVERSIDAD ANTE LA CRISIS ENERGETICA MUNDIAL*

Igor Saavedra

PRESIDENTE, ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS

Como cuestión de lenguaje, comienzo con una advertencia: cuando aquí hablo de Universidad, me refiero siempre a la Universidad en “países en vías de desarrollo”, y para hacerlo elijo, como lenguaje deliberado, decir “países subdesarrollados”, con el propósito de plantear el problema de un modo más abrupto —en oposición a la cierta hipocresía que exige el protocolo—, y al mismo tiempo más general, puesto que es evidente que existen países subdesarrollados que hoy no se encuentran “en vías de desarrollo”, sino que están simplemente estancados en esa situación.

Lo que voy a decir conlleva una idea de Universidad, que por cierto no es única. Como la Universidad es necesariamente compleja, procuro distinguir sólo lo que le es esencial, esto es, aquello que es tal que sin ello la Universidad deja de serlo, pierde su propia identidad. En esta perspectiva, digo que la Universidad es en esencia una comunidad de maestros y discípulos cuya misión fundamental es la de ser depositaria del conocimiento universal, la de contribuir a su creación y la de impartirlo. En otras palabras, distingo en ella dos conjuntos básicos: una comunidad esencial —los maestros y los discípulos, que no son lo mismo que los profesores y los alumnos— y ciertas tareas esenciales, imprescindibles: la investigación científica, entendida en un sentido amplio, y la docencia superior. Y digo que sin aquella

* Presentado en el Congreso Interamericano “La Libre Iniciativa en la Movilización de Fuentes Alternativas de Energía”, São Paulo, Brasil. (Septiembre, 1980).

comunidad, o sin una u otra de estas tareas, la institución no es propiamente una Universidad.

Además, por cierto, la Universidad es un producto social e histórico, y está inmersa en una sociedad y vive un momento de su historia.

Esta condición y la idea de Universidad recién esbozada, en un primer análisis pueden aparecer como contradictorias, y en un sentido dialéctico puede argumentarse que la Universidad "real" es el producto que emerge de esta contradicción. Yo prefiero entenderlas como *complementarias*, en el sentido de la física contemporánea: ni la una ni la otra, por separado, dan una imagen adecuada de la Universidad; sólo al tomar en cuenta a ambas se logra una imagen más cabal de ella.

Como consecuencia de lo anterior aparece la responsabilidad social del universitario, y del hombre de ciencia en particular. Esta situación es especialmente válida para los científicos que trabajamos en países subdesarrollados. Deseo hacer explícito mi pensamiento al respecto. Creo firmemente que ser científico en un país de Latinoamérica es distinto que ser científico en un país desarrollado. La ciencia, por cierto, es la misma, sea cual fuere el lugar del mundo en que se origina; pero el ser científico en un país subdesarrollado conlleva responsabilidades, deberes para con la sociedad, que no se dan en el caso de los científicos del mundo desarrollado. Esto proviene del hecho que hacer ciencia cuesta dinero, y que como se trata en general de sumas que no son despreciables, este requerimiento compite con el que proviene de la necesidad de satisfacer otros requerimientos de la sociedad, urgentes y por cierto mucho más evidentes, tales como el analfabetismo, la desnutrición, las desigualdades sociales, por citar sólo algunos. En consecuencia, el decidir apoyar el desarrollo científico en un país subdesarrollado *importa una decisión política*, que es preciso justificar ante la sociedad.

Este requerimiento de una justificación social de la ciencia, más propiamente, del hacer científico, singulariza por tanto la tarea de los científicos en los países subdesarrollados, y se agrega a aquellos de validez ecuménica que la definen. En mi concepción, en consecuencia, no sólo se trata del hecho que ser científico en un país como los nuestros es distinto que el serlo en un país desarrollado, sino que

explícitamente se trata de que ello es más difícil, que constituye una tarea aún más exigente.

En nuestro caso esto significa que no basta con que nos limitemos a hacer tan bien como nos sea posible aquello que nos es más propio —la investigación científica y la docencia superior— sino que, además, debemos procurar realizar otras acciones, más directas y más “visibles”, como por ejemplo la resolución, hoy, de problemas concretos de interés inmediato para el resto de la comunidad. Me parece de toda evidencia que la aceptación social de la ciencia, que tanto necesitamos en este continente, sólo podrá conseguirse mediante esfuerzos semejantes, y pienso además que ésta es una tarea que los científicos latinoamericanos todavía tenemos que comenzar a cumplir.

Una oportunidad para proceder en este sentido la proporciona la actual *crisis energética*. En efecto, para comenzar a enfrentar el problema se hace preciso distinguir entre la crisis energética vista desde la perspectiva de un país desarrollado, y la misma vista desde uno subdesarrollado. Ambas situaciones son radicalmente diferentes, y en consecuencia éste es un caso en que no cabe el limitarse a esperar las soluciones que encuentren los países “grandes”, para comprarlas después al precio que nos las quieran vender y mal aplicarlas —porque estaban diseñadas para otras realidades— en nuestros países.

Esta diferencia que califico de radical proviene del hecho que los desarrollos relativos, y los correspondientes modos de crecimiento, modelan, estructuran las sociedades, y en consecuencia les confieren *necesidades* diferentes. Algo que hoy puede considerarse legítimamente como “indispensable para vivir” en los EE. UU. —elegido como paradigma de país desarrollado— no tiene por qué, necesariamente, tener tal calidad en los países de nuestra América Latina. Perfectamente bien en algunos de nuestros países —pienso en Chile— podríamos haber elegido vivir con menos automóviles particulares y con un mejor sistema de movilización colectiva, por citar un ejemplo, de muchos posibles, y acaso usando energía eléctrica en lugar de gasolina, pero preferimos no hacerlo. Si en vez de limitarnos a copiar nos hubiéramos detenido a pensar nuestra realidad con nuestra propia

cabeza, talvez tendríamos hoy menos necesidad urgente de petróleo, lo que nos consume una parte considerable de nuestros recursos y nos impide por tanto destinarlos a otros fines, tendientes a hacernos mejores como sociedad, y con una más aceptable calidad de la vida.

Esta necesidad de imitar sin discriminación es por cierto una manifestación objetiva de subdesarrollo, pero no sólo de eso; también de dependencia, y también de imperialismo. A partir de estas consideraciones la tarea de los universitarios en el desarrollo emerge con meridiana claridad: nuestro papel consiste en ser capaces de detectar y plantear nuestros propios problemas, en encontrarles soluciones adecuadas a la realidad de nuestros países, y en llevar a cabo esas soluciones, en construirlas. En eso, en definitiva, consiste el ejercicio de la más básica de las independencias, la independencia intelectual. Sólo el ejercicio pleno de ésta podrá dar a cada uno de nuestros países una auténtica dignidad nacional.

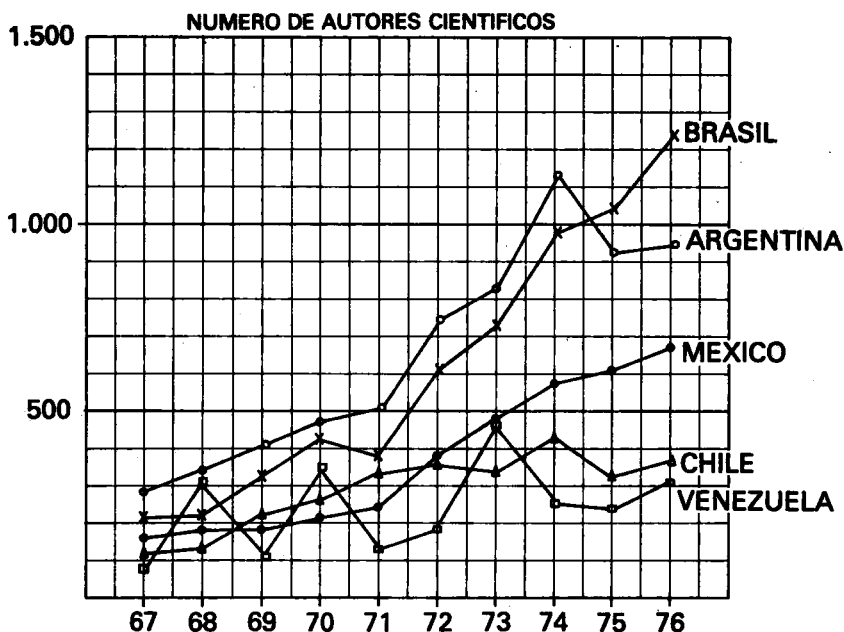
Para lograrlo, debemos comenzar por pensarnos a nosotros mismos, por entender nuestra historia, por conocer nuestras tradiciones, por identificar nuestras raíces. Y esto, otra vez, es tarea de la Universidad.

Cuando reflexionamos acerca de la crisis energética debemos, pues, ser capaces de distinguir los problemas de otros, entendidos como necesidades derivadas de realidades que no son las nuestras, de nuestros propios problemas. Quiero ilustrar esta situación con una parábola, que es en realidad una paráfrasis de un cuento de Ray Bradbury.

Un turista de un país desarrollado del hemisferio Norte llega a una selva de nuestra parte de América y encuentra un indio que teje canastillos con fibras naturales. Son en verdad unos canastillos muy hermosos, tejidos a mano, lenta y cuidadosamente, uno por uno. El turista se siente maravillado frente a ellos, y compra algunos. De vuelta a su país —a su hábitat cultural y social— descubre que los canastillos se prestan naturalmente para almacenar bombones, y se da cuenta en consecuencia de su capacidad potencial de aumentar las ventas de éstos. Habla con los fabricantes de bombones, los convence y finalmente vuelve a nuestro continente en busca del indio y sus canastillos, con órdenes de compra por varias decenas de miles de

ellos. Encuentra al indio y le explica el negocio: el indio ganará mucho dinero, podrá comprar con él muchas cosas; su vida ha mejorado súbitamente. El indio no acepta: él teje un canastillo por día, y no le alcanza la vida para cumplir con la primera orden. El comprador insiste, le explica que podrá contratar otros tejedores, que podrá comprar máquinas, que podrá vivir en la ciudad. El indio no acepta: el tejer canastillos es parte de su vida, de su ritmo de vida, de su cultura. Se siente bien con su vida y no quiere cambiarla. El comprador no entiende y se va exasperado. El indio tampoco entiende.

Nuestra vida real está repleta de hechos que reproducen en gran escala esta pequeña historia. Pienso otra vez en mi país para dar un ejemplo. La casa habitación tradicional en Chile, hasta comienzos de este siglo, era una casa de paredes gruesas y de estrechas ventanas, con habitaciones amplias, de volúmenes considerables, y en particular de cielos altos. La casa de hoy es casi su antitesis: de paredes delgadas y cielos bajos, y con grandes ventanales, que en buena medida reemplazan a las propias paredes. Este estilo de construcción vino de fuera, se copió de otra parte. Es cierto que las casas son de gran belleza, y es cierto que las paredes de vidrio permiten que el paisaje y la casa se mezclen de manera de formar casi una totalidad. Pero también es cierto que estas casas, en su lugar de origen, fueron diseñadas para condiciones climáticas distintas a las nuestras. Una casa semejante, para mencionar uno solo de los parámetros en juego, es ideal para un clima en que la temperatura no varía en forma apreciable a lo largo del día y del año, y sea tal —del orden de 20°C— que haga posible vivir en ella con agrado. Esta casa carece de inercia térmica, de modo que fluctuaciones apreciables de la temperatura exterior a lo largo del día, como en general ocurre en Chile, necesariamente acarrearán problemas, el resultado ha sido descrito diciendo que tales casas son “un horno en verano y un témpano en invierno”. Para garantizar la calidad de la vida en ellas se requiere en consecuencia de aire acondicionado en el verano y de calefacción central en el invierno, y por lo tanto aparece aquí un consumo innecesario y considerable de energía. Todavía más, debido precisamente a las características propias de este tipo de construcción, las pérdidas de energía son importantes, siendo el



aprovechamiento de la energía sólo de un 45%, cifra que es ilustrativo comparar con la correspondiente para el caso de los EE. UU., que es de un 75% (G. Rodríguez, Revista del IDIEM, Santiago, Chile, Dic. 1979).

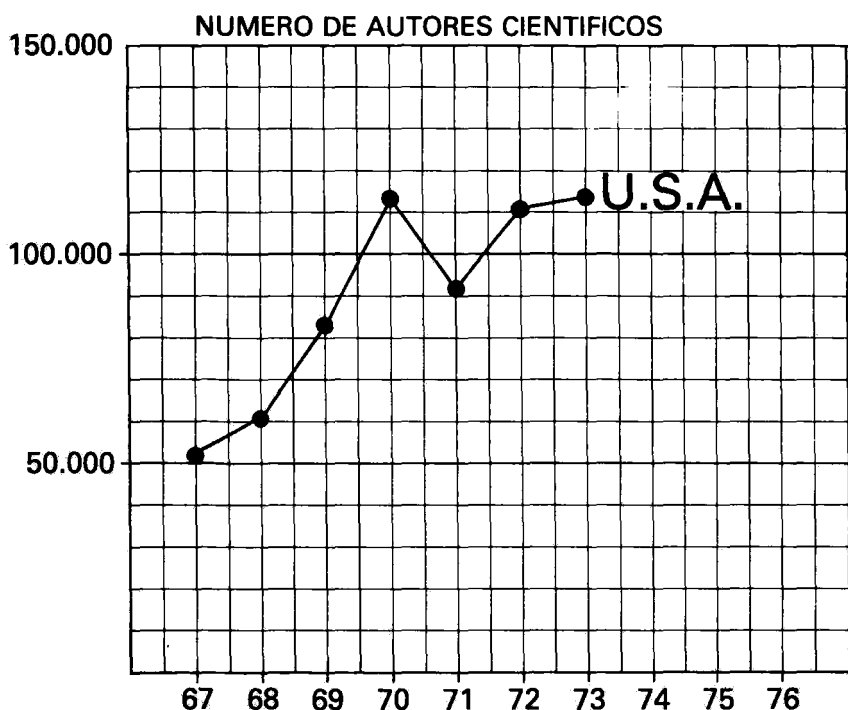
Por otra parte, nuestra casa habitación tradicional, fruto más de la experiencia que da la vida vivida que del análisis teórico, no adolece sin embargo de esos defectos. Adolecía de otros, por cierto, pero también por cierto susceptibles de mejorar técnicamente. ¿Por qué fue necesario cambiarla? El indio de la historia no habría entendido.

Las reflexiones anteriores no pretenden negar la realidad de la crisis energética; sólo pretenden poner énfasis en el hecho que esta crisis no es independiente del modelo de desarrollo que se adopte. Todavía más, este modelo tampoco puede ser independiente de nuestra realidad material y cultural.

Es por esto que los universitarios no podemos estar ausentes de los problemas planteados por la crisis energética. Y esto acarrea todavía otra pregunta: ¿cuentan hoy nuestras Universidades con suficientes científicos como para enfrentar estas tareas? Los datos cuantitativos que permiten responderla los proporciona la Fig. 1, que exhibe el

crecimiento, o no crecimiento, de nuestra ciencia en un período de diez años, medido en términos del número de autores científicos por país. De ella hay muchas lecciones que aprender, así como también es posible leer en ella parte de la historia reciente de las Universidades latinoamericanas. Nuestro grado de subdesarrollo se aprecia comparándola con la Fig. 2, que muestra las cifras correspondientes en el caso de los EE. UU. La comparación es elocuente: hay un factor 100 de diferencia entre ambas. Este factor tan desfavorable no cambia apreciablemente cuando se toma en cuenta las poblaciones respectivas, puesto que la suma de las cifras correspondientes para el caso de los países considerados en la Fig. 1 es del orden de magnitud de la población de los EE. UU., en tanto que la suma de sus números de autores científicos sigue siendo inferior en dos órdenes de magnitud.

Fluye de aquí una conclusión, que es en verdad un llamado a los hombres de Gobierno y a los hombres de empresa de Latinoamérica: es necesario que en nuestro continente se comprenda *realmente* la



importancia de la Universidad y de los universitarios, que se entienda el valor de la ciencia en el desarrollo.

Para lograrlo es necesario que comencemos por conocernos mutuamente, por entendernos, por respetarnos. Quiero creer que esto es lo que hemos comenzado a hacer aquí.

DARIO E. SALAS D.

ALGUNAS CARACTERISTICAS DE SU OBRA*

Marino Pizarro P.

I

Señor Presidente del Instituto de Chile, don Domingo Santa Cruz, señor Director de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, profesor Roberto Munizaga Aguirre, señores Académicos, señoras, señores:

No es fácil asumir la responsabilidad de un homenaje al Primer Centenario del nacimiento del eminente educador don Darío Enrique Salas Díaz.

No es fácil tampoco agradecer el honor que me confiere la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile al invitarme a disertar sobre algunas características de la obra de este maestro singular.

No es fácil. Lo sé. Porque es como acometer una empresa para la cual es necesario una profunda y sustantiva voz, una limpia y reposada palabra.

Por eso, me acerco a esta tribuna con la humildad del que no tiene otro mérito que la certeza de creer en la dignidad de su oficio, que no tiene otro aval que la fe y el amor a su profesión.

Cien años, sin embargo, son un hermoso itinerario para evocar la memoria de un hombre de verdad. De un hombre que fue testigo y factor del desarrollo educacional entre dos siglos, armella de unión entre un pasado y un presente, historia viva de las virtudes del maestro antiguo y las bondades del pedagogo nuevo.

Cien años para recordar a un hombre que supo situarse por encima del conglomerado político, en la alcornia ética y espiritual, con

*Discurso pronunciado en el homenaje que la Academia de Ciencias Sociales rindió al prof. Darío Salas el 27 de mayo de 1981.

justicia, tolerancia y paz. A un hombre interesado en la promoción de la cultura, en los problemas del mundo, en la preservación de la libertad y, sobre todo, a un hombre convencido de que la educación es la mayor fuerza espiritual de progreso humano. Un hombre con prestancia interior para trasuntar sus principios sin renunciamentos y sin claudicaciones.

Cien años para recordar a un hombre persuadido de que la educación es fundamento de todo proceso de cambio, de que el cambio verdadero es un cambio de intelecto, de actitud, de voluntad, de conocer primero para hacer después. Por esa firme convicción suya de que educar es realmente hacer el camino mejor para el hombre, su circunstancia modificable y su ámbito material y espiritual, fue siempre, en todo, un maestro. Educó y contribuyó a la educación en sus múltiples quehaceres. Y lo hizo siempre desde adentro, no sólo con la profesionalización necesaria sino con una vocación auténtica.

Cien años para recordar a un hombre que no alcanzó a conocer todas las realizaciones de su largo batallar por la instrucción del desvalido, por la integración de los sistemas de la enseñanza, por el fomento de la investigación, por la aplicación de su Ley, por la educación permanente, por el desafío de atar la vida de todos a un ideal. Su propia vida se ató al carro de la muerte antes de que pudiera dejarnos la riqueza de su acción renovadora.

Cien años para recordar la vida de Darío Salas en el mes preciso de su centenario.

Los viejos romanos no recurrían a las reglas ni a la prédica para educar a sus hijos en las virtudes de su raza. Los hacían inspirarse en la memoria de sus grandes hombres. Y por eso, antes de que el adolescente abandonara la toga "praetexta", ya había resucitado en él el alma viril de algún soldado heroico, de algún patriota austero. Necesitamos nosotros hacer como los viejos romanos: presentar a los niños y jóvenes de hoy, para que en ella se inspiren, la vida de los grandes maestros de nuestro país —tan olvidados y tan ajenos— y presentarles sobre todo la de este hombre, capaz de realizar la idea de humanidad y capaz de crecer y morir por esa humanidad.

II

En el encuentro de dos siglos se halla, pues, la figura de Darío Enrique Salas. La historia de esos años es por todos nosotros conocida. No siempre, por desgracia, recordada para valorar la importancia de los hombres que hicieron y rehicieron esa historia. Parece a veces que “una mala conciencia de parásito” o una amnesia deliberada mellara los trozos significativos de nuestro pasado.

Sin embargo, siempre, por fortuna también, hay una puerta abierta como un día soleado para reencontrarse con la historia. Eso es lo que nos ha sucedido con la vida de Darío Salas. Él es la historia de su tiempo. Sucede así con los grandes hombres. Ellos hacen la historia que otros cuentan, escriben u olvidan. Darío Salas nos trajo el privilegio de redescubrir el tiempo ido. ¿Habría que repetir con el poeta que cualquiera tiempo pasado fue mejor?

No hace falta. Los que hemos debido adentrarnos en el quehacer de este ilustre educador hemos comprendido el entorno político, social y cultural que circundó su vida. Está presente en cada una de sus obras, en cada palabra, en cada diario acontecer. Por eso, no hace falta decir ahora lo que otros, con autoridad de entendidos, dijeron en relación con su época. Bástenos saber lo que fue, cómo fue, para excusarnos de reiterar la síntesis de la evolución nacional que le correspondió vivir. Darío Salas resume con propiedad ese pretérito de profunda efervescencia colectiva, de diferencias ideológicas y partidistas, de luchas intestinas, de guerras en los mares del Pacífico y del mundo, de revoluciones económicas, de renovación de la cultura y de plasmación de una conciencia nacional. Tiempos duros y contradictorios entre la maduración cívica y el progreso económico, la arritmia de una sociedad tradicional y la pugna por la lucha de la justicia y la libertad. Difícil ejercicio para un “libertador del alfabeto”, como ha querido llamarlo, tan justamente, el profesor Roberto Munizaga. De esa conjunción de dos siglos, surge, pues, como el Darío del modernismo “del verso azul y la canción profana”, este otro Darío nuestro, por tantas razones, ejemplo y maestro de modernidad.

III

Darío Enrique Salas nace en Nueva Imperial el 9 de mayo de 1881. Recibe el título de Profesor Primario en la Escuela Normal de Chillán en 1899 y de Profesor de Castellano y Francés en el Instituto Pedagógico en 1904. Egresó, además, de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales. En los Estados Unidos, inicia cursos de postgrado y en 1906 obtiene el Master en Pedagogía y en 1907, el grado de Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

Su influencia pedagógica comienza en el mismo momento en que es nombrado ayudante de escuela primaria en 1900. Siguen después sus cargos de Profesor de Pedagogía e Idiomas en las Escuelas Normales de Santiago desde 1908 a 1911; Profesor Auxiliar de Pedagogía en el Instituto Pedagógico, Profesor de Pedagogía en el Instituto de Educación Física y en el Instituto Superior de Comercio, en 1910; Inspector General de Instrucción Pública, en 1918; Director de Educación Primaria, en 1921; Consejero del Ministerio de Instrucción Pública, en 1928; Profesor de Historia de la Educación, de la Cátedra de Pedagogía y Director de Práctica Pedagógica, hasta culminar como Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, en 1935. Asistió a Congresos, creó escuelas experimentales, dirigió revistas, tradujo obras, presidió agrupaciones gremiales, reformó el sistema nacional de educación, renovó la enseñanza, reorganizó el bachillerato, modificó la estructura orgánica del Instituto Pedagógico, escribió libros, viajó por el mundo... y fue el autor de "El Problema Nacional", antecedente fundamental de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria de 1920.

Muere Darío E. Salas en Santiago el 15 de febrero de 1941, después de haber trazado el más perspicaz camino para la nueva educación. Nada le fue indiferente. Lo mismo en la apartada escuela rural que en la bullente escuela ciudadana, lo mismo en la esperanza de una patria distinta que en el dolor de las incomprensiones de sus contradictores. Nunca cejó en sus propósitos. Buscó y halló seguidores que compartieron su tarea. Buscó y halló en el hombre humilde, en el joven vehemente como en el político tenaz o el tribuno ilustre la fuerza necesaria para combatir la ignorancia y derrotar la estulticia.

Maestro de idiomas comprendió el lenguaje del universo sin traducirlo nunca en neologismos irreverentes; profesor de la palabra llana, nunca quiso ser difícil en el coloquio con sus alumnos; profesional de la justicia, dio a cada cual lo suyo en nombre de la concordia y la razón. Merecimientos y virtudes de una personalidad limpia, objetiva, justiciera. Una personalidad ejemplar dedicada al trabajo del intelecto y al bien común y entregada por entero a la defensa de los ideales de una sociedad más libre, más culta, más humana.

Su obra toda sacude los cimientos de la intelectualidad, la política y la economía en los linderos mismos del sistema democrático de la República. Su filosofía continúa en la invariable línea orientadora de Valentín Letelier y de sus coetáneos más próximos, en solidaria comunión con Pedro Aguirre Cerda y Luis Galdames. Él fijó, con irrenunciable convicción, el sello del espíritu científico y el criterio sociológico y laboró sin tregua por una chilenidad fundada en los valores éticos y humanitarios. Darío Salas enriquece su pensar con las ideas de John Dewey durante su estancia de perfeccionamiento en los Estados Unidos, las que serán posteriormente el acto de fe de su credo pedagógico. Como ninguno, Darío Salas es el veedor del universalismo y del pensamiento social y el más inveterado exponente del desarrollo y fomento de la educación nacional.

El recuento de su extensa labor se reseña en las publicaciones más importantes y conocidas. Desde 1905 hasta poco antes de su muerte, no descansó en dar a conocer su experiencia, en señalar rumbos, en expresar su inquietud por la enseñanza en todos sus niveles, en manifestar a las autoridades el lineamiento de su acción renovadora. Siempre estuvo atento a precisar la política educativa de lo que él consideraba más adecuado para su tiempo y para el porvenir. Fue, quizá, el que con mayor sagacidad avizoró el futuro de la educación del país, el verdadero descubridor de lo que hoy conocemos como innovaciones pedagógicas. Sin sofisticaciones didácticas y sin extranjerismos innecesarios de estructuras vacías, reconoció siempre que el proceso educativo es un proceso vital de relación humana para la formación del hombre. Sus obras son así la expresión de su real credo pedagógico.

Desde 1905 a 1907, escribió *Las Memorias* sobre su desempeño en la Comisión de Estudio en Estados Unidos, que fueron publicadas en la *Revista de Instrucción Primaria*.

En 1908, dio a conocer su obra "*La Educación en Estados Unidos*", editada en Santiago de Chile por la Imprenta Universo. En ella traza un clarificador cuadro de la situación pedagógica en el país del Norte. Pasa revista a la organización y administración de la enseñanza a través de todo el sistema sin excluir ninguno de sus aspectos, aun aquéllos que él estima negativos. Se detiene extensa y cuantitativamente en el fin de la educación y en otras características esenciales, para finalizar, en un breve capítulo, a modo de conclusión, con el desarrollo pedagógico, visto en su conjunto, la experiencia yanqui y nuestro progreso pedagógico. De esta última parte, quiero reproducir algunos de sus párrafos más relevantes:

"No es ni equitativo ni científico juzgar un sistema educativo aparte del medio en que se ha desarrollado, pues las instituciones educadoras de un pueblo forman parte de su cultura, están íntimamente ligadas al desenvolvimiento histórico de ese pueblo, a sus condiciones económicas, políticas y sociales... De ahí que nuestras instituciones nacionales deban crecer de nuestras propias necesidades y no de las necesidades de otros, de nuestras propias debilidades y no de las ajenas. No es, pues, la adopción de un sistema pedagógico determinado, llámese el inglés, alemán, francés o norteamericano, lo que nos conviene, sino la adaptación de elementos recogidos en diversos países más adelantados que el nuestro y la amalgamación de esos materiales en la proporción que exige nuestro medio, para construir así, con ellos, un edificio educativo que, a pesar del eclecticismo de su origen, merezca el nombre de sistema chileno de enseñanza"¹.

Finaliza la obra con un llamado ferviente a laborar sin descanso por el porvenir de la patria.

¹ SALAS, DARIO E. *La Educación en los Estados Unidos de Norteamérica*. Santiago de Chile, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1908, p. 85.

En 1910, aparece en la Revista de Instrucción Primaria su estudio-conferencia sobre "La Educación Primaria Obligatoria", cuyo sumario contempla la necesidad de la educación para el individuo, la sociedad y la democracia; la educación primaria en Chile; el proyecto de educación primaria obligatoria, y las objeciones y su refutación. Empieza su Conferencia acusándose de debilidad y de momentos de vacilación al ocupar la tribuna, porque se le había atribuido proyecciones políticas a la ley de instrucción obligatoria y pensaba que no sería bien mirado por algunos que un profesor, un empleado fiscal, tratara en público el asunto. Pero hablaron más alto a su conciencia los deberes de ciudadano y de educador y entendió, como ciudadano, que si se trataba de política no se trataba de la estrecha política de partido sino de la gran política de uno de los problemas de altísimo interés nacional para cuya solución a nadie es permitido negar su concurso. Como maestro, comprendió que, al fin y al cabo, al defender la obligación escolar no hacía sino luchar por la causa que su profesión le mandaba defender, la de la niñez, la más hermosa de las causas.

Sólo diez años más tarde vio cumplida una de sus aspiraciones más queridas.

En 1911, se da a conocer su trabajo "Las Tendencias Instintivas y la Educación", de valor y calidad indiscutibles para esa época.

En 1912, con motivo de la celebración del Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria, Darío Salas presenta el tema general "Correlación de la Enseñanza Secundaria con las demás ramas de la Enseñanza Pública". En él, apoyándose en las Leyes de 1860 sobre instrucción primaria y la de 1879 sobre instrucción secundaria y superior, aboga por una articulación adecuada como un medio de dar unidad y orientación a todo el sistema educativo. Si bien las mencionadas Leyes contribuyeron al mayor desarrollo de cada una de las ramas independientemente no fue menos cierto que dificultaron la necesaria correlación entre ellas.

Cuarenta y seis años más tarde, en 1958, inspirados, sin duda, en este interesante estudio y con la misma repetida inquietud, los profesores Irma Salas y Egidio Orellana, de la Universidad de Chile, publicaron los resultados de una de las investigaciones educacionales más importantes y trascendentes de los últimos tiempos titulada

"Correlación entre el Liceo y la Universidad", cuya proyección derivó en la puesta en marcha de muchas de sus recomendaciones.

En 1912 y 1913, aparecen los ejemplares de "El Año Pedagógico", auténticas crónicas de la actividad pedagógica de esos dos años. Inusitada la actividad de 1912, que habrá de destacarse como el año más memorable del desenvolvimiento educacional de la época. Asambleas, congresos, cursos de perfeccionamiento, debates y críticas, popularización de las cuestiones pedagógicas, difusión de la enseñanza, proyectos para mejorar la situación económica del profesorado, son, entre otras, las razones del llamado año pedagógico por excelencia. Fue realmente el año en que se revitalizan, con los nuevos hombres, los nombres ilustres de Sarmiento, Abelardo Núñez, Montt, Amunátegui y Bello.

"Es seguro", dice Darío Salas, en 1912, "que así como los de hoy, tradicionalistas y modernizantes, científicos y utilitarios, hemos ido a menudo, al armarnos, sea para el ataque o para la defensa, a estudiar en esas dos grandes épocas los orígenes de muchos de nuestros institutos docentes y los fundamentos en que su labor descansa, así también, dentro de algún tiempo, imposible de precisar, los pedagogos volverán al año que termina para buscar en él la raíz de algunos de los principios que informen entonces la enseñanza y el punto de partida de algunas de las orientaciones que ésta presente, con el propósito de entresacar de todo eso argumentos *para defenderla*, los que crean que sigue esa educación respondiendo a las necesidades de la época, y *para combatirla*, los que estimen que las condiciones del medio han cambiado, que los valores de la vida son ya otros"².

Ojalá que las raíces de nuestra ciudadana vida pedagógica en la lección del maestro nunca se olviden y se recuerden siempre por aquéllos que creen que creer en nuestra historia es algo más que una quimera o una falacia.

El año pedagógico de 1913, en cambio, no resiste el parangón con

² SALAS, DARÍO E. *El Año Pedagógico 1912*. Santiago de Chile, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1913, p. 4.

el de 1912. En todo caso, no marca en absoluto un retroceso, sino que sigue con entusiasmo la defensa y conservación de las posiciones conquistadas, especialmente las que provocaran las publicaciones de Francisco A. Encina, Valentín Letelier, Luis Galdames y Enrique Molina.

El 26 de julio de 1913, Darío Salas dicta una conferencia en la sesión solemne celebrada por la Sociedad Nacional de Profesores en el Salón Central de la Universidad de Chile sobre el tema "Nuestra Educación y sus Deficiencias", cuyo objetivo fundamental es ilustrar a la conciencia nacional acerca de las deficiencias hasta entonces anotadas.

En 1913, ofrece tal vez una de las conferencias de contenido más modernista y a la cual no parece habersele dado la real importancia. La tituló "Sobre Educación Popular" y fue leída el 14 de octubre de ese año en el Salón Central de la Universidad a nombre del Comité provisorio del Congreso de Educación Popular. Fue su colaboración entusiasta a la tarea emprendida por la Federación de Estudiantes y en ella trató los aspectos olvidados de la educación, entre los cuales destacó el más olvidado, el aspecto social. Se refirió a la enseñanza primaria y de perfeccionamiento para adolescentes y adultos; la preparación de la mujer adulta para su función social; la enseñanza superior y la educación popular; acción social de la escuela, y medios complementarios de educación popular. Todos estos temas, analizados con profundidad de conocimiento e ilustrados con experiencias concretas de países de Europa y Norteamérica.

"Las instituciones docentes —dice— procuran ajustarse a las necesidades de la colectividad que las crea y sostiene para su beneficio, pero esa adaptación es lenta y cuando, en épocas como la nuestra, los cambios son inusitadamente rápidos, no alcanzan ellas, por lo común, a evolucionar con la celeridad y amplitud que sería menester. De ahí que, a menudo, en vez de ser lo que debieran —exponentes de las mejores aspiraciones sociales y factores conscientes de su realización— aparezcan ellas estabilizadas, en retroceso, fuera de contacto con la sociedad que es su fuente y su sostén, sirviendo ideales ya abandonados, respondiendo a necesi-

dad de otro medio y de otra época"³. Más adelante señala con énfasis: "Urgente es, pues, que las instituciones educadoras traspasen los límites que la tradición les señalaba hasta hace poco. Y urgente es también, ya que con las nuevas cargas caen también sobre ellas nuevas y mayores responsabilidades, que empiecen, una vez por todas, a *proceder conscientemente* y no en *forma irreflexiva*; que estudien las necesidades sociales y los medios más adecuados de satisfacerlas; que pongan el oído atento a los anhelos sociales y procuren encauzarlos; que exploren el horizonte del desarrollo social y elijan el rumbo que mejor armonice las posibilidades de la nación a quien sirven, con el bienestar de sus ciudadanos"⁴.

Y al comentar la acción social de la escuela, agrega:

"Nuestra escuela es la escuela tradicional, la escuela estrecha, la escuela cerrada. Declara terminada su misión cuando apenas comienza a cumplirla. Nada ofrece al adulto, nada a los padres y madres de los niños que educa, nada al muchacho que deja prematuramente sus aulas y sale a la vida desarmado. Lo abandona a su suerte... Y así es su suerte"⁵.

En relación con los medios complementarios de educación señala, como si estuviera aludiendo a las innovaciones educativas de ahora, "faltos de mejor nombre", como dice él, los siguientes, a vía de ejemplo: las escuelas de correspondencia, los periódicos y revistas postescolares, la organización de una oficina central de colecciones y préstamos de clisés para proyecciones, las bibliotecas y teatros populares, los museos industriales, artísticos, históricos y de ciencias naturales, los campos de juego, y otros. Y como un llamado final a la conciencia de los profesores, cuya obra, dice, es de buena voluntad, de idealismo y de entusiasmo y no precisamente de dinero, les recuerda

³ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1913, p. 4.

⁴ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*, pp. 5-6.

⁵ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*, p. 45.

que no sólo deben consagrarse a los niños sino que también dedicar parte de su tiempo y de sus fuerzas a la queja del que sufre, a la sombra del hogar malsano y pobre, a la súplica de los que han menester luz. Sólo entonces —les repite— les llegará también la plena conciencia de sus deberes y de su misión social. “Hasta entonces —les dice emocionado— habréis sido profesores; sólo entonces comenzaréis a ser maestros”⁶.

En 1915, escribe el Informe presentado al Segundo Congreso Científico Panamericano titulado “La Instrucción Primaria en sus relaciones económicas con la localidad y el Estado”. En él responde a dos cuestiones esenciales planteadas. 1º ¿En qué proporción debería sostenerse la instrucción elemental por impuestos locales y en cuál por impuestos del Estado?, y 2º ¿Cuáles deberían ser los factores determinantes en dicha distribución?

“Parece innecesario advertir —afirma Darío Salas— que, tratándose de un problema de acción, no es tanto —digan lo que quieran los economistas de gabinete— una teoría lo que debe guiarnos en su solución, sino más bien la experiencia, los hechos”⁷. Y hace en seguida una relación acerca de lo que significa el problema en general y en el caso específico de Chile. Pasa revista a los sistemas fundamentales, la centralización y descentralización, la proporcionalidad y los factores de la distribución. En la situación de Chile, examina los antecedentes que lo caracterizan como régimen centralizado, para detenerse en la descentralización y en la conveniencia de implantar un régimen mixto. Para Darío Salas el problema no es fácil. Se pregunta a sí mismo: “¿Cómo implantar de hecho el régimen mixto en un país donde las localidades han perdido ya la tradición —la costumbre, diríamos— de contribuir al sostenimiento de la instrucción primaria y de colaborar en su administración? ¿Cómo implantarlo sin exponer a las escuelas y a los maestros a la influencia malsana del sectarismo, del

⁶ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*, pp. 48-49.

⁷ SALAS, DARÍO E. *La Instrucción Primaria en sus relaciones económicas con la localidad y el Estado*. Santiago de Chile, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1915, pp. 3-4.

partidismo y aun de los prejuicios de clase? La respuesta no puede ser sino una: proceder a una descentralización gradual y paulatina”⁸.

Vale la pena que economistas y planificadores de la educación de hoy tomen en cuenta la palabra del maestro de ayer. Vale la pena, ahora que escuelas y liceos serán administrados por las Municipalidades a lo largo del país.

Llega el año 1917 en que publica, el gran educador, su obra más importante, de vigencia permanente, “El Problema Nacional. Bases para la reconstrucción de nuestro sistema escolar primario”, dedicado, con emocionada súplica, a los honorables diputados profesores, en la esperanza de que un impulso patriótico los mueva a luchar por la realización del programa esbozado en estas páginas. “Habrá de señalarse —anota con propiedad el profesor Roberto Munizaga— como una fecha perdurable en la historia de la literatura pedagógica chilena y constituirse, de inmediato, como el antecedente de un hecho trascendental para la evolución de nuestra cultura: la promulgación de la ley de educación primaria obligatoria, el 26 de agosto de 1920”⁹.

Es, sin duda, el documento más valioso y positivo en que analiza el problema escolar básico y propone soluciones. No es la crítica erudita que se complace en destruir por animadversión a un régimen o lucimiento personal. Es la sincera expresión de un hombre que sabía mirar con objetividad y sentir con emoción y que tenía el valor de decir sin miedo, porque sólo tenía un compromiso: el de un educador con su patria. Quizás si los hombres más dotados de idealismos buscan en la función de educar el camino más certero para volcar en ella sus inquietudes. Quizás, por eso tal vez, Darío E. Salas eligió el magisterio como columna vertebral de su vida y dedicó a él su continuado esfuerzo de investigación y su fe profunda en el hombre. Fue exactamente un hombre que comprendió con claridad las necesi-

⁸ SALAS, DARÍO E. *La Instrucción Primaria en sus relaciones económicas con la localidad y el Estado*, p. 16.

⁹ MUNIZAGA A., ROBERTO. Prólogo de la obra *El Problema Nacional* de Darío E. Salas. Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1967, p. 11.

dades de su época, que urgió para entonces una forma de educación que preparara al ciudadano de este país para hacerlo un productor de progreso y de cultura. Fue “un tipo humano creador de patria”. “Porque, ¿qué es en verdad una nación?”, anota el profesor Munizaga.

“Ella no es sólo un territorio geográfico, ni una cierta cantidad de habitantes, ni una reserva para la producción de bienes económicos. Una nación, como tanto se ha dicho, es ‘un alma’, un principio espiritual, una solidaridad de todos los días, una conciencia de lo que fuimos en el pasado, lo que somos actualmente, de nuestros proyectos de vida hacia el futuro. Ahora bien, los millones de seres que a nuestro lado existen, ¿poseen, en verdad, esa conciencia?”¹⁰

A esos seres está dirigido “El Problema Nacional”, inspirado en los ideales éticos del credo humanitarista de su autor. No cabría aquí analizar su contenido, porque ya lo ha hecho, con sabiduría, el profesor Munizaga al prologar la segunda edición del libro en 1967. Sin embargo, no podría dejar de citar, por su modernidad, algunos de sus acápites: Eficiencia pedagógica del personal, preparación de los futuros profesores, perfeccionamiento del profesorado en servicio, mejoramiento moral y económico del magisterio. Y en los grandes capítulos, títulos que apuntan a la acción social de la escuela y al significado fundamental de la educación como formadora de democracia. La escuela es considerada como un centro del cual parte la cultura hacia la comunidad. Los alumnos son los portadores de esa misma cultura hacia sus hogares y el grupo escolar se concibe como un eje vital en la educación de niños y de adultos, punto de partida de una sociedad en avance. Y si la función de ser democrático es obligación de cualquier grupo civilizado, es la educación la que debe formar ese espíritu. “El fin de la educación es la eficiencia social”, anota Darío E. Salas, y al comentarlo, agrega:

¹⁰ MUNIZAGA A., ROBERTO. Prólogo de la obra *El Problema Nacional*, Darío E. Salas, p. 14.

“Este problema de la finalidad admite las apreciaciones más diversas, porque no pueden estimarlo de igual modo la democracia que la oligarquía, un país de mercaderes que una nación de soñadores, el pueblo que cifre su grandeza en la posesión de una máquina de guerra formidable que el pueblo cuya fuerza y cuya gloria residan en el vigor moral e intelectual de cada uno de sus hijos”¹¹

En 1922, continúa la obra de Darío E. Salas con una “Breve información acerca de la Educación Primaria en Chile”.

En 1924, “El Problema de la Educación Secundaria en Chile”.

En 1929, “Algunas manifestaciones de la Nueva Educación en Chile”, con motivo del Congreso de la Federación Universal de Asociaciones Pedagógicas en Ginebra, y en el mismo año, “Las escuelas alemanas y europeas. El Congreso de Ginebra. La Educación en los Soviets”, artículo publicado en la Revista de Educación.

En 1934, “Formación del Profesorado”, trabajo presentado en la Segunda Conferencia Interamericana de Educación.

Se cierra de este modo el ciclo de la labor de conferenciante y publicista del eminente educador Darío E. Salas, sin poder mencionar, por respeto a la circunstancia y a la hora, muchos otros artículos y documentos que escribiera a lo largo de su dilatada y fecunda tarea pedagógica.

IV

El pensamiento pedagógico de Darío E. Salas, de indudable calidad moral, se distingue, en virtud de la jerarquía de valores que lo orientan, en sentido de progreso, por el perfeccionamiento del hombre y el desarrollo de la sociedad. Ajeno a las contingencias partidarias, no puede ser indiferente al desenvolvimiento individual y social.

Defiende la libertad e independencia del espíritu humano, el valor autónomo del hombre y el dinamismo de su vida. Aboga por la justicia, la tolerancia y la comprensión entre los hombres. Reafirma que en la vida espiritual y en la libertad radica toda la grandeza y

¹¹ SALAS, DARÍO E. *El Problema Nacional*, p. 213.

dignidad del hombre y reitera que la persona y la comunidad son parte de un organismo vivo en que ninguna puede existir sin la otra.

Sobre estas bases, Darío E. Salas postula con permanente insistencia que la educación debe tender a la formación de un hombre integral sin otras limitaciones que las de su propias capacidades y aptitudes y aspira a que este tipo de hombre, así formado, alcance la máxima eficiencia individual y social.

Sólo de este modo, el hombre estará preparado para comprender, vivir y acrecentar los valores permanentes de la cultura, en el fluir de la vida; para proyectarse a sí mismo y para los demás, favoreciendo la unidad de la comunidad nacional; y estará capacitado para decidir y participar conscientemente en la construcción de una sociedad libre, justa y democrática que asegure la igualdad de oportunidades para todos, sin privilegios.

La educación, que como propósito deliberado promueve la realización plena de las potencialidades del hombre, se basa en los mismos principios de la democracia y asegura su vigencia y continuidad en lo personal y en lo social. Democracia y educación son términos interdependientes, no pueden entenderse en plenitud en el aislamiento. En su doble sentido, como estilo de vida y como sistema de organización, la democracia constituye una estructura dinámica y progresiva que se renueva constantemente gracias al poder de la educación. Por eso, ella defiende los principios de universalidad, obligatoriedad, gratuidad, laicidad, unidad, socialización y trabajo y tiende a la formación de hombres libres, de espíritu abierto, capaces de ligarse a los deberes que impone la convivencia social y de trabajar por los más altos valores humanos.

Darío E. Salas, promotor de la investigación y revitalizador incesante de la investigación educacional, se caracterizó siempre por la búsqueda infatigable de la verdad. Y quien la busca, se busca a sí mismo primero que nada. Ser congruente consigo mismo es vivir en auténtica verdad. Ser auténtico es ser libre y hombre libre es el que defiende el derecho a pensar, meditar, razonar y discrepar. Es el que no enajena su pensamiento, porque es el único patrimonio que puede dejar a sus descendientes. Darío E. Salas concibió la educación como

un proceso libertario que permite al hombre pensar de acuerdo con su conciencia y su razón, en su espacio, tiempo e historia.

Pensar el pensamiento pedagógico de este educador es —sin duda— recordar el claro sentido antropológico de su significado. Tiene que ver con el hombre y todas sus posibilidades de desarrollo y de perfeccionamiento.

Pensar el pensamiento pedagógico de este educador es —también, sin duda— recordar el claro sentido ecológico de su significado. No sólo la naturaleza del hombre, su propia existencia, sino además la naturaleza de otros hombres, de otras naturalezas de su entorno y las relaciones de esas naturalezas.

Así recordado el pensamiento pedagógico de Darío E. Salas es del hombre para el hombre, de su trascendencia vital y de su inexcusable hacerse frente a la complejidad y a los males del mundo. Es la defensa de la persona humana y sus valores, frente a este mundo dominado por el terrorismo, la guerra, el economicismo, la tecnología, el materialismo y la especialización sin un contexto amplio cultural en el que se inscriban.

V

Cuando deambulaba en los años de mi infancia por las tierras de mi viejo pueblo de Montepatria, nunca pensé que cien años —que rememoramos hoy— tendrían el hálito vital de este educador extraordinario al concurrir a la escuela primaria de mi aldea.

Cuando mi hermana, mi primera maestra, hojeaba las páginas de la Revista de Instrucción Primaria —que en algún rincón de mi casa todavía yacerán guardadas— y repetía el abecedario que abriría el camino de mis primeras letras, nunca pensé que cien años significarían todo el pensar de un hombre para darle forma y sentido a una lejana escuela rural.

Cuando repetía los versos del poeta de mi tierra en el centenario Liceo de La Serena, jamás pensé que cien años me dirían que juntos, Carlos Mondaca y Darío Salas, compartían los secretos de la declinación y conjugación latinas en la vieja casona de Alameda.

Cuando aprendía en el Instituto Pedagógico los esquivos misterios

del arte de enseñar, tampoco pensé que cien años tendrían que decirme que mi maestra Irma Salas había conocido primero los secretos de ese arte —discípula predilecta— del hombre ejemplar que hoy, en ausencia, está con nosotros.

Cuando enseñaba la arcaica y nueva literatura en el antiguo Liceo de Experimentación “Darío E. Salas”, tampoco pensé que cien años me revelarían —¡qué atrevida ignorancia!— que el primigenio creador del sistema de renovación gradual de la educación secundaria iniciado en Chile en 1945 era el mismo que llevaba el nombre del Liceo.

Cuando, en fin, repasaba los textos y escritos para dirigirme a ustedes esta tarde de mayo, no pensé que tendría que aguardar este momento de cien años para asombrarme con la increíble figura del hombre que creyó, como el que más, en la libertad de la patria por el camino de la educación y la cultura.

Ahora que de nuevo Chile se halla enfrentado a la reforma total de su sistema educativo no podemos ignorar el valor de las ideas que inspiran toda la obra del eminente educador. Él, más que nadie, supo lo que fue el historial pedagógico del ayer y, más que nadie, supo también examinar los hechos de su presente para revelar la prognosis del futuro. Nos duele —como diría Unamuno— el desdén por el pasado. Nos duele la yuxtaposición de economía y educación. Nos duele la modernización exenta de madurez espiritual. Nos duele la prisa del hacer, la certeza del éxito, el apremio de la decisión.

Ahora que se emprende una tarea inmensa para la educación de los niños y jóvenes de Chile, queremos asirnos al optimismo del pascaliano y a la fe y la esperanza de nuestro maestro para alcanzar la grandeza de la patria y, para decirlo con sus palabras, “mirar el porvenir de frente y sin zozobras”¹².

Ahora que el edificio educativo remozza su cimiento y su estructura, es preciso recoger el sentido de responsabilidad que nos legara el sabio educador, porque ella fue más que la decidida voluntad de querer adquirir y reforzar la experiencia de su vida para hacerla compatible con el respeto a la dignidad humana: fue el serio desafío al

¹² SALAS, DARÍO E. *La Educación en los Estados Unidos de Norteamérica*, p. 87.

cumplimiento de su tarea, fue responder al compromiso de su conciencia.

Un gran maestro relató hace tiempo una antigua historia: El hombre se encontró un día, de repente, con una gran oscuridad. Trató afanosamente de hallar el camino hacia la luz y al no hallarlo, tras persistentes tanteos, terminó por habituarse a esa oscuridad y acabó allí el resto de sus días. Otro hombre, en esa misma oscuridad, se esforzó, sin cansancio, por encontrar alguna ruta que le permitiera llegar hacia la luz. Probó, intentó caminos diversos y no encontró la ansiada luz. Tropezó, sin embargo, con otros hombres, que, en idéntica situación, vivían su vida en tranquila pusilanimidad. Se unió a ellos, se dejó guiar por los hombres del camino y, sin afanarse más, finalizaron juntos sus últimos años.

Un tercer hombre, abrumado por la terrible oscuridad, buscó caminos, recorrió senderos, bajó a la sima, subió jadeante y, al fin, por la fe inmensa de sí mismo, encendió una luz, su propia luz, apareció la claridad, y halló, así también con decidida voluntad, el camino que le esperaba.

Esta es la historia del hombre, del maestro, que encontró su lámpara interior, y que he querido repetir hoy, para que sea reencendida por los hombres del presente y del futuro.

VI

Es común que los grandes hombres, justamente por su condición de excepcionales, no tengan sucesores, aunque sí seguidores, émulos y detractores.

Diríamos lo mismo de Darío Salas si no existiera, como una llama viva que prolonga su existencia, Irma Salas, su hija, educadora y maestra de muchos nosotros.

Formada en la alta escuela de esa relación de amor y respeto que la ligó a su padre, en su estilo y su manera, ha continuado la obra y el pensamiento del gran maestro. Renovar, perfeccionar, vitalizar la educación chilena ha sido su meta y a ella entregó su vida profesional. Que no se haya dado el fruto plenamente maduro de esa entrega es culpa de los tiempos y los hombres y no de esta mujer en quien

queremos prolongar el homenaje a su padre, lejos de toda intención de alabanza gratuita. Su devoción por el ser humano que, serenamente, charlaba con ella, niña, y su admiración por el profesor que, joven profesora, impregnó su vida y su quehacer con sus ideas renovadoras, este recuerdo, se debe a ella también, a su amor de hija, a su leal sentido de justicia para con un pensador y realizador en el plano educacional.

Y reconozcamos que ser educadora cuando el modelo es idea y sangre del mismo tronco es tarea difícil. Por eso, digámosle la admiración que todos compartimos por lo que ella ha hecho para sucederlo honrosamente y mantener en alto su recuerdo, repartiendo en múltiples ocasiones su nombre, como se da el pan puro y blanco de una comunión espiritual. Le decimos ¡gracias! por no permitir que se lo olvide.

Ojalá no lo olviden los jóvenes. Ojalá no lo olvidemos.

Señoras y señores:

Cien años son para retornarnos a él. Por eso, esta tarde quise decir apenas cómo era; lo importante que fue que fuese como era. Que sepan los que vienen lo que nosotros supimos.

Cien años para volver a él en su propia última voz de su último discurso de despedida:

“No deseo que quede en vosotros, después de escucharme, la idea de que soy modesto. Tengo un orgullo: el de haber sido siempre un pésimo político y haber tratado de obrar de acuerdo con los dictados de mi conciencia. Aprendí tras una penosa experiencia que en la vida de funcionario nada hay más difícil ni que traiga más sinsabores. A pesar de ello, sin embargo —en eso se funda mi única vanidad— antes y después de esa experiencia, siempre he preferido preguntarme en las horas difíciles, no ¿dónde está tu conveniencia?, sino, ¿dónde está tu deber?

Tengo además otro orgullo, el de haber salvado, en medio del naufragio que frente a la experiencia, a los golpes del destino y al

espectáculo del mundo, sufren con frecuencia nuestros ideales y nuestros principios, unos cuantos viejos artículos de fe, que espero no habrán ya de abandonarme"¹³.

Señoras y señores:

Cien años para creer con él:

"Creo que la educación es una función por excelencia humana y que en ella el factor humano, el educador, es lo esencial y lo primero y que, por lo tanto, no basta en el profesor el cumplimiento frío del deber, no basta la ciencia, aun cuando esas dos cosas sean indispensables, sino que sigue siendo cierto, piensen otros lo que quieran, que nuestra profesión es, además y sobre todo, amor, abnegación, renunciamiento, sacrificio, en aras de la felicidad de los demás, de una patria mejor, de una humanidad más libre, más inteligente y más feliz. Creo, en consecuencia, que no hay título ni dignidad humana que supere a la simple y suprema calidad de maestro"¹⁴.

¹³ Discurso pronunciado por don Darío E. Salas en la manifestación que se le ofreció, el 13 de julio de 1940, con motivo de cumplir 40 años de servicios en la educación pública. En "Homenaje a Don Darío Salas (Santiago), Centro de Pedagogía, Departamento de Extensión cultural y Propaganda, Prensas de la Universidad de Chile, 1941, p. 10.

¹⁴ Discurso pronunciado por don Darío E. Salas en la manifestación que se le ofreció el 13 de junio de 1940, con motivo de cumplir 40 años de servicios en la educación pública, p. 11.

ALGUNAS FACES O TERRITORIOS DE LA VERDAD. ULTIMA ETAPA DEL PENSAMIENTO DE UN PROFESOR*

Prof. Dr. Walter Fernández Ballas
DE LA ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA

Pasados los 80 años, de una vida inquieta y hasta apasionada, polarizada en especial hacia todo lo bello y hacia lo desconocido, tratando de desentrañar su incógnita, el campo biológico de mis actividades y todo el Universo siguen inquietándome; pero los contemplo ahora de un modo diverso. No es que mi espíritu haya cambiado en su esencia: es el mismo; pero se manifiesta y reacciona en forma diferente. Ayer, era un torbellino, como las aguas que se precipitan rápidas y ruidosas; con la pretensión de abarcarlo todo; hoy, estas aguas se han aquietado, se han nivelado como en un remanso, y en su tranquila superficie se refleja el Universo en sus reales e inmensas dimensiones, infinitas en el espacio y en el tiempo; los detalles, esfumándose, no perturban lo esencial y así resalta aún más su grandeza y ante ella siento mi pequeñez y comprendo cuán escaso es mi saber. Mi petulancia, mi egocentrismo, si existieron, aunque siempre traté de combatirlos, se desvanecen; mi espíritu, el yo íntimo, depurado de todo lo que le fue ajeno, se muestra en su real dimensión y naturaleza: se ha hecho auténtico y sincero. Sin embargo, este espíritu sigue ansioso, pero con su sinceridad, sin estridencias de creer saber, y se polariza hacia los horizontes de este infinito, añorando aun explicarse la luz que de ellos emana.

Considerando ahora en general lo que nos ocurre a los universitarios que hemos actuado en el profesorado, en la docencia y en la investigación científica durante años y años, creo que se nos ha ido

* Extracto de una conferencia pronunciada el 27 de abril de 1978 en la Academia de Estudios "Prof. Alfonso Leng", en la Facultad de Odontología.

plasmando una particular personalidad, una manera específica, podría decir, de proceder y mirar las cosas; manera que nos es común y nos une armónicamente. Es indudable que lo adquirido en nuestra existencia con esa modalidad, ya en la vida cotidiana abordada con sentido de responsabilidad y causalidad, como especialmente en la vida universitaria docente y de investigación ha ido formando el acervo de nuestra experiencia, nuestra manera de pensar y razonar; pero los detalles mismos van a ocupar el sitio que les corresponde sin hipertrofiarlos ante la concepción general y superior: hemos aprendido a jerarquizar los valores. Se va creando también un substrato en nuestro espíritu, una vida interior que trata de sobreponerse al desgaste orgánico de los años, y que representa, podríamos decir, una supervivencia nuestra más allá de nosotros mismos. En primer lugar, esa inmensa satisfacción de haber formado con toda la mente, entregando todo lo que podíamos dar, y con todo el corazón, nuestros discípulos, que diseminados van continuando la obra, acrecentándola y perfeccionándola con su propio esfuerzo y clara inteligencia; satisfacción de verse así superados por ellos; lo que es la mayor aspiración de un maestro; superación que además es la base fundamental del progreso científico. En segundo lugar, con los años queda en el ánimo de un investigador, por modesta que haya sido su labor, como ya lo he expresado, una experiencia, un modo particular de contemplar y apreciar los hechos, la Verdad de lo existente que nos rodea: con espíritu sereno, sin prejuicios de ninguna especie, razonando lo más correctamente posible; modalidad que se ha ido adquiriendo con la aplicación del método científico durante años. De aquí se fundamenta el afán postrero de querer penetrar aún en la esencia de todas las cosas que se enfrentan, desde las de mayor trascendencia hasta las más aparentemente triviales y poco llamativas de la vida cotidiana; ya que como lo decía el gran Ramón y Cajal, "No hay cosas sin importancia, sino individuos sin importancia que no saben valorar las cosas". Pero al preocuparnos de ellas lo hacemos, a nuestros años, en una forma que podríamos decir filosófica, en el verdadero sentido de generalización; y sin egocentrismo, ya que el "yo" prácticamente desaparece, al fundirse como un pequeño átomo a esa grandeza del Universo, al tratar con afán de penetrarlo y comprenderlo.

Es a propósito de este afán tras la Verdad de lo existente que me he permitido presentar este breve "ensayo" sobre la Verdad; y digo "ensayo" o algo más modesto aún, dado que darle otro alcance sería más que atrevimiento, petulancia. He titulado este ensayo o bosquejo, "Algunas faces o territorios de la Verdad". No se trata de un trabajo en relación directa con la profesión médica u odontológica en sus diversas ramas; pero, sí, incide, estoy seguro, en las inquietudes espirituales de todos los que hemos desarrollado la vida no sólo en las actividades rutinarias, sino también y en proporción principal a pensar en lo que hacemos, en lo que somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos, y en relación con todo lo existente a nuestro alrededor. Confiado en esta formación de todos y en su benevolencia me permito esbozar este tema de por sí escabroso; pero inquietante, por cuanto nos está golpeando diariamente a nuestros sentidos y en especial a nuestro intelecto, demandándonos un esfuerzo continuo, para adentrarnos en él, para comprenderlo en su amplia extensión, lo existente y el constante devenir; particularmente obsesionante para todo aquel que tiene el hábito de meditar sobre ellos, en esos momentos en que el diario quehacer deja un descanso y el espíritu vaga libremente sin las trabas que representan las preocupaciones y polarizaciones a ras de tierra: el "ocium" griego. Presuntuoso intento, aunque obligadamente reducido a un solo objetivo: mi modesta posición frente a él para enfocar y apreciarlo ya al final de mi ruta, como una síntesis de mi pensamiento de hoy; muy lejos, por supuesto, de dar respuestas integrales a sus complejos interrogantes.

No es mi pretensión exponer ahora hasta dónde se ha llegado tras esta Verdad del Universo, lo que demandaría un tiempo mucho mayor y sin la competencia requerida para ello; pretendo, en cambio, expresarles cuál es mi opinión, los terrenos e inclinaciones espirituales en que la ansiedad del hombre se desenvuelve tras esa Verdad.

Al hablar de "faces" o "territorios" de la Verdad ya esto hace suponer como formando parte de *un todo*, con sus caras o planos. ¿Existe, en realidad, la Verdad como un todo, una Verdad integral y universal? Sí y No: *No*, si consideramos lo que *hasta* ahora conocemos, la verdad que podríamos llamar "humana", tan limitada y parcelada aún; *Sí*, si nos referimos, deshumanizadamente, a la realidad de lo que

existe, el Universo: la *Gran Verdad*, que tratamos de conocer en su integridad y aun de desentrañar la esencia de las partes que ya captamos de él, esforzándonos por penetrar en sus primeras causas; sin lograr hasta ahora ni lo uno ni lo otro.

No obstante, el hombre, en su actividad espiritual, en su inquietud y en sus ansias de captar y poseer la realidad, se polariza en tres direcciones, separadamente o hermanadas: *la verdad artística, la verdad científico-filosófica y la verdad religiosa*.

1º. *La verdad artística*. El Arte es la exteriorización de la verdad del artista: es subjetivo y emotivo y lleva siempre, forzosamente, un sello personal: es la expresión de *su sentimiento*, que es su grande y real verdad frente a lo que ve y a lo que imagina y crea. Por lo tanto, tiene que ser muy relativa y múltiple, de acuerdo a la pléyade de artistas y tanto más extendida cuanto mayor sea el número de personas que vibren sinceramente y no por "snobismo" con aquella verdad, con aquella creación. Y digo del artista "su grande y real verdad", recalcando esto con énfasis, cuando concuerda ella con su sinceridad; ya que existen también, desgraciadamente, "artistas" (entre comillas, por no decir pseudoartistas) insinceros o simplemente incapaces, que al igual que cierto público, caen en un exhibicionismo espectacular; carecen de vuelo, de estro, de inspiración, y lo suplen, o creen suplirlo, con lo estrambótico o lo escandaloso y truculento; es simplemente una comercialización del espíritu entre "pobres de espíritu"; y en forma petulante se creen "creadores"; y todavía más, creadores de vanguardia. La realidad es que caminan al revés y así se explica que estando en la cola se creen cabeza. Jugar al desparramo de palabras y frases sin conceptos ni injundia y aun sin sintaxis ni puntuación; jugar al desparramo de inconexos trazos de figuras; acumulación de sonidos y aun de ruidos, no es hacer literatura, ni pintura, escultura, ni música. Sin concepción innata de belleza, sin sentimiento íntimo de belleza, sin goce supremo ante la belleza, no se puede ser artista en el sentido amplio de tal y no pueden crear belleza, suprema aspiración del Arte.

Todo esto, por supuesto, no puede considerarse como la verdad del "artista" ya que no alcanza a serlo; es más bien una postura del individuo, su demostración psicológica de un complejo de inferiori-

dad en ciertos casos, propio de espíritus “ápteros”, denominación que los naturalistas dan a ciertas especies carentes de alas. Por fortuna, toda esta “creación” negativa es pasajera; tarde o temprano cae en el olvido o en el menosprecio. En cambio, la verdad sincera del artista genuino, su creación alada e iluminada por la belleza, perdura y a través de las generaciones va formando parte del acervo cultural de la humanidad: sus creadores se perfilan como eternas figuras-símbolos. En las diversas artes ¿quién duda de un Fidias, de un Sófocles y Eurípides; de un Dante, de un Miguel Angel, de un Tiziano, de un Rivera; de un Bach, de un Mozart, de un Beethoven; de un Shakespeare, de un Calderón de la Barca, de un Lope de Vega, de un Quevedo, de un Cervantes; de un Goethe, de un Schiller; de un Schubert, maestro por excelencia del “Lied”; y ya más contemporáneos, de un Schumann, de un Chopin; de un Wagner, de un Verdi, un Brahms, de un Mahler, de un Richard Strauss, un Debussy, un Stravinsky, un Sibelius; de un Rodin, de un Benavente, de un Marquina, un García Lorca; y muchos otros, también de primera constelación, todos ellos ya reunidos en el Gran Parnaso Universal, al cual han llegado igualmente varios de los nuestros?

En la pintura, la escultura, en las letras, en la música, encontramos todo un mundo de creaciones superiores que representan la verdad artística con que soñaron sus creadores y que forman, como hemos dicho, uno de los componentes más significativos de la cultura de la humanidad y que elevando al hombre en alas de la belleza hacen la vida más digna de ser vivida.

Felizmente el artista trata de expresar sus propios sentimientos y de ahí que en los de gran vuelo encontramos siempre *un creador*; muchas veces un rebelde frente a moldes que aprisionan su espíritu potente y su vuelo de inspiración. Con toda irreverencia he sostenido siempre que las “reglas” o “cánones” en el arte nacen no de los artistas propiamente tales, sino de los “técnicos” y “eruditos” de arte, de los críticos de arte, que canonizan tales reglas al hacerlas surgir como un “factor común” de formas acumuladas y que les acomoda a su sentir; pero el “factor común” sale siempre de una masa, y el artista superior es irremediabilmente una antítesis de la masa. De ahí que cuando va contra una regla establecida —aunque furiosamente combatido por

técnicos y críticos por este atrevimiento— el artista genial *crea* una nueva forma. Beethoven rompe con la mayor parte de las reglas musicales de la composición, en la armonía y en la forma; crea la orquesta moderna, podríamos decir; y en sus Sinfonías, desde la 3ª “Heroica”, en sus Cuartetos y Sonatas, crea igualmente formas nuevas, personales, que provocan estupefacción y ataques enconados en su época, de parte de los autodenominados “críticos de arte”. Avanza solo, como un Titán, en pos de *su verdad*, despreciando altivamente la incompreensión, convencido como lo estaba, de legar un mensaje superior a sus semejantes. Su obra se impone, como siempre se imponen las creaciones de un genio y sobreviven haciendo la felicidad de la humanidad casi entera; el artista verdadero, pese a los ataques o postergaciones que pueda sufrir por un público frívolo o superficial, o por una pléyade de estos críticos “a la violeta” que nada saben, sigue viviendo por sus obras; mientras nadie se acuerda de aquellos petulantes que creyeron sepultarlo en vida.

Wagner, poeta y músico aunados, crea el *drama musical*, que contiene como guía principal el “leit-motiv”, llevando su creación a una altura de universalidad, donde campean todas las virtudes y pasiones humanas; que alcanza a una verdadera “filosofía de la música”, si pudiéramos decir, en su “Tristán e Isolda”.

Cervantes no sólo crea con Don Quijote y Sancho, dos personajes que son la propia humanidad y como tales eternos, sino aprovecha los desvaríos de su héroe para expresar en una época peligrosa y en forma genial, *su verdad*, su rebeldía contra las normas rígidas y retardatarias, que tuvo que soportar, establecidas particularmente por la Iglesia de la Inquisición, trabando el vuelo del espíritu. Como ejemplo de ello, leamos lo que hay entre líneas en el sugestivo pasaje aquel en que Don Quijote, como siempre acompañado de Sancho, decide ir en busca del Castillo de su bien amada Dulcinea del Toboso. Llegan al pueblo ya entrada la noche cerrada y en medio de la obscuridad se enfrentan luego con una majestuosa silueta: Don Quijote la interpreta como el anhelado Castillo de Dulcinea y próximo a alcanzar su supremo ideal, al acercarse todo se derrumba y exclama: “¡Con la Iglesia hemos dado, Sancho!” —Ya lo veo —responde Sancho— y plegue a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los

cementerios a tales horas...". ... A buen entendedor, pocas palabras.

El legendario Dr. Fausto, revivido por Goethe, es igualmente, más que una verdad artística del poeta, una verdad filosófica universal: la eterna sed de saber; la inquietud, mortificante a veces, ante lo incógnito; y sobre todo, las ansias infinitas de alcanzar la felicidad, junto a la paz suprema del espíritu.

Los personajes de los dramas de Shakespeare, ya sacados de la historia o leyendas, o propiamente creados por él, son actualizados y animados con una luminosidad y patetismo que golpean energicamente a nuestro espíritu; y elegidos como verdaderos símbolos de todas las virtudes y pasiones humanas, elevadas o bajas hasta la ruindad.

Igual podemos decir de Lope de Vega, o como se le llamaba, el "Fénix de los Ingenios", el más fecundo de los creadores literarios, especialmente del teatro, que universalmente ha existido, y que renovó profundamente la orientación y la técnica de la escena. Sus personajes, verdaderos prototipos de todos los caracteres y ámbitos, emergen aún de sus más de mil obras de teatro y de sus poemas, y siguen deambulando con vida propia por su adorado Madrid, por España, y por el mundo entero, especialmente de habla hispánica que sabe comprenderlos mejor en su idiosincrasia tan auténticamente española.

Toda verdadera Obra de Arte, ya en literatura, pintura, escultura o música, lleva en sí un "alma", un "mensaje": no sólo admiramos en ella la forma, que va a nuestros sentidos, sino también y principalmente, ese poder sugestivo que irradia de su contenido y que infiltrándose en nuestro espíritu provoca nuestra emoción: es ese "mensaje", que persiste a través del espacio y del tiempo; mensaje, que al enfrentarnos a la Obra de Arte, llega a nosotros, nos invade y dialogando íntimamente con nuestro "yo" interno nos comunica y nos hace sentir su profundo significado que quiso darle su creador: y al comprenderlo, sentimos su misma emoción, vibrando al unísono con él. Bendita comunión espiritual, que seguirá uniendo siempre el presente con todo pasado luminoso, como tea que no se extingue, señalando el camino ascensional.

¿Ocurre algo semejante con tanta producción actual, pomposa-

mente autodenominada "de vanguardia", y aplaudida a rabiar por cierta crítica y cierto público? ... Dejo a cada cual la sincera respuesta.

Es verdad que en algunas producciones el autor no deja de tener cierta habilidad y a veces gran habilidad para manejar sus medios de realización: el lenguaje, los trazos, los colores, el cincel o los sonidos y aun ruidos, y su obra logra golpear nuestros sentidos, en ocasiones intensamente; pero no logra penetrar a nuestro espíritu, no nos comunica nada: no encierra ningún mensaje. Frente a ellas, interrogados muchos "entendidos", pero que no desean que se les considere "atrasados" o "ignorantes", contestan: "Es una obra interesante" (?). Esta contestación me basta; para mí por lo menos, es semejante al "requiescat in pace". Ha llegado sólo a los sentidos o al intelecto, en el mejor de los casos, no a los sentimientos: especie de cerebro sin corazón: "formas" sin vida.

Por el contrario, ¿cómo no vibrar ante las varias "Pietá" de Miguel Angel, ante su David, su potente Moisés, palpitante de intensa vida, o ante la cúpula ideada por Brunelleschi y majestuosamente asentada en la Catedral de San Pedro en Roma por el mismo Miguel Angel? Quién no vibra de emoción ante la Via dei Fori, enfocada desde el Capitolio de Roma, obra esta última también de Miguel Angel, centrada por la majestuosa estatua ecuestre del emperador Augusto: nos enfrentamos desde aquí ante siglos de historia que marcaron y dieron base sólida a la civilización occidental que hoy orgullosamente poseemos. ¿Quién no siente el mensaje del alma de Beethoven al escuchar entre otras, su Sinfonía "Heroica"; sus Sonatas, especialmente la Op. 57 "Appassionata" y la última de ellas, la N° 32, Op. 111, profundidad, sublimación de ideas, en una atmósfera de belleza; grandeza de inspiración al través de una completa libertad de forma: personalidad gigante del genio. ¿Cómo no sentir admiración y emoción ante un drama o una tragedia de Shakespeare?

Pero, bien entendido, tratándose de obras superiores en la esfera del teatro y de la música, es indispensable que sus realizadores, sus intérpretes estén a la altura de la propia grandeza de la obra, que vibren con ella, que sepan y puedan entender y respetar esa Verdad, ese mensaje que le inculcó su creador; y así puedan transmitirlo a los

públicos, ansiosos de esa verdad, de ese mensaje; sin lo cual se malogra o se disminuye su potencia, cuando no se tergiversa. Aquí, en este terreno debería estar vedada para siempre la acción de los mediocres que se creen artistas, no obstante su atrevimiento, su audacia; hay que campear por el respeto al autor. ¡La Verdad, la Belleza no deben ser manoseadas por ellos!

He tratado sólo de evocar algunas visiones, de trazar algunas pinceladas de la Verdad del Arte, tal como lo siento y cómo vibra ante sus realizaciones mi espíritu, como algo natural, innato, sin túnica doctoral ni fríos conocimientos; es, talvez, por esa misma intensa impresión ante la grandeza de aquellas creaciones que mi espíritu no pueda acomodarse ante tantas otras producciones, especialmente modernas, que nada me comunican con sus malabarismos, a veces ingeniosos, en todo sentido, verdaderas "confecciones" y no creaciones de una verdadera inspiración.

2º *La Verdad científico-filosófica*. Debemos tener presente que la ciencia y la filosofía se enfrentan a los fenómenos del Universo, incluido el hombre en su triple aspecto biológico, psíquico y social, para *descubrir* estos fenómenos y entenderlos; esto es, buscando su explicación, las causas o determinantes que los producen y sus leyes. El cientista, a diferencia del artista, no es propiamente un creador, sino, podríamos decir, un descubridor del fenómeno y sus causas, de aquello que existe; no es, por consiguiente lo que descubre una verdad personal, como la del artista; es extrapersonal y universal: el cientista la busca, la persigue, la descubre y la explica, mediante la *metódica científica*; no es una posición y un producto de los sentimientos, como en el artista, sino una posición de la mente, de la *razón*, frente a los fenómenos existentes del Universo.

¿Cómo aprende el cientista a leer en este gran libro abierto que es el Universo, que con una constante atracción invita a hojearlo?; ¿Cómo llega a captar este lenguaje suyo?; ¿cómo busca la ciencia la Verdad de estos fenómenos, sus causas? De más está decir que los medios de que se vale el investigador constituyen la *metódica científica*, que al través de siglos de este afán del hombre pensante por *saber* llega hoy a constituir caminos eficaces para lograr la conquista de los enigmas que encierra el gran panorama de lo existente; y he dicho "caminos

eficaces", porque si no se logra el fin, o se equivoca en los resultados o en la apreciación, la ciencia misma tiene los medios para reconocer el error y enmendarlo, libre como lo es, de todo prejuicio o dogma preestablecido. La metódica científica, iniciada por los griegos con la observación directa y serena de la naturaleza, adquiere su camino actual, en sus grandes líneas, con el empirismo de Bacon, al introducir el método experimental y muy particularmente con Galileo, al profundizar la experimentación, apreciando y valorando sus resultados, contra todo prejuicio, para llegar a establecer inductivamente la ley o leyes del fenómeno, obedeciendo a leyes matemáticas: "El universo está escrito en cifras matemáticas", expresaba. Observación metódica de los fenómenos, analizándolos lo más profundamente posible; experimentación, aplicando en su reproducción las posibles causas o determinantes y en seguida, repitiendo estas experimentaciones muchas veces, hasta la evidencia, inducir por síntesis la ley o leyes que lo condicionan: he aquí el camino. Pero no se queda aquí la ciencia: alcanzado este punto, proyecta, con esta sólida base, las hipótesis legítimas o probabilidades más allá de la experiencia alcanzada. Al emprender nuevas experimentaciones siguiendo las hipótesis planteadas, si el resultado es parcial o las contradice, éstas serán falsas o mal planteadas y la acuciosidad del cientista las modifica o plantea otras hipótesis de trabajo, que la experimentación se encargará de juzgar sobre su exactitud. Así, sucesivamente va avanzando la verdad científica, que, como es natural, *tiene que ser relativa*, pero perfectible, acercándose cada vez más a la verdad total del fenómeno. Esta modalidad ejecutoria del proceder de la investigación científica es, como todos sabemos, el *determinismo científico causal*, la búsqueda y la comprobación de los determinantes que producen y condicionan el fenómeno estudiado.

Si analizamos más a fondo los fundamentos de esta metódica, dirigida a la búsqueda de la verdad científica, vemos que no son sino los caminos que sigue la mente organizada del hombre *para conocer*. ¿Cómo podemos conocer? ¿Cómo logramos desentrañar las incógnitas de lo existente, los factores y las leyes que los condicionan y rigen? Es indudable, que en una forma global o general, una idea surge en la mente al ser estimulado nuestro espíritu por un fenómeno externo del

ambiente, o bien, por un proceso interno asociativo de experiencias ya vividas y acumuladas, y a veces dormidas en nuestra mente; es una reacción a estos estímulos, que en muchas ocasiones sobrepasa con exceso al estímulo a veces insignificante. Pero es evidente que en esta génesis de la idea hay siempre una etapa previa de elucubraciones más o menos rápidas o lentas, que pueden ser conscientes, voluntarias, esforzándonos en su elaboración; otras veces, silenciosas, trabajando en el subconsciente; es una especie de torbellino mental, consciente o subconsciente que se va clarificando hasta llegar a la claridad conceptual, a la luz de la idea propiamente tal que así surge, esto es, al *concepto* de la cosa. Al averiguar las diversas etapas que paso a paso ocurren en sus detalles y los medios utilizados para solucionar el significado del fenómeno que se enfrenta, en su extensión mayor posible y sus relaciones con los demás fenómenos, puede aceptarse que los caminos o medios empleados son diversos: unos dependientes de nuestra propia mente, de nuestro intelecto; otros, introduciendo técnicas y aparatajes ideados por la propia mente, para ayudar a nuestros sentidos poco sensibles y al mismo trabajo mental, en el evidenciamiento causal de lo que estudiamos.

En primer lugar, con la observación directa de los fenómenos, ampliándola con la experimentación, haciendo jugar sus posibles determinantes o causas: es el *camino sensorial*, puesto que los hechos y los resultados obtenidos los apreciamos con nuestros sentidos, ya en forma directa o por intermedio de instrumentos o técnicas más sensibles inventados con este propósito, como se ha dicho, para que sus manifestaciones puedan ser captadas por nuestros sentidos.

2º Con nuestro raciocinio: *el camino racional*: elucubrando, analizando, jerarquizando lo observado directamente o lo obtenido mediante las técnicas experimentales más o menos complejas, que llegan hoy día a grados de perfección que maravillan. Es uno de los caminos más fecundos que conducen a la meta: la *verdad* del fenómeno estudiado; arribando después de gran número de datos acumulados, y por raciocinio inductivo, a sentar la ley o leyes que rigen el fenómeno.

3º Existe, además, un tercer camino, el que en contadas ocasiones ha conducido de súbito a grandes descubrimientos, de parte de

mentes privilegiadas, geniales: *la intuición*. Pero, no debemos considerar, aquí por lo menos, la intuición como un fenómeno de subconciencia, como vulgarmente se considera, sino, por el contrario, como una condición *supraconciente*, que ocurre particularmente en las mentalidades superiores, de alta organización que nos ha dado de vez en cuando la humanidad tanto en el campo de la ciencia como del arte: el genio captador, creador; la *intuición genial*, que es un ejemplo típico de este camino de la supraconciencia. Es, como muy bien lo dice el sociólogo y psicólogo Sorokin, el "camino verdadero creacionista, suprasensorial, supraracional y supraconciente". En efecto, en ciertos casos, y aun en grandes descubrimientos y creaciones, es éste el camino que ha conducido a ellos, tanto en ciencia como en arte: ha sido el proceso mental que ha florecido en las concepciones y obras geniales: Newton y la ley de la gravitación universal; Beethoven y sus grandes creaciones. Aparecen como un chispazo, como un relámpago en la mente superior; es el grito de "Eureka" de Arquímedes.

Débase recordar también que ha habido ocasiones en que el azar, lo fortuito, la "suerte", ha favorecido el descubrimiento o el camino hacia él; pero hay que hacer resaltar que estos factores, estas oportunidades en mentes comunes, caen en el vacío; deben ser captadas por mentes altamente organizadas y *sensibles* en la observación de los detalles, aún los más insignificantes en apariencia. Mi maestro, el Prof. Noé, siempre nos repetía: "Todos miran, pero pocos ven". Con razón ha dicho Pasteur: "En el campo de la observación, el azar, la suerte, sólo favorece a la mente preparada".

Es así como *la verdad científica*, perseguida afanosamente con el método científico y reforzada por algunos chispazos geniales, se va perfeccionando paso a paso y mientras más se desarrolla y perfecciona su metódica; siguiendo los tres caminos principales indicados, de los cuales son los comunes el *camino sensorial* (observación directa o indirecta mediante aparatos y técnicas especializadas), tanto de los fenómenos naturales como de los experimentales; 2º, *el camino racional*, consecutivo al 1º; enjuiciamiento, ordenación, jerarquización de los resultados y sus determinantes, hasta llegar por repetición concordante, a inducir las leyes que los rigen y condicionan. A ellos se agrega el tercer camino, de excepción, el camino de la *intuición*

supraconsciente, o sea el camino creacionista, propio del genio, descubridor o creador.

Es verdaderamente asombroso cómo la ciencia por estos caminos y sus acuciosas técnicas ha llegado casi a la esencia de los fenómenos en algunos casos; sin embargo, queda siempre un suspenso respecto a esa esencia de ellos, de sus primeras causas. Es indudable que la técnica actual llega a veces a maravillarnos y aun cegarnos: hasta hablarse de "tecnología", palabra falsa, a mi entender, ya que "logos", se aplica a la disciplina científica respectiva, que es una *finalidad*: la Verdad; mientras la técnica, por maravillosa que sea, no es una finalidad, sino *un medio*, que utiliza la ciencia en búsqueda de esa verdad. Recordemos también a este respecto las tan acertadas palabras de Beveridge, al iniciar el prefacio de su magnífico libro "The Art of scientific Investigation": "Los aparatos fabricados juegan una parte importante en la ciencia de hoy día, pero yo a veces me admiro si no estamos inclinados a olvidar que el instrumento más importante en la investigación debe ser siempre la mente del hombre". Frase que debiera esculpirse en todo laboratorio de investigación.

En realidad, hay que tener presente que por encima de todo está el factor hombre; no se "fabrica" el hombre de ciencia, el investigador, aunque se le provea de todo el aparataje imaginable: se nace con la pasta de tal, hay que tener "alma" de investigador: es un "genotipo", si me permiten la expresión, no un "fenotipo"; tal como ocurre con el profesor, con el maestro de verdad; ambos son la manifestación de una inclinación, de una inspiración, podría decir. Citando al mismo Beveridge, al final de su libro mencionado expresa en un párrafo: "La curiosidad y el amor a la ciencia son los más importantes requerimientos mentales para la investigación. Tal vez el principal incentivo es el deseo de ganar la estimación de los compañeros de uno, y la mayor recompensa es la emoción del descubrimiento, que es ampliamente proclamada como uno de los más grandes placeres que puede ofrecer la vida". ¡Qué verídicas y justas, como emotivas apreciaciones de este investigador!

La ciencia, al ir tras los determinantes de los fenómenos se pregunta: ¿dónde?, ¿cómo?: en qué sitio o lugar ocurre el fenómeno; qué factores o determinantes intervienen en su producción; y en qué

momento o circunstancias concurren estos factores para su producción. Es así como ha logrado al través de los años grandiosas conquistas. Sin embargo, cuando más allá de todo esto desplegamos las alas de nuestro espíritu y colocados en la cúspide de esta enorme montaña de los conocimientos actuales que alcanzan en algunos puntos casi a los "primeros principios" de la filosofía de Spencer, casi a la esencia de las cosas y queremos penetrar en ella, ya no nos conformamos con el dónde, cómo y cuándo del determinismo causal y con nuevas ansias e inquietudes interrogamos *¿por qué?* ¿Qué objeto tiene el fenómeno dentro de la existencia general? ¿Qué significado tiene en sí todo este Universo?; ¿qué hay en él?; ¿qué somos frente o dentro de él? ¿Es posible que el determinismo por sí solo y por simple casualidad de ensayos logre producir la asombrosa realización y *correlación* de los fenómenos, el equilibrio dinámico y armónico que los conjuga; que en los seres organizados sus diferentes partes constructivas actúan y se coordinan para la mejor supervivencia del todo, del ser? ¿O cómo si una potencialidad existente en la materia universal o fuera de ella la orientara a un fin, como una *teleología predeterminista*? Lo que me hace pensar en el neoclasicismo griego de Goethe y Schiller: una partícula divina en toda la materia existente: un panteísmo, podría decirse, orientador de los determinantes causales. Inquietantes preguntas y concepciones que quedan sin respuesta científica por ahora. Es verdad que la ciencia para no verse perturbada a cada paso en su camino tiene necesidad y está obligada a continuar en el terreno de la causalidad determinista, perfeccionándola cada vez más, para no tropezar a cada momento con estas inquietudes del *¿por qué?* Semejante pregunta, en realidad, lleva en sí un sentido teleológico o finalista, como se ha insinuado ya, y puede ser un arma de doble filo conducente a interpretaciones falsas o tendenciosas, en manos de algunos comprometidos o de algunos científicos con poca experiencia científico-filosófica. Pero no por ello le está vedada esta pregunta al científico de vuelo filosófico y mente científica sólidamente organizada, carente de prejuicios y de inclinaciones ajenas a la búsqueda pura de la verdad; y como un alto en el camino hacia la verdad integral: lo uno no debiera, en estas condiciones, excluir lo otro. Esta posición espiritual y mental hacia la generalización filosófica debe existir para

todo hombre de ciencia en general; pero es tanto más necesaria para el naturalista, para el biólogo de vuelo, con sólido juicio y con pensamiento científico firmemente cimentado: tiene derecho a traspasar la frontera científica pura e intuir filosóficamente una explicación, una causalidad a las dudas que le asaltan. Con tanta razón ha dicho Goethe: "El verdadero naturalista, donde más a gusto se halla es en la región en que la metafísica y la historia natural se compenetran".

Llegado a este punto permítaseme una declaración, con el carácter de confesión, si se quiere, de acuerdo con el espíritu de sinceridad que me anima y máxime tratándose de apreciaciones sobre la Verdad. Debo, entonces, ahora manifestar cuál es mi verdadera posición actual frente a estos problemas del determinismo causal. En mi discurso de incorporación a la Academia de Medicina del Instituto de Chile en 1965, hice pública esta "confesión"; hoy día vuelvo a repetir algunos párrafos de ella, para darles a conocer lo que pienso después de toda una vida aplicando el determinismo científico en mis trabajos de investigación.

Decía en aquel discurso en los párrafos pertinentes:

"Cuando nos dedicamos a pensar con más detención en el mundo de la materia viva, no obstante los avances modernos que llegan hasta las estructuras moleculares, no podemos dejar de considerar que debe regir un factor, un principio que orienta, que canaliza todos los determinantes para conservar la vida. El ser vivo, sin excepción, se caracteriza por su *organización* propia, por la conservación de esa organización y por la reproducción de ella, de la *forma*, dando lugar a la gestación de individuos del mismo tipo de organización, si bien con las variantes en detalles individuales. ¿Basta el determinismo físico-químico, incluido los genes, un mecanismo ciego para orientar todas estas admirables contingencias? ¿O hay sobre todo ello un factor, que aún se nos escapa, que tiene a su cargo esta orientación? Muchos biólogos de gran vuelo se han visto obligados, insatisfechos ante estas interrogantes, a convertirse en filósofos de la Biología. Baste recordar la obra de Pauly, *Darwinismo y Lamarkismo*; de Adolf Wagner, *La ley de finalidad en la Naturaleza*; *La Filosofía de lo orgánico*, de Hans Driesch, tal vez la

de mayor vuelo e influencia en este arduo y escabroso problema, por el enorme prestigio del autor como morfólogo, embriólogo y biólogo general. Para todos ellos, aún difiriendo en sus apreciaciones, existe un factor finalista o teleológico que rige el funcionamiento del conjunto de las partes del organismo, *dirigido* a la formación y conservación de las estructuras y formas orgánicas".

"... En Biología, en los seres vivos no podemos prescindir, cuando ahondamos los problemas que ellos nos presentan, de *un destino*, llamémoslo así, de *una finalidad* o *teleología*; las organizaciones, las partes, al integrarse en el todo, en el ser, no constituyen una simple *sumación*, como en la materia no organizada, sino una *complementación* coordinada, *con el fin de organizar la vida y para la vida*. Sin esta organización, sin esta integración o complementación, *no hay vida*".

"Cito un solo ejemplo, bien demostrativo: lo que ocurre en una célula hepática, cuyo diámetro no sobrepasa los 20 o 30 micrones y cuyo volumen se calcula más o menos en la 100.000 av. parte de una cabeza de alfiler (según Rauber-Kopsch). Pues bien, en ella se efectúan más de diez reacciones químicas, algunas de ellas complicadísimas. Y podremos decir cómodamente que esta maravilla se ha constituido al acaso, por el determinismo químico, por el juego molecular y de los átomos? Cuando estamos viendo que cada una de estas funciones químicas y todas en conjunto están dirigidas a la integración de la vida del ser.

"Mi maestro, el profesor Noé, cuántas veces me repetía, en las largas e inolvidables charlas que manteníamos frecuentemente al término de nuestras labores docentes y del laboratorio: Ud. obedece todavía muy estrechamente, como joven, al influjo deslumbrante del determinismo científico; pero cuando llegue a mis años, sentirá que hay algo más, que ignoramos, una *finalidad* en los fenómenos del Universo, y como yo ahora, verá que, más allá del determinismo, que no debemos abandonar y aún perfeccionar, existe una teleología, una finalidad, un predeterminismo que coordina, que organiza". ¡Cuánta razón le encuentro ahora y cómo lo recuerdo al gran biólogo y humanista que era mi maestro!

"El célebre histólogo y biólogo von Brücke, en forma muy incisiva decía: "La teleología es una dama sin la cual ningún biólogo puede vivir; sin embargo, se avergüenza de mostrarse en público con ella".

En todo caso, ha sido por el camino del determinismo y su principio de causalidad que ha avanzado la Ciencia, con sus grandes conquistas indudables y hoy abismales; corrigiendo sus errores, enmendando rumbos con su desprejuiciada autocrítica".

Hasta aquí lo que avanzaba en aquella ocasión. La verdad científica es, por todo esto, forzosamente relativa, parcial al llegar a la esencia de las cosas; pero avanza y se perfecciona continuamente; y si yerra tiene en sí misma los medios para corregir el error, como ya se ha dicho, proclamándolo abiertamente. De ahí que esta verdad científica relativa, llevando, podría decir, un alma pura al reconocer de inmediato sus errores y proclamarlos, ha merecido el crédito de las mentes claras e inteligentes de la humanidad y ha brillado como faro-guía en el camino áspero de la ascensión; ha llegado así en muchos terrenos casi a la esencia misma de los fenómenos y aún más, ha logrado la unificación de muchos de ellos, fundamental preocupación de la filosofía.

Es precisamente al llegar a esta altura cuando se abordan los deslindes de Ciencia y Filosofía; que hoy en día, dado este mismo enorme avance de la Ciencia, no pueden separarse con fronteras netas; lo que es de suma importancia, ya que el enorme bagaje de conocimientos alcanzados con los años, en particular en estos últimos años, en todos los campos del saber, no puede ya admitir sino una *filosofía científica*, una *filosofía natural*; como tampoco podemos admitir hoy en día, una ciencia sin vuelo filosófico. En algunos casos, en realidad, la ciencia en su constante avance no sólo logra alcanzar la frontera con la filosofía, sino la traspone y penetra en su campo y aún logra con sus nuevos y grandes avances, modificaciones fundamentales que inciden en los conceptos filosóficos correspondientes. Así, por ejemplo, desde la segunda década de este siglo se ha venido socavando el principio de la continuidad determinista que se consideraba general. Como lo expresaba el gran matemático Henry Poincaré, se ha ido operando la revolución más profunda que ha sufrido la filosofía natural después de

Newton, debido a los estudios trascendentales de Planck. En efecto, en la explicación del Universo, que es en realidad una "dinámica del Universo", ha dominado sin contrapeso la *ley de la continuidad* de los fenómenos: el genio de Newton había establecido, a este respecto, que el estado de un sistema móvil, o más generalmente del universo, no puede depender sino de un estado inmediatamente anterior; que todas las variaciones de la Naturaleza se realizan de una manera continua, o sea, en una cadena ininterrumpida de causas y efectos, siendo cada elemento efecto del elemento anterior y causa del siguiente. Es verdad que ya antes se había elaborado esta idea de la continuidad en el pensamiento de los antiguos escolásticos, aunque en forma difusa, y sintetizada en el adagio "Natura non facit saltus". Este mismo principio es retomado y perfeccionado por Leibnitz, en su "lex continui" (ley de la continuidad). Es esta idea fundamental de la continuidad, llevada a su carácter podríamos decir axiomático por Newton y que ha dominado el pensamiento científico-filosófico más de dos siglos, la que está hoy en tela de juicio: surgiendo la disyuntiva si no es necesario aceptar en las leyes naturales la *discontinuidad*, especialmente en la Física, en la Mecánica: la concepción de los "*quanta de energía*" de Planck, múltiplos de una cantidad constante de energía, el "quantum"; energía que se acumula y desprende en forma discontinua, por "saltos bruscos" o "choques".

A la línea de continuidad, en la concepción de Newton, se opone hoy día en la explicación de muchos fenómenos, una onda de oscilaciones variables, discontinua. Esta nueva concepción de Planck, que ha ido ganando terreno entre los más avanzados físicos, que lleva la Física hacia la "Física cuántica", remueve todo el fundamento hasta ahora considerado tan sólido, de los fenómenos de causalidad en el Universo.

Igualmente, al penetrar la ciencia, obligadamente por su gran avance, en el campo de la filosofía natural, llega a identificarse con ella al converger a las mismas metas perseguidas por la filosofía, esto es, fundiendo fenómenos parcelares hacia la unidad; como sucede al lograr dilucidar la identidad o compenetración de fenómenos que se consideraban diversos, aunque a veces asociados. Recordemos a este respecto algunos ejemplos claros: la concepción actual unificada de

materia y energía, aspectos diversos de un mismo fenómeno, la energía intraatómica en distintos grados de concentración; las recientes adquisiciones mediante la microscopía electrónica y avances de la química aunadas; estructura, función y quimismo, una misma cosa, unificadas en las infraestructuras constituidas por macromoléculas, las llamadas “macromoléculas morfogenéticas”, por el hecho de generar estructuras o formas al agruparse granular, filamentosa o laminarmente; a las que llamaría yo “macromoléculas morfofisiogenéticas”, por cuanto de su agrupación e intercambio depende no sólo la estructura, la forma, sino también la función misma específica de estas estructuras. Admirables unificaciones hacia la gran verdad unificada de lo existente, y no lo suficientemente enfatizadas y ensalzadas como lo merecen científica y filosóficamente hablando.

La filosofía, efectivamente, aspira llegar a *la Verdad universal*, a la unificación de los conocimientos parcelares de las diversas ciencias; parcelación obra de la mente humana, no del Universo. Pretende la filosofía ir más allá de estas conquistas científicas proyectando sus más legítimas posibilidades: es, como lo decía José Ingenieros, “la experiencia del mañana, la ciencia prospectiva del futuro”; ascendiendo hacia la cúspide de las grandes inducciones, va a los *primeros principios*.

Pero se abre aquí un nuevo panorama de una enorme trascendencia espiritual en toda la humanidad. Es en este punto, en este preciso momento, aún para el mismo pensamiento científico-filosófico, cuando se presenta una tendencia a volver a los sentimientos más profundos y arraigados, al enfrentar las grandes incógnitas de los “primeros principios”, a la primera causa: ¡a la Gran Incógnita!; superponiendo a la razón, al intelecto, estos sentimientos. Es el punto crítico donde se bifurca el camino: *Ciencia-Filosofía* por una parte y *Religión* por la otra: la *tercera face o territorio de la Verdad*; y los pensadores y cientistas mismos se inclinan forzosamente a uno u otro de estos senderos para apagar sus inquietudes espirituales.

¿Qué motivo, qué factores juegan en esta inclinación, en esta disyuntiva? Desde luego, nada tiene que ver el grado de cultura, como se comprueba al revisar el vasto campo social, incluso, el de los intelectuales y cientistas. A mi entender, se trata únicamente de dos

posiciones anímicas derivadas del substrato psíquico de cada cual, de su "temperamento".

Para unos, estos interrogantes, que apasionan tan hondamente el espíritu, que se refieren a las primeras causas o a *la causa primera*, pueden resolverse o es posible su solución al través de los tiempos, con el pensamiento científico y filosófico y la investigación; con la razón y el pensamiento organizado y perfectible de la humanidad; no importa en cuántos años o siglos: Verdad universal, relativa hoy, pero en constante avance e integración: son los cientistas puros, que marchan con el pendón de la Verdad científica. Pero hay también un sinnúmero de cientistas, y muchos de gran talla, que abocados al problema, el más arduo en sí, toman como investigadores la misma ruta científica, con el método científico como arma, pero profunda y respetablemente religiosos, dejan su credo religioso al margen del trabajo científico en el proceso de investigación, para, en cambio, considerar sus resultados y la ciencia misma como una necesidad espiritual para acercarse cada vez más al conocimiento de la grandeza de Dios, sublimizado, y su creación. Para ellos, efectivamente, cada nueva y segura interpretación de los fenómenos universales, cada nuevo descubrimiento, es un paso más que los acerca a la Verdad, a Dios. ¡Qué respetable y elevada posición espiritual de estos hombres, entre ellos el gran Pasteur! Para otros, la gran mayoría, no siendo hasta ahora capaz la razón de dar una respuesta categórica o satisfactoria a estos interrogantes y no poseyendo las armas de la ciencia ni la preparación intelectual suficiente, acuden de inmediato y en forma exclusiva a sus sentimientos, en su grande y explicable impaciencia y temor del más allá; y se dan una respuesta apriorística, extranatural; acuden de lleno a la Religión, la otra verdad, que para dar satisfacción a estos sentimientos, sin que surjan nuevos interrogantes que perturben la tranquilidad así obtenida, colocan como fundamento *su Verdad absoluta*.

¿Cuál es la exactitud de esta Verdad? Sin duda se trata de un magno problema que atañe a lo más profundo de los sentimientos y conciencia de cada cual, de aquellos sentimientos que llegan a constituir parte de la esencia del ser... y por lo tanto me merecen el más profundo y reverente respeto. Analizar estos sentimientos, introdu-

cirse en ellos hurgando en conciencias ajenas, sería no sólo imprudente y atrevido, sino también grotesco y de mal gusto.

Pero colocados frente a todos mis amigos, sabiéndolos de un alto espíritu de comprensión y su corolario obligado, la tolerancia hacia las ideas de cada cual, me permito la libertad de expresarles *mi credo* relativo al Universo, frente a todos sus complejos fenómenos y sus posibles causas; incluida la propia humanidad y sus afanes tras la Verdad:

Creo en la potencia del pensamiento humano, con su penetración, al través del tiempo y del espacio,

Creo en la Ciencia, una de las manifestaciones más asombrosas de ese pensamiento, perfectible en sus verdades relativas pero en constante integración, por el avance de sus metódicas, entregando a la comunidad sus descubrimientos para ser aplicados en la solución de sus problemas. Me refiero a la Ciencia desinteresada, que no tiene otro fin supremo que la Verdad, anatematizados los pseudocientistas y los usurpadores de sus descubrimientos, que mal usándolos van tras la hegemonía de grupos o clanes, hasta naciones, aun a costa de la vida de sus semejantes: el hombre-lobo tras sus hermanos hombres; como corolario, creo en la urgente necesidad de un nuevo orden de cosas, de agrupación de verdaderos científicos de alta moral social, de grupos sociales que imitando a Cristo, arrojen a estos mercaderes y usurpadores del Templo sagrado de la Ciencia;

Creo en una Universidad donde campea el libre pensamiento, liberada de prejuicios y no comprometida sino con la Verdad, cuya búsqueda es su supremo objetivo; una Universidad verdadero centro de esta Ciencia, junto al cultivo superior del Arte; Universidad faro de la Cultura; Universidad formada de valores reales y no de allegados o improvisados; y forjadora de mentes libres abocadas al progreso y a la elevación cultural y espiritual de sus semejantes;

Creo en la eficacia del determinismo causal como arma poderosa en el desentrañamiento de las incógnitas que nos encierra el Universo;

Creo en una Potencia Superior predeterminista, o más bien, supradeterminista, que dirige los determinantes de los fenómenos hacia una finalidad armónica de equilibrio de estos fenómenos en todo el Universo: una teleología predeterminista;

Creo en la bondad innata del ser humano, aunque se opaque en algunos períodos históricos; bondad gestada principalmente por veinte siglos de cristianismo, que ha infiltrado por lo menos a toda la cultura occidental de una idiosincrasia propia, que ha traído como fruto lo más sublime en el ser humano: el respeto al hombre, por ser hombre; base de toda la ética social o comportamiento del ser humano en su respectiva sociedad: base de toda la legislación occidental tendiente a asegurar ese respeto;

Creo, a base de estos postulados, *en un futuro mejor de la humanidad*, en que se aprecie y respete como don superior la Vida, en todas sus manifestaciones sanas; poniendo al servicio del hombre los beneficios de los adelantos portentosos de la ciencia, dándole los medios adecuados para su creciente cultura, que le permitirá adquirir conciencia de *su responsabilidad*, al llegar así a conocer su propio valor como hombre y su significado superior dentro del Universo y su papel integrante dentro de la sociedad en que vive; así se alcanzará esa vida plena, que la haga fuente de sana felicidad;

Creo en la juventud, en la nueva generación que se está gestando, en esa potencia del mañana, que depurada de engañosas y envenenadas falacias y empapada de estos ideales, será palanca poderosa para alcanzar esta meta.

Es esta mi posición actual ante la Verdad integral que anhelamos todos, hacia la esencia causal, hacia los "Primeros principios", de las cosas, convergiendo hacia una humanidad mejor, en continuo perfeccionamiento. Pero traspasando los ámbitos de lo humano, y por encima de ello, ¿cómo aunar espiritualmente estas orientaciones científico-filosóficas que dirige la razón, con aquellas concepciones tan respetables de religiosidad, que atañen más que a la razón fría, a los sentimientos superiores?

Permítaseme en este delicado terreno una nueva confesión, más bien una aspiración de mi parte. En efecto, ciencia-filosofía en su concepción más pura, y sentido religioso, también en su más pura y sincera acepción, ¿no son acaso vibraciones, nobles vibraciones, de nuestro propio ser, de nuestro propio espíritu, tras las ansias de la Verdad? ¿No podrá llegar un tiempo en que ambas vibren al unísono y comprendamos que estas vibraciones nuestras son causadas por

aquella Potencia Superior pre —o supra— determinista que dirigiendo los determinantes condiciona nuestra vida orgánica y psíquica y la armonía y el equilibrio maravilloso de todo el Universo en que vivimos, haciéndonos elevar un canto de gloria a su grandiosa belleza?

Por otra parte, qué suerte que persistan estos supremos interrogantes que se ciernen sobre nosotros, ya que nos hacen meditar respecto a nuestra pequeñez y lo absurdo de la prepotencia del egocentrismo y antropomorfismo hasta para lo divino; y en especial, si estos supremos interrogantes excitando continuamente nuestro espíritu como un desafío, o más bien, en forma estimulante de Ideales, nos incitan a cada momento a abandonar las cosas a ras de tierra y anhelando paz y serenidad para nuestro espíritu, nos hacen levantar la vista para mirar a las Alturas, ... ¡soñando que nuestro intelecto pueda llegar algún día a ellas y recibir la Gran Verdad!; ansias de esa Gran Verdad que satisfaga nuestro espíritu e ilumine nuestra propia innata religiosidad que anida en todo ser humano; que si bien puede llegar a *dudar*, no le permite *negar*. Son estas ansias de saber, de lograr resolver esta gran incógnita, esta Verdad primera la que conmueve profundamente aún y principalmente a grandes espíritus y que, por ejemplo, ha hecho exclamar a Unamuno, en su lenguaje tan personal: "¡Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad!"*.

Ya con la mirada hacia el Sol poniente, he tomado con paso firme y sereno y conformidad en mi espíritu, el último camino, el del descenso inexorable de la vida; vida que he amado intensamente en lo externo y en lo íntimo y familiar, con todas mis alegrías y todos mis profundos pesares; vida que, como mandato superior, he tomado no como una finalidad, sino como *un medio* para realizar y realizarme, para servir; y esta realización en continua renovación no tiene término, ya que este hacer es fundamental y obligatorio para mí, pretendiendo siempre un nuevo hacer, para justificar la vida. Con tanta razón ha expresado Ortega y Gasset**: "Si recapacitan ustedes un poco hallarán que eso que llaman su vida no es sino el afán de realizar

*Citado por Julián Marías: "Escuela de Madrid. Estudios de Filosofía española".
Biblioteca de la Rev. de Occidente.

***Ibid.*

un determinado proyecto o programa de existencia. Y su "yo", el de cada cual, no es sino ese programa imaginario... He aquí la tremenda y sin par condición del ser humano, lo que hace de él algo único en el universo... Un ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en lo que aún no es, un ser que consiste en aún no ser. En este sentido, el hombre no es una cosa, sino una pretensión, la pretensión de ser esto o lo otro". Para ello, por mi parte, no he omitido esfuerzo en esta obligada trayectoria, para ampliar los horizontes y para adquirir las condiciones para esa labor ejecutoria. He puesto en ello todo el afán y entusiasmo, todo lo que he podido exprimir de mi propio ser, especialmente en mi inclinación innata a la docencia, a la comunicación espiritual; dando lo poco de mi saber conseguido al través de la experiencia de los años; labor que ya cumple 64 años y que aún me atrae y me dinamiza como un "visa-a-tergo". Más que conocimientos, siempre muy limitados, he tratado de inculcar la metódica científica, el pensar y razonar correctamente, para volorar y jerarquizar los fenómenos, despertando al autodidacta, que sabrá labrar su propio camino; he pretendido formar en mis alumnos en las Facultades en que me ha tocado actuar, y muy en especial en mis discípulos, mis hijos espirituales, la mente, el espíritu, la personalidad universitaria integral, que lleva siempre miras superiores; al través de las cuales se van creando y cultivando también lazos afectivos imperecederos. Si la primera labor pedagógica, referente a los conocimientos, pudo haber sido muy modesta, aunque con miras de orientación, creo, sí, que mis segundas intenciones, creadoras de estos lazos afectivos, han sido fructíferas, como lo demuestra el hecho *feliz de* encontrarnos aquí.

NUESTRA FALTA DE LIBERTAD EN LA CREACION ARTISTICA*

Ernesto Barreda Fabres
DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Quisiera reflexionar aquí sobre algo que siempre me ha preocupado y sobre lo cual suelen hacerse comentarios, pero que no se mira de frente porque, en el fondo, es más cómodo no considerar el tema y continuar desenvolviéndonos en un fácil conformismo que compromete también a nuestro quehacer cultural.

Ello es, en líneas generales, el que nuestros artistas, especialmente los más jóvenes, continuando con un antiguo proceso, viven, cada día más, desvinculados de la realidad, encerrados en complacientes y herméticos laboratorios, donde, junto con sus especulaciones intelectuales, mezclan en sus alambiques, nostálgicos ecos de lo que acontece en las lejanas capitales artísticas de Occidente. Así, atados a la tiranía de la moda, sin libertad para crear, es inevitable que su producto final sea una obra desvinculada del país real y cada día más indiferente para el verdadero y gran público, sin dudas, el destinatario final de la obra de Arte.

Esto es grave.

Dentro de este contexto, estas reflexiones versarán sobre el tema que conozco: Las Artes Plásticas, aunque creo que ellas son válidas para todas las que se cultivan en este país.

Entre quienes se interesan en esta materia, ya sea gozando estéticamente de ella como observadores enterados, estudiosos, críticos constructivos, o como sea, se llega siempre a la conclusión que uno de los fundamentos de una pintura de calidad, aclarando que por "pintura" nos referimos aquí genéricamente a la de un país como expresión de su época, es una personalidad reconocible, un rasgo de familia, por

*Discurso de Incorporación a la Academia de Bellas Artes, pronunciado el 16 de septiembre de 1981, en la sede del Instituto de Chile.

llamarlo así, que exprese en forma inequívoca su origen y procedencia, tanto en el espacio como en el tiempo.

Este rasgo de familia puede manifestarse de muchas maneras, en forma sutil u obvia y es, naturalmente, ajeno a la temática, la cual, en ciertas épocas y circunstancias, ha sido un recurso fácil para identificar al Arte con su medio.

Un ejemplo nos evitará innecesarios circunloquios e ilustra lo que trato de expresar.

La pintura española, una de las "grandes" de la historia, es, ajena a épocas, estilos o tendencias, siempre reconocible, siempre española.

Viola, Tapies, Picasso, Solana, Goya, Velázquez, Zurbarán, Bartholomé Bermejo, etc., con sus diferentes formas de expresión, testimonio de sus particulares mundos circundantes y anímicos, son todos a primera vista y sin dudas, españoles.

¿En qué consiste esto que en esta pintura se palpa y nos envuelve con su fuerte personalidad?

Un docto análisis que pretende aclarar esto que es evidente, escapa al alcance de estas reflexiones. Sin embargo, podemos afirmar que hay constantes en este caso que se mantienen a través del tiempo con la fuerza de una impronta.

Una de ellas es la presencia, en esta pintura, de la tierra de España, de la manifestación telúrica de su Universo peninsular, notable en este caso por el color, su gama y modo de usarlo.

Los negros, pardos sombríos, ocre, las tierras cálidas y tostadas, los blancos lívidos, caracterizan todas sus épocas dándole una nota singular y permanente de sombría fuerza.

En música sucede lo mismo, como debe suceder en todas las artes que son auténtica expresión de un ser nacional. Falla, Granados, Albéniz, con sus misteriosos acordes expresan el mismo mundo que está presente en las Pinturas Negras de Goya o las Procesiones de Solana. Todo marcado por una fuerte personalidad segura de sí misma.

Otro factor que encontramos característico de esta pintura y que constituye uno de sus principales valores, por lo difícil que es lograrlo, es la autenticidad de expresión, la mínima separación que existe

entre la sensación vivida por el artista y su manera de expresarla. El lenguaje directo, la honestidad de la emoción y la integración de ésta en el mundo del autor.

Como el ejemplo de la pintura española podríamos dar muchos otros, no tan ricos en tradición ni en la profundidad y calidad de su arte, pero sí interesantes por nuestra vecindad hemisférica.

Sin individualizar países, podemos decir que en varios de ellos se ha llegado a expresiones de una indudable y, a primera vista, reconocible identidad del artista y su obra con su medio ambiente geográfico y cultural.

En contraste con esto, creo oportuno recordar aquí algunas experiencias personales referidas a nuestra Pintura.

Comparativamente con épocas anteriores o posteriores, la década de los años 60 fue particularmente rica en nuestro país en lo que a actividades vinculadas a la Arte Plástica se refiere.

Exposiciones extranjeras visitantes, exposiciones chilenas en el exterior, visitas de personas vinculadas profesionalmente a estas materias, ya sea en el plano personal como coleccionistas o representantes de Universidades, de Institutos o de casas editoras dedicadas a publicaciones de arte, publicaciones internacionales que mencionaban lo que aquí sucedía, bienales, certámenes, etc.

Esta actividad ha decrecido en los últimos años, pero los comentarios a que haré mención siguen siendo, no sólo igualmente válidos sino que, más aún, debido a la cuarentena que ha sufrido el país en lo que a intercambio cultural se refiere.

Siempre me ha llamado la atención, entonces y ahora, el que, pasado el momento de las frases conceptuosas de rigor, estos visitantes entendidos o profesionales en la materia, llegan invariablemente al tema de la personalidad, debería decir, falta de personalidad de nuestra pintura.

No está de más decir que a estos comentarios escapan algunos pocos casos singulares que son la excepción que confirma la regla.

Se comentaba siempre, como por educación, la seriedad profesional del artista chileno, en general, su pulcro oficio, la corrección de su obra, etc., pero se agregaba al final una serie de preguntas que son un

expresivo resumen del efecto que nuestra pintura causa en un observador objetivo.

¿Por qué la pintura chilena produce la impresión de que ha podido ser hecha en cualquier lugar? ¿Por qué no es la expresión de esta peculiar idiosincrasia nacional? ¿Por qué es tímida, vacilante, sin la fuerza expresiva de otras artes hispanoamericanas? ¿Por qué puede estar "bien hecha", pero sin acento ni personalidad propios?

En esa época, el Instituto de Cultura Hispánica organizó una importante exposición de pintura en Madrid, la cual fue expuesta luego en Barcelona, Berlín, Bruselas, Londres, y las principales ciudades de Europa.

Esta se llamó "Arte de América y España" y reunió a artistas del país anfitrión, con los de los Estados Unidos, Canadá, Filipinas e Hispanoamérica en su totalidad.

Hubo un número impresionante de comentarios y críticas de arte. En aquella ocasión las palmas fueron para la emergente y fuerte pintura de los Estados Unidos y para los envíos de Argentina, México, Brasil y Colombia.

En medio de este torrente de palabras comentando en forma profusa y destacada, tan numeroso envío, se notó, sin embargo, el educado silencio ante un posible aporte de la pintura de nuestro Continente al desarrollo del arte Contemporáneo.

"Diario de Barcelona", por ejemplo, hacía suyas las observaciones del crítico Gaya Nuño, quien veía con alarma "la uniformidad expresiva observada en tan vasta y heterogénea asamblea artística. Eso de que pinte igual un canadiense que un chileno, un portorriqueño que un uruguayo".

Raúl Chavarri Popeta, en la publicación del Instituto de Cultura Hispánica, "IN-13", comenta en un largo y detenido análisis de la exposición "... el arte moderno norteamericano ejerce sobre el de Iberoamérica una influencia actualmente tan poderosa como la que hace unos pocos años dejaban sentir los artistas europeos". Más adelante afirma: "En este sentido, quizás sea necesaria una puntualización: la mayoría de los críticos ven en la exposición 'Arte de América y España', la evidencia de unas formas artísticas todavía vacilantes...".

Ante el envío chileno, en el cual tuve el honor de participar, este silencio fue aún más elocuente. Una de las pocas referencias que sobre él se hicieron (Separata de la Revista Aulas N° 63) comentando brevemente la obra de uno de nuestros participantes, termina diciendo: "Sin embargo, no aporta nada nuevo, como es el caso de sus otros compañeros".

¿A qué se debe esto?

¿Es algo propio de nuestro carácter este eclecticismo tímido que no se atreve a golpear con el puño sobre la mesa para expresar, bien o mal, sus auténticos sentimientos y raíces? ¿Por qué no somos libres para expresarnos como queremos?

¿Es esta actitud consecuencia de una alienante necesidad de encontrar siempre la aprobación y el aplauso de los otros, en particular del extranjero, antes que satisfacernos con el propio juicio, con la propia estima y dejar que el reconocimiento venga, por añadidura, si acaso viene?

"No aporta nada nuevo".

¿Por qué?

¿No es acaso la grandeza cósmica de nuestra naturaleza, por citar sólo un ejemplo, una fuente inagotable de inspiración creadora? ¿Por qué ésta ha sido tocada por nuestro arte sólo tangencialmente, diríamos con las manos enguantadas, en lugar de hurgar profundamente en ella en busca de la fuerza que da la tierra, joven aún?

¿Quién ha, realmente, pintado el desierto en su grandeza metafísica?

¿Quién las montañas, no como formas en que bellamente se refleja el sol poniente, sino como violenta expresión de la materia cargada de cósmica tensión interior?

¿Quién, ante la sobrecogedora inmensidad de los Andes y de los Glaciares, ha sentido y expresado que ello no es más que una fuerza contenida, un instante en el Eterno proceso de creación?

¿Por qué, como avergonzados, evitamos aceptar que somos un país Andino y las consecuencias que de ello se derivan?

¿Por qué, culturalmente, no queremos ver la Cordillera?

Creo que, en este sentido, ha influido desventajosamente en

nosotros, el tener en nuestras venas una dosis relativamente pequeña de sangre indígena, de esa que no se avergüenza de no ser europea.

Porque la verdad es que el color de nuestra piel ha contribuido a que creamos que somos casi europeos y que vivimos en América como por casualidad.

Quienes han tenido la oportunidad, no de visitar Europa, si no que de vivir allí, han sentido que aunque de la historia de esos países y sus monumentos sepamos, generalmente, más que del nuestro, nos separa de ellos un abismo.

Pese a que nuestra pigmentación sea similar y que todos sepamos de un pueblito de donde vienen nuestros antepasados, nuestras reacciones, los valores de la vida, la imaginación de nuestra raza, rica pero ilógica e improvisadora, es ajena a la de ellos.

Estamos atados a este espejismo de sentirnos los más europeos de América con la fuerza de un verdadero complejo, el cual nos ha impedido volver la mirada a lo cercano y nuestro y nos ha hecho vivir con una añoranza mal disimulada, "de lo ajeno".

Esto ha significado no tener seguridad en nosotros mismos ni en nuestras obras y por lo tanto, no ser libres en la elección de nuestro camino cultural.

Entonces, para ser aceptados y asegurarnos a nosotros mismos, hemos copiado, aunque lo reconozcamos sólo a medias.

Esto ha sucedido, en mayor o menor grado, en casi todas las manifestaciones de nuestra vida nacional, desde la política al arte, añorando siempre el aplauso extranjero, el certificado de respetabilidad que nos permite seguir adelante y deseando ser, frecuentemente, "un ejemplo para el mundo".

Consecuente con esto, nos hemos referido a nosotros mismos como la Atenas de América, los ingleses de este austral continente, sin caer en cuenta que las imágenes son enemigas de lo auténtico, verdad ésta tan válida para los individuos como para los países.

Dentro de este contexto, nuestro arte ha tomado como propios, modos de expresión ajenos a nuestro sentir y a nuestra realidad histórica. Usa un lenguaje que no le es propio y por lo tanto lo usa en forma balbuceante.

Así, la expresión de la mayoría de nuestros artistas, inspirada formalmente en mundos ajenos al de ellos, hace que al mismo tiempo que éstos nos presentan localmente como novedad lenguajes ya superados, olvidados hace tiempo en los repliegues de la moda, éstos sean mirados con indiferencia protectora en los grandes centros del arte, ávidos de originalidad y de fuertes expresiones personales.

Es así como vemos en nuestro país manifestaciones artísticas que tienen origen en la acumulada angustia producida por los excesos de una gigantesca sociedad de consumo en un mundo altamente industrializado desde hace más de un siglo, pero que, ¡Oh sorpresa! no es el nuestro.

Observamos el empleo, como motivo de arte, de desechos, viles muchos de ellos, de esta sociedad: envases de productos, desperdicios de toda índole, sucias prendas de vestir, etc., muchos de los cuales llegan hasta acusar, impudicamente, con sus formas y materiales, su procedencia extranjera.

No caen en cuenta nuestros artistas, ni los críticos tampoco (o caen y no les importa, lo que es peor aún), que el hastío ante el vacío espiritual que genera este mundo materialista, no tiene raíces en nuestro país, todavía en formación y muy lejos de llegar a ser una sociedad industrial con todas sus consecuencias económicas, psicológicas y culturales.

En nuestro medio, sólo los reducidos estratos superiores de la pirámide social tienen acceso a un supuesto consumismo que no ha tenido ni el tiempo ni la extensión necesarios para transformarse en una característica de nuestra vida y, menos aún, en una motivación para la creación artística.

Nuestros artistas expresan entonces una angustia y una problemática "prestada", actúan como por mandato de las inquietudes de mundos extraños, lo cual, es obvio, no puede interesar a nuestro público, quien tiene sus problemas propios pero correspondientes a otra etapa del desarrollo histórico y cultural de una sociedad.

En estas circunstancias, podemos decir que nuestros artistas protestan y gritan de dolores ajenos. En nuestro medio, sus obras son una reacción ante una acción inexistente.

Es apropiado reproducir aquí algunos comentarios del señor José Gómez Sicre, Jefe de la Sección de Artes Visuales de la Unión Panamericana, aparecidos hace algunos años en un editorial del "Boletín de Artes Visuales" de esa Institución y que, a mi juicio, mantienen no sólo una plena vigencia si no que su llamado es hoy aún más urgente e imperioso.

"Nuestro Mundo se está afirmando porque vamos teniendo más fe en su destino y más respeto en su contenido. Estamos tan llenos de tradiciones como cualquier pueblo europeo. El error ha consistido en que las hemos pasado por alto. No es con esto que quiero propugnar una programática panamericana para las artes. Sólo demando un respeto a lo que hay de bueno y de calidad en América. Soy enemigo de nacionalismos rasos y cerrados que conducen a la reducción del espíritu, pero sí entiendo que el universalismo debe comenzar por la penetración y la conciencia de la parte del mundo en que se vive, para así poder aceptar con amplitud las otras.

El momento del Arte de América no es de indigenismos, campesinismos, obrerismos ni demagogias. Es de afirmación de valores continentales de esencia universal. Debemos comenzar por saber apreciarlos, constatarlos dentro de nuestras propias fronteras que, aunque fuera sólo por su vastedad, merecen una posición de respeto en el consorcio universal de valores".

Las causas históricas y sociales de nuestra dependencia cultural, son muchas y antiguas; su análisis escapa al ámbito de estas reflexiones pero es un hecho cierto con el que hay que vivir. Además, no podemos negar que en cierta medida esto es inevitable. Chile, como entidad cultural tiene, usando un lenguaje de precisiones, una masa demasiado pequeña y ésta es atraída fatalmente por el campo gravitacional de mundos más fuertes culturalmente que el nuestro.

Consecuencia de este proceso es que nuestros artistas e intelectuales, conscientes de estar ajenos y de no participar en un vital acontecer cultural existente en Occidente, se sienten "solos".

El miedo a la soledad lleva a caer en una trampa muy peligrosa: la dependencia.

La dependencia es la negación de nuestro ser. La creación es la

manifestación de nuestro ser. La conclusión es fácil y en nuestro arte el resultado salta a la vista.

De algún modo debemos tratar de hacer sentir a nuestra juventud creadora (y la autoridad de esta Academia puede contribuir a ello si mis inquietudes encuentran un eco en ella), que la cruda realidad de nuestra posición geográfica y tamaño, hacen inevitable el que, pese a los actuales medios de comunicación, los cuales, en teoría, "achican" al mundo, estemos solos, pero que esto puede ser positivo si aceptamos esta realidad como factor de temple y reafirmación de nuestro ser.

Debemos tratar de que nuestros artistas comprendan el que la soledad conlleva una preciosa responsabilidad hacia nuestra persona: que nadie puede pensar ni vivir por nosotros. Que nadie puede darle significado a nuestra existencia y a nuestras obras, excepto nosotros mismos.

Soltarse, prescindir de la mano tutelar que nos lleva por el camino seguro de lo que ya se ha hecho antes, es aterrador.

Esta es, sin embargo, la única manera de encontrar a nuestro verdadero yo. Sin él no podemos pretender nada, ni en el arte ni en nosotros y debemos, como meta de nuestra vida, tratar de encontrarlo y fortalecerlo como sea. Así la obra de nuestros artistas y sus exposiciones, será un magnífico y desinhibido conjunto de "Yoes" no castrados por la duda de si ellas están bien o mal hechas ni por el ansia de reconocimiento.

Sólo así podrán ellos encontrar su verdadero lugar bajo el sol y arrojar su propia sombra en lugar de actuar sin riesgos, ni gloria, al amparo de mundos culturales más fuertes, pero ajenos al nuestro.

Repetimos que, aunque en cierta medida, esta dependencia (que es añoranza) de lo que sucede en otros mundos, es inevitable en las grandes líneas, en nuestro acontecer diario contribuyen a ella factores que la fomentan y que deberían tratar de evitarse conscientemente.

Uno de ellos es de responsabilidad de los medios de comunicación.

"Chileno triunfa en el extranjero".

A diario oímos o leemos esta frase que se aplica a todos: artistas, escaladores sociales, deportistas, etc.

Junto con los comentarios que siempre la acompañan, pareciera

que el triunfo verdadero, el único que vale, es el que se logra fuera del país, donde también suceden las únicas cosas que tienen importancia.

En cuanto a la creación artística, que es la que nos preocupa, esta actitud, tácitamente, reduce lo logrado en nuestro medio a algo sin importancia y conduce inconscientemente a despreciarlo.

Pero si se desprecia el medio, es porque éste, enfrentado a un lenguaje artístico que les es ajeno en sus motivaciones, reacciona con indiferencia ante la obra y el artista se siente solo y ofendido.

La incompreensión se acentúa. Nuestro artista cree que sólo en el exquisito y "Culto" mundo extranjero su obra será comprendida y apreciada. Esta, entonces, empieza a ser creada para ese imaginario público culto que se materializará en los certámenes internacionales o en las exposiciones en el extranjero. Psicológicamente, nuestro artista comienza a emigrar.

El arte se enriquece en el contacto con el público, en la interacción que se genera. Sólo la indiferencia le es fatal.

Debemos contribuir como podamos, a que nuestros artistas establezcan una relación de respeto con nuestro verdadero público, generalmente ausente, y que no reemplacen a éste por los consabidos grupúsculos que susurran complacientes cantos de sirena en sus oídos, élites supuestamente "entendidas", portavoces de lo que sucede en los lugares donde "pasan cosas".

Señores Académicos, creo que es nuestro deber, y propongo en consecuencia, que el prestigio que esta Academia y el Instituto de Chile tengan en nuestro medio, se ponga al servicio de la causa que signifique vitalizar lo nuestro, nuestra auténtica expresión, e influya ante los medios de comunicación e Instituciones vinculadas a la Cultura, para impedir que se siga enfatizando la importancia del logro en el extranjero y de lo que allí sucede.

Dejemos en claro que no pretendo ignorar la importancia del propio valor con resonancias que van más allá de nuestras fronteras, pero creo firmemente que esto debe ser presentado solamente en su adecuada escala de valores como una valiosa información que debe ser conocida, pero no como el arquetipo al cual debemos tender. Además, debemos esforzarnos para lograr que se acentúe el valor de lo que aquí se hace, de la importancia de nuestro público y de su aprecio por

nuestras obras, que se abone la seguridad en nosotros mismos y nuestra real capacidad de creación por sobre cualquiera moda o tendencia que pretenda internacionalizar nuestro arte y cultura, que se atribuya el máximo valor a nuestra propia apreciación y estima por sobre el teórico reconocimiento foráneo, que se divulgue el concepto, hasta su comprensión por todos, que ser diferente no significa ser inferior y, finalmente, contribuir a que se acepte la realidad tal cual es en el campo cultural, y sería deseable, en todos, mostrando claramente y sin temor, el hecho real de que estamos lejos y solos y que siempre estaremos así.

Salgo al paso de quienes, soñando con los bellos conceptos de una comunidad internacional de la cultura, puedan decir que lo que propongo es un aislamiento cultural.

Esto no es así. Solamente pido un criterio realista en la formulación de nuestra cultura dentro del cual podamos realmente tener cabida y funcionar en libertad.

Mi experiencia adquirida en el país y en el extranjero, lo que he leído, oído, visto, mis vivencias, me permiten afirmar con convicción que no hemos sido, no somos, ni seremos nunca parte integral de la Cultura Occidental, llamando así la que ahora está viva en ciertos países de Europa y ciertas ciudades de los Estados Unidos.

Hemos recibido su influencia, ciertamente, pero ésta no ha hecho más que fecundar una materia prima americana dando por resultado una cultura mestiza, riquísima en ciertos lugares de nuestro Continente antes del desarrollo de los medios de comunicación a finales del siglo pasado; más insegura ahora, pero al fin de cuentas, la nuestra, la única posible y sobre la cual tenemos que construir nuestro ser nacional.

En torno a esto, corrientemente, se repiten frases hechas, clichés conceptuales como aquel que asegura que el mundo se "achica" con las nuevas tecnologías y que, poco a poco, se va transformando en uno sólo con un lenguaje cultural común, único.

Esto no pasa de ser una falacia.

La rapidez de la comunicación en el mundo de hoy, la casi instantaneidad de algunas de sus técnicas, no nos produce la sensación

de una participación común si no que, por el contrario, son una toma de conciencia de que no estamos allí.

Cada día es más fuerte la evidencia visible de otros mundos distantes donde pasan cosas sin que se nos consulte. Esto nos transforma en pasivos espectadores de un lejano acontecer que, se nos ha enseñado y repetido a diario, determina el proceso histórico y destino de nuestro mundo.

Las mismas imágenes que captan y transmiten los satélites mostrándonos la inmensidad de nuestro planeta, nos hacen, al mismo tiempo, tomar conciencia de cuán lejos estamos de los Centros Culturales que nos han servido de modelo.

Sucede que por primera vez en la historia pasamos a tener una vivencia de nuestra real dimensión terrestre. En el plano cósmico sucede lo mismo: los fabulosos progresos tecnológicos, los vehículos espaciales, los radiotelescopios, cada vez con mayor potencia y precisión, pronto instalados en estaciones orbitales, nos fuerzan a tomar conciencia de la insospechada inmensidad del Cosmos, de la insignificancia de nuestro Sistema Solar y por ende, de la de nuestra querida Tierra y sus pretensiones.

Los medios de comunicación, especialmente la Televisión, presentan a diario a los jóvenes de Hispanoamérica, incluidos en ellos a nuestros artistas, ajenos modelos de vida envueltos en el embriagador derroche de las modernas técnicas publicitarias, las cuales activan directamente sus centros emocionales y psicológicos haciendo que nuestras juventudes sean estimuladas por verdaderos reflejos condicionados los cuales, junto con su propia estridencia, las hace actuar como sonámbulos en busca de su propia identidad.

Todo esto, además, sin poder asir esta realidad fabulosa, ni poder participar de ella, más que por el vacío imitar de formas que van de la manera de vestir a modos (que son modas) de pensar y actuar.

Esta simultaneidad no compartida del acontecer diario es como asomarse a una ventana que no se puede abrir. Vemos a través de ella cómo se desarrollan otros modelos de vida, ricos y atractivos. Antes, sin imágenes ni sonidos simultáneos, imaginábamos este acontecer dentro de nosotros mismos, con lo que, en cierta medida, era una

creación nuestra que pasaba a formar parte de nosotros y de nuestro tesoro de experiencias.

Hoy, este ver allí sin estar allí, este actual suplicio de Tántalo, produce lo que llamo, una erosión psicológica.

Esta erosión comienza a manifestarse a finales del siglo pasado junto con los cada vez más fluidos contactos con los poderosos mundos altamente civilizados del Hemisferio Norte.

Pareciera como que con el aumento y frecuencia de éstos, se nos hubiera escapado por esa vía la dinámica nacional.

Parece más que una coincidencia el que, simultáneamente con la apertura del Canal de Panamá, se acelere entre nosotros este proceso manifiesto en una merma de la identidad y fuerza que, como nación, contundentemente acreditáramos en el siglo pasado. Es el momento, entonces, en que comienza nuestro estancamiento relativo a la evolución de otros países de nuestro Continente.

En el plano de nuestra vida personal, experimentamos este fenómeno con relativa frecuencia.

Cuando tras unas horas de vuelo, muy pocas para venir de las Antípodas, regresamos de los grandes Centros de la Cultura Occidental, ¿no nos sentimos desconcertados, no debemos “adaptarnos” en un proceso que toma algún tiempo?

¿Qué es esto si no una forma de esa erosión psicológica a que he hecho mención, la cual acentúa cruelmente la duda en lo nuestro y en nosotros mismos?

Lo que estamos sintiendo en ese momento, es angustia. Esta es, básicamente, el miedo a lo desconocido y lo que estamos desconociendo es lo nuestro. Nos encontramos con una realidad cuya fuerza y propia belleza no sabemos ver y menos valorar.

Señores académicos: todo lo anterior conforma una realidad grave y de profundas consecuencias para nuestro desarrollo y supervivencia integral como sociedad.

Una cultura propia fortalece la personalidad de ésta y es una base de sustento en los momentos difíciles de su historia, cuando se necesita una acción común, fruto de la unidad de sentimientos y coincidencia en el actuar, es decir de una cultura única.

Para que esto suceda, esta cultura, no importa su grado de riqueza, debe ser auténtica, es decir, enraizada en la tradición y verdadero sentir de un pueblo no dividido antojadizamente entre élites extranje-rizantes y mayorías desorientadas.

Lo anterior es el fruto de los falsos conceptos culturales de nuestra educación y de la orientación centrífuga de nuestra información sustentada a diario por los medios de comunicación.

Para terminar, entonces, os pido nuevamente emplear nuestro esfuerzo en lograr rectificar esta tendencia y que llegue el día en que tomemos conciencia de nuestro real destino cultural y podamos, por primera vez, escoger libremente nuestro propio modo de orientarlo.

Santiago, agosto de 1981

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA

Sergio Fernández Larraín

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

I

Con ocasión de celebrarse, el presente año, a la vez, el sesquicentenario del nacimiento de don Benjamín Vicuña Mackenna y el bicentenario de don Andrés Bello, nos ha parecido de interés facilitar a los "Anales del Instituto de Chile", para su publicación, un expediente breve pero emocionante, inédito hasta ahora, en el que aparecen estrechamente unidos estas dos recias personalidades de la intelectualidad chilena.

Son sólo cinco páginas de papel amarillento, donde destaca la firma de don Benjamín, en abril de 1849, apenas cumplidos los dieciocho años de edad, y la de Bello, tres veces reiterada, en su calidad de Rector de la Universidad de Chile. Junto a ellas, entre otras, cabe señalar la de don Juan Francisco Meneses Echanes, el último Rector de la Universidad de San Felipe y más tarde sucesor de don Mariano Egaña en el Decanato de la Facultad de Leyes; la de don Manuel Talavera Garfias, el talentoso escritor, miembro de la Facultad de Filosofía y Secretario General de la Universidad, la de don Melchor de Santiago Concha y Cerda, el aguerrido parlamentario liberal, y la del benemérito sacerdote don Pedro J. Fernández Recio.

El expediente que se inicia con dos certificados que acreditan la *conducta intachable y aplicación a su estudio* de Vicuña Mackenna, suscritos por los señores Julio Mackenna y Ramón Dueñas, patentizan los trámites seguidos por don Benjamín para obtener el grado de Bachiller en Leyes y Ciencias Políticas.

Cobra particular interés el oficio de don J. de Borja Salas que detalla las notas obtenidas por Vicuña Mackenna en las diversas

asignaturas, tanto en el Colegio de Santiago como en el Instituto Nacional.

El valioso manuscrito se cierra con el siguiente dictamen del Rector de la Universidad:

"Santiago, mayo 12 de 1849.

"Comparezca el solicitante a recibir el grado de Bachiller, en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas a la Sala de Sesiones de la Universidad, el día de la fecha.

(Fdo.) BELLO

*Manuel Talavera.
Sec. Gral."*

Dos hombres, dos vidas, plenas de vigencia, enlazadas en el papel y en la tinta, en el espíritu y en las letras.

En este año de conmemoraciones históricas de hombres tan dispares, tan disímiles, como Bello y Vicuña Mackenna, todo sensatez y ponderación el uno; todo fantasía e impetuosidad, el otro, es curioso anotar, además, que el primer ensayo histórico de don Benjamín, *El sitio de Chillán* recibió el espaldarazo de don Andrés. "Persevere, le expresó, después de leerlo, cuando Vicuña Mackenna le visitó en su casa, *persevere y tenga la seguridad de que ha de llegar muy lejos*".

Don Benjamín jamás olvidó al maestro.

En el Senado, treinta y dos años más tarde, en junio de 1881, recuerda el hecho con hondo reconocimiento.

Recojamos sus palabras:

Entre tanto, señores, y cuando comenzaba mi carrera de escritor público, recibí el aliento y el consejo del más ilustre crítico americano, que comprendía la historia como Salustio y como Tucídides y así aconsejaba escribirla"

Y cinco meses después, en el discurso pronunciado ante su tumba:

"Parécenos todavía estarlo viendo en las tardes de los días festivos, que para el vulgo son horas de bullicio o de reposo, en su

último otoño, cuando rugía la guerra en torno suyo y de la patria, cuando la muerte comenzaba a mecer sus alas sombrías por entre los barrotes de la ventana que inundaba de tibia luz sus libros, su mesa, su rostro, su gloria..."

"Mas para aquellos que le conocimos de cerca, en lo que podría llamarse la intimidad del respeto, para aquellos que escuchamos sus luminosas pláticas de la cátedra y del hogar, para aquello que en la ruda enseñanza del espíritu recibimos de su indulgente juicio el primer estímulo, para esos don Andrés Bello fué algo más que un crítico, un profesor y un poeta esclarecido, porque fué el dulce, el venerado y ya extinguido tipo del "maestro" de la edad antigua".

Paradojas de la vida que la hacen más grande y más bella.

II

Transcripción literal del manuscrito mencionado, cuyo original se encuentra en el Archivo Fernández Larraín.

Certifico que conozco algún tiempo a Don Benjamín Vicuña, y que por su conducta intachable y aplicación a su estudio es acreedor a toda clase de consideración. Para los efectos que le convengan doy este en Santiago, abril 11 de 1847.

(fdo.) JULIO MACKENNA

Algunos hacen a que conozco a D. Benjamín Vicuña y siempre he notado en él mucha moralidad en sus costumbres y una conducta intachable.

A petición del interesado doy éste en Santiago, a 11 de abril de 1849.

(fdo.) RAMON DUEÑAS

Señor Rector de la Universidad.

Benjamín Vicuña ante V.S. respetuosamente digo: Que habiendo rendido en el Instituto Nacional los exámenes que me son necesarios para obtener el grado de bachiller en Leyes y Ciencias políticas. A V.S. Suplico se sirva pedir al Rector del ya mencionado Establecimiento los certificados requeridos para conferirme el grado que solicito.

Es justicia etc.

(fdo.) BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

Adición:

Hago presente, que encontrándome en el caso de no haber rendido exámenes de Aritmética y Cosmografía, solicito el beneficio de la exención concedida y la Universidad a los que, como yo, prometieron dar dichos exámenes en el primer año de práctica o antes.

Santiago, abril 13 de 1849.

Pase en informe al S. Rector del Instituto Nacional.

(fdo.) BELLO

Manuel Talavera.

Secretario Gral.

Señor Rector de la Universidad.

Bajo el nombre de D. Benjamín Vicuña Mackenna y a las fojas 246, 249, 277, 306, 308, 312, y 319 del libro de exámenes principiado en 1838 y a la foja 341 del libro principiado en 1843, se encuentran las partidas siguientes:- Del colegio de Santiago, dió

examen de Psicología y fue unánimemente aprobado Diciembre 16 de 1844.

Del Colegio de Santiago dió examen de Latinidad y obtuvo un voto de distinción y tres de aprobación. Diciembre 19 de 1844, Alumno del Colegio de Santiago, dió examen de Lógica, Moral y Derecho Natural y fué unánimemente reprobado. Agosto 10 de 1845. Alumno del Colegio de Santiago, dió examen de Lógica, Moral y Derecho Natural y fue unánimemente aprobado. Enero de 1846.- Del Colegio de Santiago, dió examen de Gramática Castellana y obtuvo dos votos de aprobación y uno de reprobación. Enero 5 de 1846.- Del Colegio de Santiago dió examen de Geografía y fue aprobado con un voto de distinción, Diciembre 17 de 1845.- Del Colegio de Santiago dió examen de Derecho de Gentes y fue reprobado por tres votos contra dos. Agosto 8 de 1846.- Diciembre 2 de 1846 Alumno del Colegio de Santiago, dió examen de Derecho de Gentes y fue unánimemente aprobado.- Diciembre 21 de 1846 Del Colegio de Santiago dió examen de Literatura y fue unánimemente aprobado.- Diciembre 22 de 1846 Del Colegio de Santiago, dió examen de Economía Política y fue unánimemente aprobado.- Enero 3 de 1848 Alumno del Instituto Nacional, dió examen de Legislación y de Constitución Política de Chile y fue unanimante aprobado.- Enero 17 de 1848 Del Colegio de Santiago dió examen de Derecho Canónico y fue reprobado por dos votos contra uno que obtuvo en su favor.- Diciembre 13 de 1848 Del Colegio de Santiago dió examen de Derecho Canónico y obtuvo dos votos de distinción y dos de aprobación.- Diciembre 23 de 1848 Del Colegio de Santiago dió examen de Derecho español y fue aprobado por tres votos contra uno.- Diciembre 26 de 1848 Del Colegio de Santiago dió examen de Derecho Romano y fue unánimemente aprobado.- Diciembre 23 de 1848 Alumno del Instituto Nacional dió examen final de Francés y obtuvo cuatro votos de distinción y uno de aprobación.

Santiago, abril 29 de 1849.

(fdo.) J. DE BORJA SALAS

Santiago, abril 30 de 1849.

Hallándose el solicitante en el caso que previene el acuerdo del Consejo Universitario de 31 de marzo próximo pasado, se le permite rendir durante el tiempo de la práctica forense los exámenes de Aritmética y Cosmografía que le faltan, y en esta virtud, pase el expediente al señor Decano de Leyes y Ciencias Políticas para los efectos que indica el reglamento de grados.

(fdo.) BELLO

Manuel Talavera.

Secret. Gral.

Santiago, mayo 2 de 1849.

Procédase al sorteo de punto prevenido por el reglamento de grados, y se verificará mañana 3 del corriente, y se nombran examinadores a los Miembros de esta Facultad los señores D. Melchor de Santiago Concha y D. Pedro Fernández Recio.

(fdo.) MENESES

Santiago, mayo 3 de 1849.

En este día se verificó el sorteo prevenido en el decreto anterior, y salió la cédula 1a. de Derecho Romano y Patrio concordados.

(fdo.) GÜEMES.

El 9 de mayo de 1849 don Benjamín Vicuña dió su examen ante los señores Concha, Fernández y el Secretario; y fué aprobado con un voto en contra.

(fdo.) GÜEMES.

Santiago, mayo 9 de 1849.

Hemos examinado a don Benjamín Vicuña sobre la cédula 1a. de Derecho Romano y Patrio concordados, y lo aprobamos con un voto en contra.

Dios guarde a V.S.

(fdo.) Melchor de Santiago Concha.

PEDRO J. FERNANDEZ RECIO.

MIGUEL M. GUËMES.

Al Sr. Decano de Leyes.

Santiago, 10 de mayo de 1849.

Llévese al señor Rector para los fines que previene el Reglamento de grados.

(fdo.) MENESES.

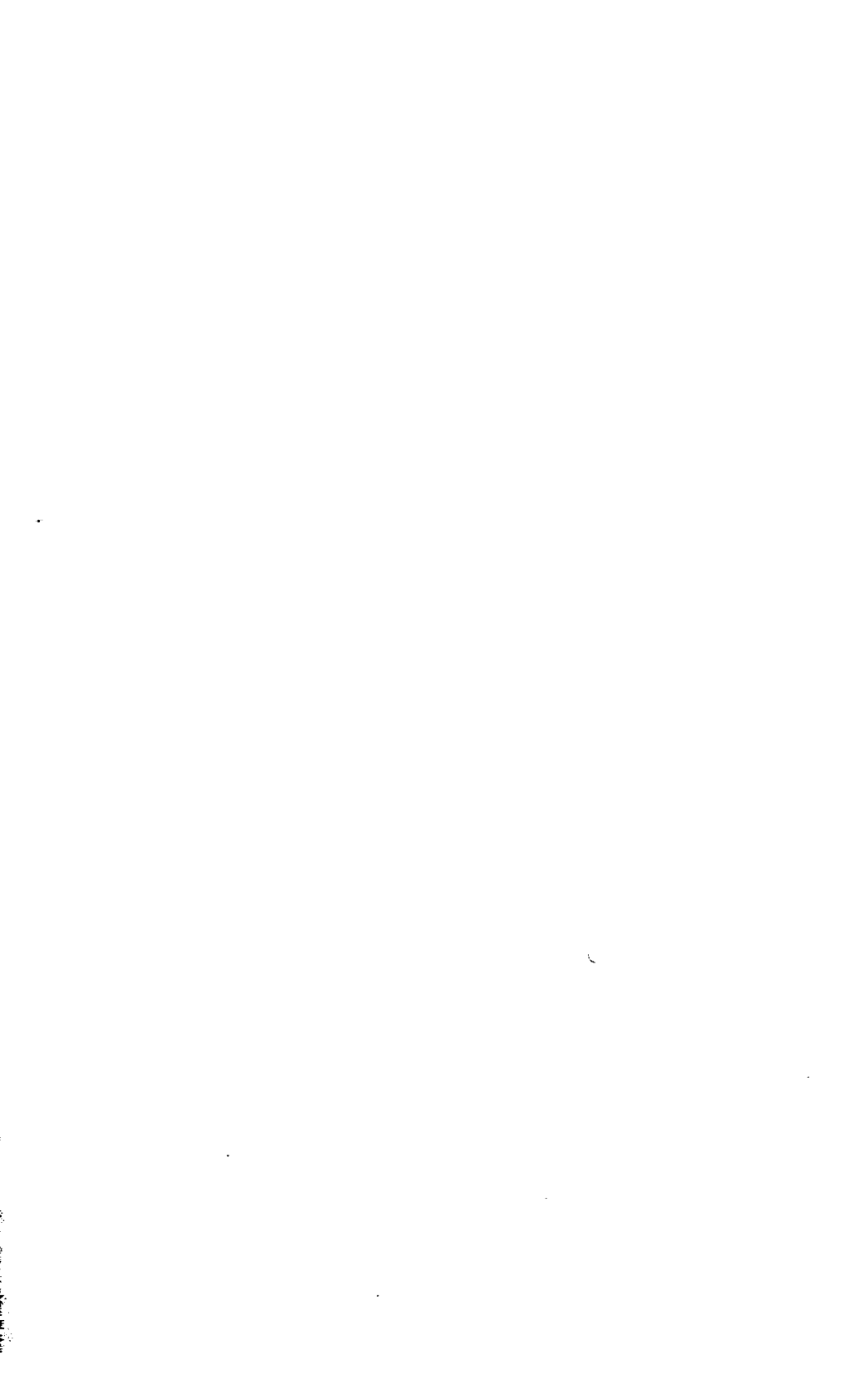
Santiago, mayo 12 de 1849.

Comparezca el solicitante a recibir el grado de Bachiller, en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas a la Sala de Sesiones de la Universidad, el día de la fecha.-

(fdo.) BELLO

MANUEL TALAVERA.

Secr. Gral.



LA PERSONALIDAD CULTURAL

ENTREGA DE LOS PREMIOS NACIONALES 1981

Fernando Debesa
DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

En nombre de las cuatro personas agraciadas con el Premio Nacional, señora Teresa Clerc y señores Igor Saavedra, Renzo Pecchenino y en el mío propio, deseo agradecer al señor Ministro de Educación la distinción de que hemos sido objeto. Estamos seguros de que ella será un estímulo poderoso en nuestro trabajo.

Ella nos ha permitido entrar en contacto con la prensa, y a través de las preguntas de los periodistas, nos ha quedado claro lo que ellos y la colectividad esperan de ciudadanos que han recibido un galardón importante: es decir una reflexión más o menos madura sobre el campo de actividades en que cada uno de nosotros se desempeña.

Eso exactamente es lo que deseo expresar a continuación: una reflexión personal en relación con las ocupaciones y problemas que me han rodeado durante toda mi vida como hombre de teatro.

El Estado de Chile ha otorgado este año cuatro Premios Nacionales, distinguiendo a la Ciencia, las Artes, la Educación y el Periodismo. Son cuatro manifestaciones de lo que llamamos cultura. Pero seamos francos: la noción de cultura —a fuerza de ser usada sin rigor para toda clase de fines— ha perdido significación y precisión. Hoy por hoy, lo cultural, la cultura, designan demasiadas cosas vagas y ninguna en forma exacta. Y sin embargo —a pesar de la bruma que lo envuelve— lo cultural es una realidad no sólo importante en un país, sino indispensable para que ese país tenga una clara identidad. Veamos en que forma.

En su sentido más obvio, consideramos como manifestaciones culturales de una nación a sus artes plásticas con la pintura, la escultura y la arquitectura; la literatura en sus diferentes géneros; su música y su folklore en todos sus niveles; sus artes de la representación

con el teatro, la danza, el cine y la televisión; sus obras de historia, su filosofía y sus actitudes religiosas; en fin, sus costumbres y sus mitos de diferentes órdenes.

Pero estas manifestaciones, fuera de existir por sí mismas —como son la expresión de un carácter colectivo— crean en su conjunto una red coherente que se suele denominar la *personalidad cultural de un país*. En el caso de Chile —por ejemplo— no sólo existen como islas separadas la arquitectura de nuestras casas e iglesias campesinas, los moais de Isla de Pascua, la poesía de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, la tonada y la cueca, las novelas de Blest Gana, el culto a las animitas, ciertas obras teatrales con raíces hondas en lo nacional, la artesanía popular, los libros de los grandes historiadores, la ciencia, las fiestas del rodeo y del fútbol. No, no son islas separadas. Esas realidades tangibles —y muchas otras más— son la expresión del alma de nuestra nación. Unidas constituyen nuestra personalidad colectiva, nuestra conciencia colectiva como pueblo. Sentimos —los chilenos— que formamos parte de ella, y en nuestras actitudes y comportamientos personales, seguimos consciente o inconscientemente las pautas no escritas de esa personalidad cultural. En otras palabras, esta personalidad cultural es nuestro modelo nacional.

Pero también es la médula de nuestra cultura, y como tal, prefigura lo que ella puede producir en el porvenir. Es decir, nuestra personalidad cultural se adentra en el futuro, y su vitalidad se convierte en motor de nuestra historia. Es pues un valor esencial en el presente y en el porvenir.

Ahora bien, esta personalidad cultural le ha dado cohesión a nuestro país frente a las fuerzas de por sí centrífugas de la economía. Más aún, como la especialización técnica tiende a subdividir a los chilenos en los compartimientos cerrados de sus distintas actividades, la personalidad cultural ejerce su formidable poder de integración, dándoles unidad a todos ellos. Esta es quizás la razón —tan buscada por los sociólogos— de la homogeneidad nacional, del hecho de que a pesar de la longitud y variedad de nuestro territorio, el chileno que lo habita conserva una unidad sorprendente. Y esta unidad —bien lo sabemos— es una de nuestras grandes fuerzas nacionales.

La personalidad cultural de Chile tiene una singularidad irreducti-

ble. No conviene a ningún otro pueblo sino al nuestro. Ella es la depositaria de los secretos más íntimos de nuestra historia, y también de los signos por los que esa historia es accesible a los demás.

Durante mucho tiempo, en el mundo contemporáneo se identificó el avance de la tecnología con la idea de un progreso que multiplicaba los poderes del hombre sobre la naturaleza. De acuerdo a esta concepción, bastaba con promover el progreso económico y tecnológico para resolver todos los problemas de una sociedad. *Hoy día se reconoce la insuficiencia de esta concepción.*

Hay varias razones que explican este cambio de actitud. En primer lugar, el predominio ciego de la economía y la tecnología no sólo produjo en todo el mundo adelanto y retroceso, sino que se inclinó a separar la vida económica de la vida misma, y por lo tanto la economía de la cultura. Ha tendido a reducir los valores humanos a valores cuantificables, y a transformar los seres y las cosas en unidades abstractas que se pueden contabilizar. En un plano internacional, todo el teatro de Ionesco es un violento grito de protesta contra esta abstractización del ser humano y su consiguiente despersonalización.

En países en desarrollo, como Chile, el avance sin límites de la tecnología ha significado —a veces— la irrupción de valores extranjeros que nada tienen que ver con nuestra personalidad cultural, y que en más de una ocasión se oponen y chocan directamente con ella.

Este choque entre valores extranjeros y nuestra personalidad cultural tiende a producir confusión entre nosotros. Y en el peor de los casos, si el valor extranjero se impone —aun superficialmente— ejerce una acción disociadora de nuestra cohesión cultural y nacional. Este es uno de los aspectos graves del asunto. Pues atentar contra la unidad de nuestra personalidad cultural, es atentar contra la unidad de nuestra nación.

¿Cuál es la solución, la recta actitud a asumir frente a nuestro futuro? Todos deseamos el desarrollo de nuestro país. Pero este desarrollo debe concebirse incluyendo, además de los valores cuantitativos corrientes, valores cualitativos. El hombre no debe adaptarse —mutilándose— a las funciones de la máquina, sino que ésta debe

colaborar —en su más amplio sentido— con un hombre que posee facultades creadoras.

Para ello es necesario que haya conciencia de la importancia de nuestra personalidad cultural como factor determinante de la unidad de la nación. Y que esta personalidad sea respetada como un valor sagrado.

Además, conviene que actividades de otro orden como la economía y la tecnología sean capaces de perder su rigidez y adaptarse a ciertas características de nuestra personalidad cultural. Que ellas también participen del modo de ser que predomina en nuestra vida cultural. Así el país logrará un desarrollo armonioso y coherente, ya que se apoyará en sus cimientos más profundos, la raza y la mentalidad chilenas.

INFORMES

PRESENTACION

El Honorable Consejo del Instituto de Chile ha redactado varios informes, algunos de ellos solicitados por el señor Ministro de Educación Pública, los que han sido enviados a dicha Secretaría de Estado o dados a conocer a través de la prensa.

Todos ellos contienen el pensamiento de la Corporación en temas de Cultura General. Diversas comisiones dentro del Honorable Consejo, así como la opinión de las Academias, han constituido la base de estos informes. Así se ha reunido un material valioso al cual se ha agregado el trabajo del Académico doctor Héctor Croxatto sobre "Estagnación del Potencial Científico-Tecnológico", por considerarse de interés general.

La Secretaría General del
INSTITUTO DE CHILE

IDEAS SOBRE UNA POLITICA GENERAL DE CULTURA

El Instituto de Chile da respuesta en este documento a la consulta sobre política cultural que el señor Ministro de Educación tuviera a bien hacerle, evitando una disquisición general sobre la naturaleza de la cultura, pero recogiendo las medidas prácticas que cada una de las Academias ha creído conveniente proponer dentro de sus respectivos ámbitos. El señor Ministro podrá encontrar, por consiguiente, en el conjunto de textos que constituyen este informe, el resultado del debate interno habido en las distintas Academias, que fuera traído para su ordenamiento final al seno del Consejo del Instituto.

Sin embargo, no ha creído este Consejo que deba limitar su Informe a proposiciones aisladas que deliberadamente se formulan con criterio más bien pragmático, sino que debe procurar también enmarcarlas dentro de las líneas generales de un cierto sentido fundamental. Sin emprender, pues, una disquisición sobre la cultura, que escaparía a su competencia, en esta introducción a su Informe desea el Consejo fijar su propio lugar en el mundo de la cultura y proponer así una perspectiva orientadora del sentido que tienen las proposiciones que más adelante se hacen como posibles elementos de una política nacional de cultura.

La riqueza singular de algunas ideas —así las ideas de “vida”, “espíritu”, “razón”— va dejando su huella en una gran variedad de significaciones, que puede tornarlas laberínticas y por momentos hacerlas servir más a la confusión que a la edificación. Algo de esto puede ocurrir con la idea de cultura. Ella ha sido recogida por las ciencias humanas, en especial por la antropología, convirtiéndose en concepto de una técnica científica, lo cual le hace ganar una operatividad, pero le angosta el significado. La cultura, desde este punto de vista antropológico, reúne la más variada gama de quehaceres humanos que forman un legado transmisible dentro de una comunidad. El

diseño de una canoa por los alacalufes, o la conducta sexual de los pueblos melanesios, son fenómenos de esta clase. Entrando por esta vía, bajo el nombre de cultura podrá hablarse, por cierto, de nutrición, de sanidad ambiental, de retardo mental, y cualquiera de las tareas del Ministerio de Vías y Obras Públicas o de Agricultura podría ser considerada como obra de cultura y materia, por consiguiente, de una política cultural.

Sin desconocer la pertinencia de los múltiples aspectos de la idea de cultura, ni entrar en las precisiones técnicas que desde distintas ciencias pudieran hacerse, el Consejo del Instituto de Chile siente el deber de señalar al señor Ministro lo que estima un sentido fundamental en el que cabe hablar de cultura, que a su juicio ha de presidir una política nacional relativa a ella. Teme que este sentido pueda quedar desvirtuado si la palabra cultura llega a nombrarlo todo, corriéndose el riesgo de que con ella no se diga nada o solamente se le cambie el nombre a algunas cosas.

Cree el Consejo del Instituto de Chile que respecto de una realidad histórica como la que nuestro país constituye, la idea de cultura no puede concebirse meramente como un complejo de rasgos funcionales y manipulables como los que marcan a cualquier grupo humano, o a cualquier comunidad étnica o política. Y ello porque una Nación como Chile se sitúa en el seno de una cultura que arranca de muchos siglos antes de Cristo, que atraviesa muy distintos pueblos y razas y que es una viviente realidad histórica que se ha hecho universal. Esta cultura posee una dinámica interna a la cual, cualquier política que busque labrar una personalidad cultural propia—a riesgo de moverse en un vacío de sentido— debe adecuarse.

A partir de ese sentido fundamental, y en orden al diseño de una política de cultura, cree conveniente el Consejo poner de relieve dos aspectos, uno relativo al contenido, a la naturaleza de esa cultura, y otra relativo al carácter de la acción que promueva dicha política.

La cultura del individuo puede quedar definida por el conocimiento y gusto por las Bellas Artes, las Humanidades y, en sentido general, de las Ciencias. En una dimensión más amplia y sistemática, la cultura en el sentido propuesto ha generado una compleja estructura, algunos de cuyos rasgos generales son los siguientes: una elevada

experiencia religiosa, que es principalmente la del cristianismo, junto a otras religiones superiores de la humanidad que no nos son ajenas; unas formas superiores de organización de la sociedad y de la vida social regidas por la moral, por el derecho, por la política y demás disciplinas sociales; una vasta gama de disciplinas intelectuales muy sutiles y complejas a las que cabe llamar de manera muy general, ciencias; y, en fin, unas formas muy refinadas de expresión y creatividad espirituales que en términos también muy amplios cabe llamar, artes.

En lo que toca a la acción de cultura, sus instrumentos son el hogar y la escuela —desde la básica hasta la Universidad— los medios de comunicación social masiva —en especial prensa, radio y televisión— el libro, la biblioteca, el archivo y todo aquello que hace posible la ejecución de la música, el espectáculo teatral, la obra de arte plástica.

El Consejo del Instituto cree necesario afirmar, en fin, la necesidad de que la acción de cultura quede libre de tres peligros que de ordinario la amenazan: su ideologización, sin desconocer que en una cultura hay contenidos contingentes ligados a situaciones históricas, por ende, con connotaciones ideológicas; su burocratización, pese a que la acción del Estado, por cierto, debe realizarse por órganos de administración y con procedimientos burocráticos, y la manipulación comercial, por último, de que puede hacérsela objeto, sin ignorar por ello la infraestructura industrial y comercial que las obras de cultura tienen.

Ese carácter no ideológico, desburocratizado y desinteresado de una acción de cultura cabe fundarlo positivamente en el hecho de que la cultura crece en el medio de la libertad y posee una contextura histórica, esto es, surge y permanece gracias a la acción espontánea, autónoma y creativa de hombres y pueblos, y no es efímera, solamente de hoy o de ayer, sino duradera.

He aquí el juicio particular de cada una de las Academias:

ACADEMIA CHILENA

1. *Fondos para publicaciones del Instituto.* Esta Academia quiere poner todo su énfasis en que las Academias y, por consiguiente el

Instituto, puedan contar con los medios económicos suficientes y oportunos para realizar sus publicaciones. Hay, en estos momentos, listos para ser publicados, varios volúmenes de boletines de las Academias, así como obras de valor que esperan ser publicadas —incluso el Boletín del Consejo ha debido suspender su publicación por falta de fondos. Este conjunto de publicaciones representa un poderoso factor de progreso y, enviadas al exterior, realzan los afanes culturales de nuestro país.

2. *El libro y la lectura* están muy íntimamente unidos y, por lo tanto, son inseparables. Fomentar la lectura y hacerla posible en todos los ámbitos y niveles.

Con respecto al libro se deberá contemplar su producción, importación y difusión. Además, conviene tener presente que los impuestos traen consigo un encarecimiento del precio al público.

El uso del libro debe ser estimulado ampliamente: estudio escolar y universitario, literario, técnico, artístico.

3. *El idioma*, es decir, el castellano: está actualmente muy deteriorado en nuestro país. No se trata de un fenómeno reciente; es una condición que se viene produciendo desde hace varias décadas. Es necesario y urgente una revisión a fondo del problema del idioma, desde la formación del profesorado en el nivel universitario hasta su materialización en el ámbito escolar, básico y medio. Debe repararse de una manera categórica la investigación científica acerca del idioma, lo que es una obligación universitaria, de la enseñanza a los alumnos en la fase básica y media.

4. *Debe fomentarse el conocimiento adecuado de los clásicos de la literatura universal*, con particular preferencia, la literatura clásica nacional.

ACADEMIA DE LA HISTORIA

En primer término, la difusión de la cultura en forma masiva tropieza con el grave inconveniente de la *escasez de libros* destinados a promover la lectura ordenada de las materias filosóficas, científicas y éticas que

conforman el complejo que llamamos cultura. Para remediar este inconveniente la Academia *sugiere la edición*, por intermedio del Ministerio de Educación Pública, *de varias series de libros que contengan el acervo universal y nacional.*

Podría iniciarse con:

a) una *Colección de Textos Patrios*, para el uso de las escuelas primarias o básicas, que contendría los documentos que a juicio de los especialistas son ineludibles en el proceso educacional, es decir, Cartas de Pedro de Valdivia, trozos de los Cronistas, antología poética, textos constitucionales, episodios sobresalientes del desarrollo histórico, historia regional, descripciones geográficas, etc.;

b) una *Colección de autores nacionales y americanos*, en que se seleccionarían los libros más señeros de la literatura chilena e hispanoamericana;

c) una *Colección de Textos fundamentales del pensamiento universal.*

Todas estas colecciones deberían ser puestas al alcance del profesorado y distribuidas a las bibliotecas de los liceos, institutos, escuelas, etc., y obligatorias como lectura a los alumnos de diversos grados;

d) un *fondo especial* destinado a mantener la continuidad de la publicación de las obras históricas del patrimonio nacional, tales como el Archivo de O'Higgins, la colección de Historiadores de la Independencia, los Anales de la Universidad de Chile, los Anales de Historia de la Medicina y otras de alcance cultural.

Para la enseñanza musical masiva se podría adoptar el sistema de las "cassettes", grabando sea la música universal, folklórica de América y Chile, música docta, etc., que sería de obligación hacer escuchar a los alumnos en las salas de clase, sea por los profesores de música u otros profesores.

Para la enseñanza visual, a la vez, podría hacerse lo mismo que la propaganda comercial hace con los anuarios, calendarios, etc., es

decir, reproducciones a todo color de monumentos, edificios clásicos, esculturas, cuadros, etc.

Estos vehículos audiovisuales darían la posibilidad real a la enseñanza de contar con ayuda permanente, que contribuiría a corregir el sistema memorista y verbalista que abunda en la educación.

Está de más decir que estos trabajos deberían tener autores de solvencia intelectual nacional e internacional, y ser publicados, editados y grabados con presentación estética y tipografía adecuada.

Proposiciones concretas:

1°. Financiamiento fiscal para concursos anuales sobre temas históricos nacionales. El Estado costearía la edición y distribución de las obras premiadas.

2°. Poner estas obras y una selección de obras clásicas a disposición del profesorado.

3°. Financiamiento fiscal para programas de televisión de difusión histórica, con asesoramiento académico.

ACADEMIA DE CIENCIAS

Las Ciencias, como conocimiento de la naturaleza y de las leyes que la gobiernan, y como fundamento de la Tecnología, que busca la forma de aprovecharla para el servicio del hombre, constituyen elementos fundamentales de la cultura actual. No se concibe un hombre culto que no sea capaz de apreciar su valor y su importancia. Como no se puede apreciar lo que no se conoce, toda acción destinada a elevar la cultura de un pueblo implica una difusión de las ciencias en lo que tienen de fundamental, sin pretender por supuesto que todo individuo ha de ser un científico.

Ningún país puede llegar a incorporar este aspecto a su cultura, si no dispone de *centros suficientemente activos destinados al cultivo de las ciencias*. La primera tarea en este sentido es, pues, *fortificar estos centros*,

que entre nosotros se encuentran en su casi totalidad ubicados en las Universidades.

En cumplimiento de las obligaciones que la ley le impone, la Academia de Ciencias ha señalado en más de una oportunidad al Supremo Gobierno cuáles son los requerimientos para fortificar y desarrollar nuestros centros de investigación científica.

Como el progreso científico es obra de individuos que requieren una larga y continuada preparación, es indispensable no solamente *conservar activos entre nosotros a los científicos ya formados*, si no que *aumentar el número* de personas que contribuyan al cultivo de las ciencias.

Oportunamente la Academia de Ciencias propuso al Ministerio de Educación *la creación de la carrera de investigador*, en una forma semejante a la que existe en diversos países, entre ellos algunos de América del Sur, como Brasil y Argentina. Con el mismo objeto, la Academia, ha señalado la necesidad de estimular y normalizar las *carreras académicas que conducen a los grados de magister y de doctor* en aquellas disciplinas para las cuales el sistema universitario chileno ya está debidamente capacitado. Dos medidas prácticas en este sentido son, pues, las de conseguir que ambas iniciativas lleguen a ser realidad.

La investigación científica requiere de elementos materiales, como instalaciones, equipos, reactivos, animales de laboratorios, medios de movilización para el estudio directo de la naturaleza, etc. *Los fondos* que hoy día se dedican a estos fines son muy exigüos, en relación a los que podrían invertirse en forma provechosa. Otra medida práctica, es pues, *incrementar estos fondos y perfeccionar los procedimientos para otorgarlos* en forma que produzca el máximo de rendimiento.

El progreso científico es un fenómeno universal, y por consiguiente los investigadores chilenos deben mantenerse en contacto permanente con centros de investigación del extranjero. Esto se consigue mediante el *mantenimiento en el país de bibliotecas científicas* bien dotadas, así como por medio de los contactos personales que se establecen en reuniones científicas de distinta índole y en visitas más o menos prolongadas a centros de excelencia del extranjero. En el

mismo sentido actúan los profesores visitantes provenientes de centros del extranjero que vienen a trabajar a nuestras universidades.

Otras acciones realizables consisten, pues, en *favorecer el desarrollo de las bibliotecas y las formas de contactos personales* entre los investigadores chilenos y los del resto del mundo.

Una manera eficaz de elevar la cultura científica del país consiste en *mejorar la enseñanza de las ciencias en la educación media*. En primer lugar, es necesario que las ciencias formen parte de los programas de todas las formas de la enseñanza media. No es concebible hoy día una formación humanística desprovista de formación científica, así como tampoco se concibe la de un hombre culto que no tenga también una buena formación humanística. Toda separación prematura de los programas entre científicos y humanistas, nos parece por este motivo muy inconveniente. Esta es otra medida posible de realizar.

Para conseguir esto, es necesario *mejorar la formación científica de los profesores de la enseñanza media* y mantenerlos en contacto permanente con los progresos de las ciencias, una vez que han abandonado la Universidad. Ejemplo de acciones posibles en este sentido son las publicaciones que lleguen a los profesores, como los Fascículos que edita actualmente el Consejo de Rectores, a los cuales han contribuido y seguirán contribuyendo miembros de nuestra Academia, y la Revista de Educación Química que edita el Centro de Perfeccionamiento del Magisterio, y que cuenta también con la asesoría de miembros de nuestra Academia. Fortalecer y generalizar esta labor es también una medida práctica y eficaz.

No menos importante, con este objeto, es *dotar a los Liceos de bibliotecas* que tengan publicaciones científicas apropiadas, de *laboratorios* que permitan realizar experimentos y observaciones sencillas, así como de pequeños *museos de Historia Natural*.

Con el objeto de *favorecer los contactos entre los centros de investigación científica y los empresarios agrícolas, mineros e industriales*, debe estudiarse un sistema que permita el flujo fácil de la información científica y tecnológica desde las universidades y otros centros científicos a las empresas productoras.

Por último, es necesario *utilizar los centros de información masiva* —prensa, radio y televisión— para difundir los progresos de las ciencias y de la tecnología.

El Instituto de Chile se está preocupando muy especialmente en estos momentos de informar a los organismos responsables acerca de la manera de utilizar con este objeto la televisión, que es sin duda hoy el medio de comunicación masiva de mayor eficacia en este sentido.

No menos importante para difundir las ciencias y la tecnología en la población es el *desarrollo de los Museos de Historia Natural y de Tecnología*, perfeccionando los actuales y organizándolos de manera que presten el mayor servicio a la población. Es ésta otra acción factible de elevado rendimiento.

ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES,
POLITICAS Y MORALES

I. Parece indispensable subrayar, por una parte, la trascendencia del asunto que se plantea —se trata, en suma, del *desarrollo de la vida del país*: en este caso *vida y cultura* del país son términos que se recubren— y, por la otra, la vaguedad de los términos en que de ordinario se formula.

Desde luego, parece imposible bosquejar siquiera una respuesta sin aludir, elementalmente por lo menos, a los dos sentidos polares y recíprocos, que de ordinario connotan al término cultura:

- 1) el sentido individual o pedagógico que casi lo identifica con la idea de educación, y
- 2) el sentido sociológico-histórico-antropológico que se refiere a la totalidad de los productos creados por el hombre en su relación con la naturaleza, vale decir, el patrimonio material y espiritual que constituye la vida de un pueblo.

II. Ahora bien, cuando el vocablo tiende a emplearse en el primer sentido, no cabe duda alguna sobre las prioridades.

Si la educación es en un pueblo la función normal por medio de la cual se transmite la cultura desde las generaciones adultas hacia las incipientes, es obvio que ella constituye la condición *sine qua non* para que en verdad se la promueva y desarrolle.

1. Por lo tanto, procedería, antes que nada, vitalizar, modernizar y coordinar en todos sus niveles —elemental, medio y superior— el sistema de educación formal del país, de modo que cumpla con las funciones integradoras para las cuales la nación lo ha organizado.

Comprendemos que dicho sistema necesita que se analicen seriamente sus problemas técnicos específicos —concepto, materias: planes y programas, métodos, fines, etc.— lo cual no es, por cierto, asunto que pueda intentarse aquí.

2. Conviene recordar que toda escuela —elemental, media o superior— es al mismo tiempo dos cosas: por una parte, un centro oficial de *educación sistemática*, y, por la otra, en cuanto constituye un ambiente concreto, real y vital, un poderoso foco de *educación refleja*, que algunas veces coopera y otras rehusa colaborar con el anterior.

Se verificaría un significativo progreso cultural si alguien hiciera cumplir esta simple consigna de política pedagógica: “las escuelas deben transformarse en *verdaderos ambientes educacionales*, esto es, en auténticas atmósferas culturales que operen de modo indirecto sobre el pensamiento, la sensibilidad y la conducta de los alumnos que las están permanentemente respirando”: ésto incluye el edificio y mobiliario, los textos de estudios, la organización general de la vida de la escuela, etc.

3. Debería existir una política de *extensión cultural* en todos los niveles de la enseñanza —elemental, medio y superior. Hoy día se piensa que ella es tarea sólo de la Universidad. Pero cuando se inicia la llamada “educación fundamental” en la escuela primaria, lo que en rigor se está haciendo es extensión cultural a su nivel propio. De igual modo podría verificarse en los establecimientos de enseñanza media, que no debieran clausurarse, sino abrirse hacia la comunidad, en una extensión del tipo correspondiente.

III. En lo que se refiere al sentido *histórico-sociológico-antropológico* del vocablo cultura, anejo al de una *política de desarrollo*, conviene ponerse en guardia contra la tendencia a considerar sólo a algunos de sus sectores —fundamentalmente los literarios y artísticos— como si comprendieran la totalidad de la cultura o fuesen los únicos que en rigor debieran ser promovidos o desarrollados. Muy al contrario, es preciso recordar que en los países atrasados la creación científica y aun la invención técnica han sido lamentablemente desalentadas. La primera, por ejemplo, que es tarea vital de las universidades, tiende a burocratizarse y los investigadores son a menudo tratados como funcionarios administrativos. La América Latina —incluido nuestro país— exhiben un valioso patrimonio de artistas y escritores, pero, en lo que dice relación a la ciencia, nuestra situación es muy precaria. Nada más urgente hoy día, para una verdadera promoción de la ciencia, que reconocer el espíritu de libertad en los investigadores y el derecho a que sus producciones sean editadas oportunamente.

IV. En lo que se refiere a algunas proposiciones concretas, se insinúan las siguientes:

1. Preocuparse de la función cultural y educativa que es propia de los *medios de comunicación de masas*, fundamentalmente la televisión, la radio, y también ciertos aspectos de la prensa.
2. Reflexionar sobre la posibilidad de mejorar la formación de los locutores y su acción refleja sobre la corrupción del lenguaje.
3. Vitalizar y fortalecer la función educativa de los museos.
4. Promover la creación de editoriales que estén al servicio del trabajo intelectual de investigadores, artistas y escritores.
5. Trabajar para que en las Universidades se cree un ambiente adecuado a los investigadores, sobre todo a aquellos que laboran en proyectos de probada seriedad. En este orden de cosas, propiciar la idea de que se establezca la práctica, habitual en Universidades extranjeras, de una antigua institución: *el año sabático*.

6. Propiciar, con la colaboración de las diversas embajadas, editoriales, productores, etc., la organización de una *feria internacional de material de enseñanza* (una especie de FISA pedagógica).

ACADEMIA DE MEDICINA

I Parte:

Como requisitos esenciales para una política cultural, la Academia de Medicina estima indispensables las siguientes medidas:

1. Mejorar la calidad y preparación científica y humanística de los profesores de todo nivel, en especial los de enseñanza básica y, sobre todo, los destinados a educar párvulos y niños menores. Para ello, es necesario reconocerles dignidad y rentarlos debidamente.
2. Conferir jerarquía a la educación integral del niño, por ser fundamental para elevar el nivel de cultura de la población y crear el ambiente social favorable para el desarrollo de valores espirituales.
3. Aprovechar el tiempo libre de los niños y adolescentes con fines culturales y educativos y desarrollar en ellos el conocimiento y respeto por los valores artísticos y científicos.
4. Favorecer con medidas de protección económica y subvenciones, la accesibilidad a las fuentes de la cultura, especialmente, la adquisición de libros; con igual finalidad, liberar de todo impuesto a la importación de libros y revistas científicas, humanísticas y artísticas.
5. Crear amplias facilidades editoriales para la publicación de obras de autores nacionales y revistas científicas y culturales.
6. Facilitar la distribución de esas publicaciones a nivel nacional, mediante franquicias postales.

7. Aumentar el número y frecuencia de espectáculos teatrales y artísticos, exposiciones, conciertos y todo acto que contribuya al perfeccionamiento intelectual de las personas. Franquear la asistencia a ellos de los profesores de enseñanza básica, media y alumnos.

8. Establecer Centros Culturales, mediante la construcción de locales amplios para espectáculos, tanto en Santiago como en las Regiones. Dichos Centros deberán disponer, además, de bibliotecas y de salas para conciertos, exposiciones, conferencias y representaciones teatrales. Una red nacional de programas, de festivales artísticos, literarios, musicales y exposiciones podrá contribuir a su funcionamiento continuo, para lo cual deberá financiarse la extensión cultural a las provincias.

9. Mejorar la calidad de los programas, el lenguaje y los contenidos de los medios de comunicación social, en especial, de la radio y la televisión. En particular, la televisión debiera orientarse hacia programas de alta calidad cultural los que permitan mostrar en todas sus perspectivas, cómo es Chile, cómo son los chilenos, desde lo geográfico hasta lo artístico, científico, histórico y filosófico.

10. Incentivar y promover intercambios culturales y de personalidades, a nivel nacional e internacional.

11. Recomendar que los recursos artísticos, bibliográficos y científicos existentes en los establecimientos educacionales se empleen para desarrollar programas culturales a la población, llevados a cabo preferentemente por equipos multidisciplinarios de alumnos y profesores de los planteles.

12. Creación de un fondo especial para actividades culturales y publicaciones del Instituto de Chile, destinado a financiar los programas culturales aprobados por las Academias.

II parte:

En relación con la medicina y las disciplinas de la salud, la Academia de Medicina considera indispensables las siguientes medidas:

1. Elevar la calidad de la educación científica y humanística en la enseñanza media, sin descuidar los aspectos de formación de la personalidad y del carácter, en especial, la conducta, hábitos, disciplina mental, capacidad de raciocinio, de observación y de comprensión.

2. Mejorar los métodos de selección de los candidatos a alumnos universitarios a través de pruebas destinadas no sólo a evaluar conocimientos, sino el correcto empleo del idioma, ortografía y redacción, así como las aptitudes y atributos intelectuales.

3. Limitar con estrictez la matrícula de ingreso en las Escuelas de Medicina, de acuerdo con la capacidad docente de cada plantel, con el objeto de permitir la aplicación de métodos activos de enseñanza y aprendizaje, adecuándolos a los intereses y capacidades individuales de los educandos.

4. Adoptar medidas para el perfeccionamiento científico y humanístico de los profesores y sus colaboradores. Entre ellas se recomiendan:

4.1. Elevar la calidad de la educación médica con miras a recuperar y superar el nivel que alcanzó antes de la llamada "reforma universitaria". Para ello, es indispensable seleccionar al personal docente por su producción científica y su cultura humanística. Al respecto, debiera evitarse la apertura de nuevas Escuelas de Medicina, ya que importan cuantiosos desembolsos, además, de elementos humanos y materiales que garanticen una buena formación profesional, con los cuales hoy día no se cuenta.

4.2. Restablecer la carrera docente gradual a cargos académicos

superiores, sobre la base de concursos de oposición, trabajos, antecedentes científicos, obtención de grados universitarios de postgradua-
ción, publicaciones y calidad de su desempeño como profesor.

4.3. Aumentar las exigencias en conocimientos a los alumnos para su evaluación y promoción al curso superior y limitar las posibilidades de repetición.

4.4. Estimular el estudio en textos y revistas científicas, y no en apuntes.

5. Reforzar las bibliotecas universitarias de las Facultades, Institutos y Departamentos Universitarios y dotarlas de suscripciones a revistas científicas extranjeras en número suficiente y evitando duplicaciones innecesarias entre ellas. Además, dotarlos de equipos y materiales audiovisuales.

6. Incentivar y promover intercambios culturales de los profesionales con sus colegas de las Regiones de Chile y del exterior. Para ello:

6.1. Favorecer su concurrencia a Congresos Científicos subvencionándolos cuando son invitados a presentar trabajos científicos.

6.2. Crear abundantes becas de estudio a nivel nacional y del exterior, y

6.3. Aumentar los recursos para la realización de congresos, jornadas o reuniones científicas a nivel nacional.

7. En cada Facultad establecer consejos de extensión cultural, que asesoren a los Decanos en la organización y desarrollo de las actividades culturales y científicas extraprogramáticas de profesores, y alumnos.

8. Impartir enseñanza de Historia de la Medicina, Ética y Filosofía de la Medicina.

9. Establecer programas de divulgación de problemas de medicina y de salud, a través de los medios de comunicación y, en especial, de la televisión, por su repercusión en la población.
10. Crear o reforzar departamentos de producción de materiales audiovisuales con fines docentes, científicos y de extensión universitaria.
11. Fortalecer y crear museos de historia de la medicina, a nivel regional y nacional.

ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Educación por el arte. Dado que el hombre es un creador nato y la facultad creativa es esencial para su normal desarrollo, la formación y educación en el terreno artístico desde la más tierna edad darán por resultado personalidades ricas, vigorosas y equilibradas, aptas para captar en profundidad cualquiera otra disciplina. No se trata de hacer artistas de todos los alumnos, sino de desarrollar en ellos su personalidad y su capacidad de creación.

En los métodos pedagógicos contemporáneos existen, en todas las especialidades artísticas, sistemas largamente experimentados, destinados a desarrollar inteligentemente las aptitudes y la rica inventiva que desde la más temprana edad poseen los educandos.

La Academia estima altamente positivo continuar la publicación denominada "El Patrimonio Cultural Chileno - Colección de Arte Chileno" editada por el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación. Desearíamos, sí, que esta iniciativa fuese paralelamente complementada por medio de fonogramas que contribuyan al conocimiento auténtico tanto de la Música como del Teatro chilenos. Semejantes medios educacionales deben estar a disposición de los colegios tanto fiscales como particulares del país.

No deben olvidarse las verdaderas raíces que entroncan el mundo latinoamericano y, por lo tanto, el chileno, a la historia del pensamiento artístico occidental. Entre nosotros, en épocas recientes, diversas instituciones nacionales se ocuparon de fortificar este entron-

que. Tales fueron, entre otras, el Instituto de Extensión Musical, los Salones oficiales de Artes Plásticas, los Festivales y Concursos de Música Chilena, que otorgaban premios por obras realizadas. Además, son recomendables los premios por obras artísticas y representación teatral, así como los intercambios de exposiciones con el extranjero.

Finalmente, se recomienda que el Ministerio de Educación reserve espacios televisivos en el Canal Nacional, con el fin de otorgar un complemento adicional a todas las iniciativas culturales que el Instituto de Chile proponga.

Tal es, señor Ministro, el informe que a US. envía el Instituto de Chile, institución que, por expreso mandato de su ley orgánica, debe ocuparse con preferencia de todo lo relacionado con la cultura. El Instituto reitera ante el señor Ministro su decidido espíritu de cooperación a las trascendentales tareas que en la hora presente están en sus manos.

31 de agosto de 1979

ALEJANDRO GARRETON S.
Secretario General

AMADOR NEGhme R.
Presidente



DECLARACION SOBRE EL PROBLEMA EDUCACIONAL DE CHILE

El Consejo del Instituto de Chile, acogiendo la iniciativa del señor Ministro de Educación de venir al seno del Consejo a cambiar ideas sobre la política educacional en curso, se honra con su visita y desea expresarle el interés con que considera el proyecto de gran aliento en el campo de la educación nacional, cuya conducción el señor Presidente de la República ha querido asumir personalmente, y manifestarle la voluntad de este Consejo de colaborar en la alta misión encomendada al señor Ministro.

A fin de estimular y contribuir a ordenar el diálogo que habrá de desarrollarse personalmente entre el señor Ministro y sus miembros, el Consejo ha creído conveniente formular a continuación algunas proposiciones generales sobre tópicos que pudieran abordarse en él.

1. Uno de los aspectos más interesantes del planteamiento presidencial es que haya abordado el problema de la educación como un todo que debe tratarse sistemáticamente.

Pero esto exige una jerarquización de materias y una articulación de los pasos, de manera que el plan de educación sea más el diseño de una acción coordinada de largo alcance y profunda legitimidad, que la adopción de una serie de medidas capaces sólo de producir efectos inmediatos, muchas veces engañosos, que pueden agravar los problemas en vez de resolverlos.

2. Un proyecto fundamental de educación nacional debe construirse simultáneamente sobre tres dimensiones históricas: en primer lugar, sobre una perspectiva hacia el futuro de formación de numerosas generaciones dentro de una cultura que hayan hecho propia porque han contribuido a crearla y se reconocen en ella.

En segundo lugar, sobre el pasado de una tradición intelectual y de cultura de mucha dignidad, que es la de Chile.

Y, en tercer lugar, sobre una tradición universal de cultura, educación, ciencias y artes en la que deben reconocerse tanto principios de vitalidad inagotable, cuanto situaciones críticas.

3. Es comúnmente admitido que la crisis cualitativa más grave y visible se ha producido en la enseñanza media, de tal manera que la repercusión de esta crisis es quizá el problema principal y la causa de los que afectan a la Universidad.

En efecto, una educación media que no proporciona una sólida formación y que por este motivo no capacita efectivamente para la Universidad, ha venido entregando a ella, sin alternativas, cantidades crecientes de estudiantes que han terminado por deformar sus estructuras y desvirtuar sus funciones. Para acogerles, la Universidad ha debido ensancharse más allá de sus límites propios, multiplicarse en el espacio geográfico y dar carácter universitario a profesiones y técnicas carentes de él. Por otra parte, ha debido consagrar cada vez más tiempo y mayores recursos a una labor formativa subsidiaria, que la enseñanza media no cumplió y sin la cual la educación universitaria no se logra.

Una revisión de los planes de estudios universitarios para formación del profesorado, así como de los textos de enseñanza y de los planes y programas de la enseñanza media, con arreglo a algunas ideas esenciales claramente establecidas, que correspondan a una conciencia viva y actual del estado del saber y la cultura, contribuirían a elevar y robustecer el nivel medio de la cultura nacional. Así quedarían abiertas y bien fundadas otras posibilidades de desarrollo personal. La Universidad, entonces, se descongestionaría y sus tareas específicas dispondrían de cimientos más firmes.

4. Las Universidades no debieran olvidar la tradición de la Institución que inició Bello y que hizo de la Universidad, ante todo, un centro superior de investigación y cultivo en todos los campos del saber y primordialmente en el de las Humanidades, las Ciencias y las Artes, constituyéndose, así, en un poderoso foco de cultura nacional.

Sólo entonces las Universidades estarán en condiciones de diversificarse en carreras profesionales que sean requeridas por el interés regional o nacional de la sociedad.

5. La estructura de las Universidades podría simplificarse y ajustarse mejor a sus líneas esenciales tanto en su distribución geográfica, cuanto en su ordenamiento académico. Ellas no debieran existir sino donde puedan crecer con vida propia y plenitud esencial; donde estén dadas las condiciones para que se reúnan, a la vez, las estructuras académicas y de investigación que definen a una Universidad como tal, y los órganos que le permiten atender en su medida justa las necesidades nacionales.

6. La Universidad ha de ser una Corporación de actividad intelectual superior en la que profesores y estudiantes buscan la verdad, la creación, conservación y transmisión del conocimiento y el cultivo de las artes, las humanidades, la filosofía, las ciencias, en un marco de excelencia y en un ámbito propicio para la reflexión, la investigación y el saber. Su principio fundamental es la autonomía universitaria.

La autonomía universitaria es el derecho a tomar decisiones en todo lo que concierne a su vida propia, organización, estructura y administración. No puede mirársele como un fuero territorial ni como un derecho de asilo. Pero debe, también, estar respaldada por un régimen económico que garantice su libre funcionamiento y desarrollo.

La autoridad de los profesores en la Universidad radica en la capacidad académica, el saber, la honestidad y demás valores de su personalidad moral e intelectual, los cuales han de ser calificados por sus pares mediante procesos de evaluación Académica que garanticen la objetividad y la justicia. Son estos valores los que han de servir de modelo en la determinación y generación de todo tipo de autoridad universitaria.

7. Como la educación es una función preferente del Estado, debe estar al servicio de los valores permanentes de la nación. Al Gobierno le corresponde administrar el Sistema Educativo.

8. Sin negar la importancia de la enseñanza básica o primaria, la educación media para todos es una de las metas del siglo xx. En buena medida debido a la complejidad del proceso de producción industrial y de la cantidad de información que necesita manejar todo ciudadano de hoy.

9. La educación fiscal media será gratuita y solamente deberá ser pagada por quienes puedan hacerlo. Es obligación del Gobierno proveer los recursos que permitan satisfacer esta aspiración.

10. Por la importancia para el progreso industrial y tecnológico del país, el Estado deberá fomentar y en ningún caso renunciar a impartir enseñanza técnico-profesional. En una sana democracia, el Estado contribuye a promover, dignificar y humanizar las profesiones técnicas. Así se logrará destruir los viejos prejuicios contrarios a estos estudios y, además, disminuir la presión de los egresados de la enseñanza media para ingresar a la Universidad.

10 de abril de 1979

ALEJANDRO GARRETON S.
Secretario General

AMADOR NEGhme R.
Presidente

DECLARACION DEL CONSEJO DEL INSTITUTO DE CHILE SOBRE LA TELEVISION NACIONAL

1. Corresponde al Instituto de Chile, en virtud de la Ley que lo creó, ocuparse de promover la cultura nacional en todos sus aspectos. La Televisión, como lenguaje de esta época y como influyente medio de comunicación social, ocupa un lugar preponderante entre las actividades que tienen poderosa influencia sobre la conservación y modificación de la cultura, tanto en sentido positivo como negativo. Por esta razón, el Consejo del Instituto de Chile ha considerado su obligación ocuparse de las normas generales que debiera tener en cuenta nuestra Televisión para contribuir a conservar y elevar la cultura nacional, así como para evitar los eventuales efectos negativos sobre ella.

La importancia de la influencia cultural que ejerce la Televisión ha sido reconocida en Chile por los Poderes Públicos al entregar, justificadamente, la exclusividad de su manejo primero a las Universidades y, luego, al agregar un canal nacional ubicado en el ámbito de las funciones educacionales del Estado. Conviene tener presente que esta influencia no se ejerce a través de las llamadas "frangas culturales", sino que en todos los programas, sean éstos de información, entretención, deportes, formación y aún avisos comerciales.

2. El Consejo del Instituto considera que para cautelar el correcto papel que le cabe a la Televisión en nuestra sociedad, deben guardarse, al menos, los siguientes principios:

a) Exaltar la dignidad de la persona humana y sus valores espirituales, morales y cívicos, así como la paz y la justicia. Consecuentemente, evitar todo estímulo al odio, a la violencia, al crimen y al vicio.

b) Difundir y enseñar a apreciar las expresiones más elevadas de la cultura universal, y en especial de Chile, en las ciencias, las artes y las letras.

c) Cuidar de la corrección y pureza del idioma castellano y evitar el uso de extranjerismos, barbarismos y expresiones groseras o de mal gusto.

d) Difundir y enseñar a apreciar la Historia de Chile, su relación con la geografía y en el contexto de la historia latinoamericana y universal, así como las obras de creación intelectual y artística de autores y compositores chilenos calificados.

e) Estimular el sentido de observación de los fenómenos naturales, su análisis y juicio acerca de ellos, con el objeto de promover el amor a la naturaleza y a su conservación.

3. El Consejo del Instituto considera que es posible, para estos fines, dar mejor utilización a los profesionales chilenos calificados del arte, la ciencia y el quehacer cultural en general.

4. No parece menos importante que el conjunto de los canales de televisión se preocupe de que en la programación horaria el televidente tenga alternativas de elección de temas diversos.

5. El Consejo del Instituto estima que las ideas aquí expuestas traducen un consenso nacional, y que es conveniente que sean tomadas en cuenta por quienes tienen la responsabilidad de la programación, así como en eventuales modificaciones a la legislación vigente, lo que redundará en hacer de la Televisión chilena un factor positivo y de cada vez mayor calidad dentro de la cultura nacional.

Dr. ALEJANDRO GARRETON S.
Secretario General

Dr. AMADOR NEGhme R.
Presidente

INFORME DE LA COMISION DESIGNADA POR EL CONSEJO DEL INSTITUTO DE CHILE PARA ESTUDIAR EL PAPEL DE LA TELEVISION EN LA PROMOCION DE LA CULTURA NACIONAL

INTRODUCCION

Para ubicar apropiadamente el estudio de la influencia de los medios de comunicación masiva en la conservación y los cambios de la cultura de un país, es necesario considerar brevemente los mecanismos por los cuales la cultura de una población se conserva y se altera.

Los rasgos culturales se transmiten de generación en generación mediante lo que se ha denominado "herencia cultural", comparable, en cierto modo, a la transmisión de los caracteres orgánicos mediante la herencia genética.

Esta forma de transmisión de la cultura se realiza no solamente por la educación sistemática en el hogar y en la escuela, sino que además por la tendencia innata del ser humano a imitar lo que observa. Durante la niñez, el campo de observación más elemental está constituido por el hogar y el barrio; pero se enchancha considerablemente en la escuela así como por la lectura de libros y periódicos y, más aún, al escuchar la radio y ver las imágenes de televisión. En general, los medios de comunicación masiva pueden deformar la realidad, no siempre en la esencia de lo que muestran, pero en todo caso haciendo aparecer como habituales hechos y situaciones que son de escasa frecuencia y por consiguiente anormales, que se presentan al observador como constituyente de la normalidad. La prensa distingue claramente lo que "hace noticia" de lo que no la hace; la imaginación del novelista y del autor teatral teje situaciones anormales con elementos

de la vida corriente; el cine heredó esta concepción del teatro, y la radio y la televisión han asimilado los enfoques de éste y de la prensa. De esta manera, en conjunto, los medios de comunicación masiva ofrecen al individuo una apariencia de la realidad, diferente de la realidad misma.

Resulta así que se ofrecen como paradigmas a la tendencia innata a imitar, valores, conceptos, actitudes y situaciones que, siendo en realidad excepcionales, por la frecuencia con que se presentan ante la mente aparecen como normales.

Se comprende que por este motivo, el número de horas del día en que un individuo recibe influencias de esta clase tiene gran importancia, y como generalmente se observa lo que se ve y no siempre se escucha lo que se oye, resulta que la influencia de la televisión es, en este sentido, superior a la de la radio.

Estas consideraciones, que pueden parecer demasiado obvias explican por qué el Instituto de Chile que se ocupa de la conservación y la elevación de la cultura nacional, no puede menospreciar la oportunidad de conseguir que los medios de comunicación masiva, y muy en especial la televisión, desempeñen una tarea de agentes verdaderamente útiles para estos fines.

El presente informe ha sido elaborado por la Comisión que el Consejo del Instituto de Chile designó para estudiar la manera de conseguir que nuestra televisión cumpla con una labor positiva en la promoción de la cultura, así como las medidas aconsejables para evitar los efectos negativos que en este sentido puede ocasionar.

En primer lugar, se discutirán situaciones y posibilidades de carácter general, y después se analizarán acciones particulares posibles, mencionando sus objetivos, y los defectos que es necesario corregir.

ESPIRITU QUE DEBE ANIMARLA

Es bien sabido que la posibilidad de establecer en Chile la televisión se planteó durante la presidencia de don Jorge Alessandri, quien fue muy reticente para otorgarle una autorización sin restricciones, porque ya se tenía experiencia en otros países acerca de los efectos

negativos que podría producir un medio de comunicación de esta importancia, cuando no se colocaba al servicio de elevados objetivos de carácter cultural.

En ese entonces, la Ley de Servicios Eléctricos exigía como condición para establecer canales de televisión, que la Dirección General respectiva concediera la autorización necesaria. Por instrucciones directas del Presidente de la República esa Dirección autorizó solamente a tres universidades para establecer canales de televisión. No hay duda, de que el objetivo de esta limitación era conseguir que una actividad tan importante estuviera manejada con un elevado sentido cultural, del cual serían garantes las universidades.

Posteriormente, durante la presidencia de don Eduardo Frei se creó la Televisión Nacional y se dictó la Ley de Televisión que actualmente rige. En esta ley se reafirmó este espíritu, que aparece claramente establecido en el Art. 1º, en especial en su inciso 1º cuyo texto es el siguiente:

“La televisión como medio de difusión ha de servir para comunicar e integrar al país, difundir el conocimiento de los problemas nacionales básicos y procurar la participación de todos los chilenos en las grandes iniciativas encaminadas a resolverlos; afirmar los valores nacionales, los valores culturales y morales, la dignidad y el respeto a los derechos de la persona y de la familia; fomentar la educación y el desarrollo de la cultura en todas sus formas; informar objetivamente sobre el acontecer nacional e internacional y entretener sanamente, velando por la formación espiritual e intelectual de la niñez y la juventud”.

Incidentalmente conviene mencionar que la comisión mixta formada por el Consejo Nacional de Televisión y el Instituto de Chile, acordó por unanimidad solicitar de este Consejo que estableciera como norma obligatoria para todos los canales que al menos una vez al día transmitieran el texto del inciso 1º de la Ley, para que el público estuviera informado de cuál fue el sentido que el legislador quiso darle a esta actividad nacional. La Ley N° 17.377 dio estructura legal al Canal Nacional de Televisión y sólo dejó como canales posibles los de

las tres universidades que ya funcionaban, a los cuales dio una estructura legal de corporaciones directamente dependientes de las respectivas universidades.

La ley creó además el Consejo Nacional de Televisión, del cual forman parte los Rectores de esas universidades, quienes en su ausencia son subrogados por el académico que designen, e introdujo también a dos representantes de la Corte Suprema, como una garantía del fiel cumplimiento de la ley y como exponente de la alta cultura jurídica del país.

El espíritu que debe animar a los canales de televisión, según el legislador, es del todo coincidente con el que el Instituto de Chile considera que debe presidir toda su actividad. Sin duda, no sólo es loable, sino que nos parece indispensable, que los nexos entre las universidades y sus canales sean tan estrechos que toda su programación revele que está inspirada por una cultura superior.

En la práctica, sin embargo, la cultura universitaria no ha tenido la necesaria influencia en la orientación de la actividad de sus canales, como puede apreciarlo quienquiera los sintonice, lo que en los últimos tiempos han señalado reiteradamente personas con autoridad y conocimiento del asunto.

Sería de desear que los Rectores de las Universidades que tienen canales de televisión, demostraran la importancia que le confieren a esta actividad como una forma de alta eficacia para difundir la cultura, asumiendo personalmente sus cargos en el Consejo Nacional de Televisión. Por muy distinguidos que sean los subrogantes que los rectores elijan, siempre la opinión pública tiene la impresión que se considera como de menor importancia aquello para lo cual se deja un subrogante.

CRITERIOS DE CENSURA

Con el objeto de que los espectáculos de carácter cinematográfico no ejerzan efectos negativos sobre la cultura del país, hace más de 50 años se estableció la censura respectiva. La ley de televisión prohíbe que los canales transmitan películas rechazadas por el Consejo de Censura Cinematográfica; con la excepción de aquellas preparadas exclusiva-

mente para ser difundidas mediante la televisión. Para este último tipo de películas, la ley exige que cada canal establezca un Consejo Asesor de Programación, formado por un psicólogo, un profesor de Estado, un sociólogo, un abogado y un médico. Este Consejo deberá revisar los programas de telecine, los cuales no podrán difundirse sin esta aprobación, como la ley establece expresamente.

Cuando el Instituto de Chile presentó al Supremo Gobierno su primera comunicación acerca de la Televisión ninguno de los canales había cumplido con esta disposición de la ley, pretextando la imposibilidad económica para hacerlo. Esta justificación no parece valedera si se considera que el servicio de los capitales que se invierten en montar las instalaciones para salir al aire y los gastos inherentes a esta actividad, superan con gran exceso lo que sería necesario invertir para cumplir con esta disposición de la ley. Sabemos que en la actualidad algunos canales, pero no todos, han establecido organismos asesores; pero no estamos seguros que cumplan con la obligación total que le impone la ley.

Incidentalmente otra de las proposiciones que la comisión mixta del Instituto de Chile y del Consejo Nacional de Televisión ha hecho a este último, es precisamente que vele por el estricto cumplimiento de esta disposición legal.

Como una manera de obtener que el espíritu de las Universidades anime la censura de las transmisiones de televisión, sería de desear que los miembros de estos Consejos Asesores de Programación sean académicos de las respectivas universidades, elegidos por la autoridad universitaria entre los más aptos para el cargo.

La censura debiera negar su autorización a telecines que estén reñidos con la verdad histórica, que no guarden el debido respeto a las instituciones nacionales o a la familia, que muestren reiterados actos de violencia, que estimulen vicios o conductas anormales, que rebajen la dignidad de la persona o que sean de carácter grosero, chabacano o truculento.

En este sentido, no deberían limitarse a suprimir escenas, sino que analizar el contexto de los temas, diálogos y aun la caracterización de los personajes (como por ejemplo la identificación de los "villanos"

con determinados pueblos o razas) y la exaltación, intencionada o no, de cualidades negativas del ser humano.

El ideal sería que este Consejo Asesor interviniera no solamente en el telecine sino en todos los programas, incluyendo números vivos, porque es evidente que ellos suelen contener los mismos defectos que el telecine.

IDIOMA

Uno de los elementos fundamentales de la cultura de un país es el correcto uso del idioma vernáculo.

El televidente supone que los locutores y los periodistas que conducen entrevistas, son personas preparadas para usar un lenguaje correcto, y, por consiguiente, tiene por correcto lo que a ellos les oye. Por este motivo, debe haber especial preocupación y esmero en el lenguaje de locutores y periodistas, no solamente en el empleo de la palabra apropiada, evitando barbarismos, sino que también en la exacta pronunciación y acentuación de cada palabra. Es común observar el empleo de expresiones incorrectas, barbarismos, localismos y aún vulgarismos, así como en los últimos tiempos, hacer esdrújulas o sobreesdrújulas algunas palabras graves o agudas, con la intención aparente de poner énfasis en ellas.

No menos importante es la correcta pronunciación de las palabras y los nombres propios extranjeros, que necesariamente deben a veces emplearse.

FRANJA CULTURAL

Con el objeto de introducir algunas audiciones destinadas a difundir temas de carácter cultural, el Consejo Nacional de Televisión ha obligado a los canales a destinar ciertos períodos a lo que se ha denominado "franja cultural", que no es una franja y generalmente tampoco es cultural. El televidente está acostumbrado a ver cómo se disfrazan de "culturales" programas netamente comerciales o de entretenimiento.

Es evidente que un elevado nivel cultural debe prevalecer en todos los programas de televisión, y no solamente en algunos determinados.

Sin embargo para evitar que se produzca un desequilibrio entre los distintos aspectos de la cultura que se promueven, pensamos que sería conveniente reemplazar el período actual por programas diarios (por ejemplo de media hora) en cada canal en horas de buena audiencia, que actualmente se dedican a proyectar películas de dudoso valor. Con este objeto nos permitimos proponer que cada día haya una audición de alguno de los siguientes temas: 1. Historia de Chile; 2. Paisaje, Flora y Fauna Nacional; 3. Artes, que incluye Artes Plásticas, Arquitectura, Música, Ballet y Teatro; 4. Ciencias y Tecnología; 5. Salud, y 6. Folklore y Artesanía.

Más adelante nos referiremos en especial a las características que según nuestra opinión deberían tener estas audiciones sobre historia, artes, ciencias y salud, que presentadas en forma apropiada, pueden resultar atractivas para toda clase de público.

RESPECTO DE LA PERSONA

Aún cuando pudiera parecer innecesario llamar la atención acerca de que en todo programa debe haber un total respeto a las personas que se invitan para participar en entrevistas, concursos, etc., la observación de todos los días muestra que a menudo, con el deseo de dar más vida a un programa, se falta a esta norma. En efecto, no es raro observar periodistas o animadores que entrevistan ante la pantalla a personas que han sufrido una desgracia, sin respetar sus sentimientos más íntimos y ni siquiera manifestar comprensión a su dolor. Asimismo no es raro ver cómo se pone deliberadamente en ridículo ante todo el público a personas invitadas a determinados concursos.

Por supuesto que el respeto de esta norma vale también para el prestigio y el buen nombre de personas ausentes.

PROPAGANDA COMERCIAL

La ley sobre televisión limita a 6 minutos por hora el tiempo destina-

do a propaganda comercial, el que sólo podrá agruparse hasta 12 minutos cada dos horas. La interpretación racional de esta disposición es que de los 60 minutos que dura un programa o un conjunto de programas no podrá dedicarse más de 6 a propaganda comercial y que puede acumularse el tiempo de dos horas sucesivas. En la práctica, los canales concentran los avisos en las horas de máxima audiencia, considerando, para fijar el tiempo, horas de menor sintonía, durante las cuales ocupan menos tiempo en avisos, o no ocupan ninguno. De este modo en las horas de más público la propaganda suele exceder realmente de diez minutos por hora.

El mínimum de respeto para el televidente exige no interrumpir el hilo del desarrollo de un acontecimiento. Para evitar esta situación, en algunos países se han establecido momentos definidos del día en que se transmiten avisos; como por ejemplo, 5 minutos comenzando a las horas en punto. De esta manera, cada persona sabe cuando viene la propaganda y si tiene interés la ve. Al público le interesan los avisos cuando están presentados de una manera agradable y cuando proporcionan informaciones útiles para sus negocios o para la vida diaria. En las condiciones actuales el televidente tiene la impresión de que los comerciantes quieren captar su atención aun en contra de su voluntad.

De más está decir que no sólo debe limitarse el tiempo de la propaganda comercial, sino que ella debería someterse a las normas de corrección de nuestro idioma y a las que se han señalado en el párrafo sobre censura.

ENCUESTAS SOBRE SINTONIA

Como es natural, entre los diversos canales existe gran competencia por conseguir la mayor sintonía, muy especialmente con el objeto de obtener el mejor precio de la propaganda comercial, que está condicionada principalmente por el número de personas que la reciben.

La medida de la audiencia de los distintos programas se realiza por sistemas denominados de "rating" que utilizan procedimientos de encuestas a muestras de población. Los estudios realizados en diversas partes del mundo, especialmente en los Estados Unidos, acerca de la

eficacia de los distintos métodos, han mostrado que los resultados no son siempre coincidentes, por lo cual se busca permanentemente sistemas cada vez más perfectos. Así por ejemplo, se ha utilizado el método de instalar registradores en un número de televisores privados, elegidos mediante la técnica estadística de toma de muestras bien estratificadas y libres de falacias inconscientes. Este sistema da cuenta de las horas en que cada televisor sintoniza cada canal, pero por supuesto no del número de personas que ven el respectivo programa.

Según nuestras informaciones, el método que se utiliza entre nosotros es semejante a las encuestas de opinión pública, en las cuales se establece una muestra de encuestados a quienes se consulta acerca de los programas que han sintonizado. Es bien sabido que este método se presta a errores muy importantes, a causa de la dificultad para conseguir encuestadores suficientemente objetivos y libres de prejuicios, así como de la necesidad de recurrir a la memoria del encuestado, que siempre es frágil en detalles. Debe considerarse también la posibilidad, que no es remota, de falacias interesadas de parte de encuestadores o de encuestados.

El ideal es que el Consejo Nacional de Televisión organice un sistema, lo más perfecto posible, para evaluar la audiencia, no solamente el número de aparatos que sintonizan un programa, sino además las características culturales y socioeconómicas de quienes lo observan.

Es evidente que es esencial la perfección del método para realizar esta evaluación, pues es la única manera de adaptar en forma adecuada las características de los programas a la real acogida que ellos tienen en el público al cual van destinadas. De modo que se justifica cualquier esfuerzo para conseguir una evaluación objetiva y libre de toda clase de falacias.

La sola consideración del número de aparatos de televisión que sintonizan cada programa, sin las características de la audiencia tiene el peligro de elegir los programas más vulgares, tanto en la forma de presentación como en su contenido, lo cual conduce a rebajar nuestro nivel cultural y está gravemente reñido con el espíritu que debe inspirar la acción de la televisión nacional y universitaria.

En la tarea de reafirmar los valores nacionales, la Historia adquiere una importancia singular. Nada puede vincular mejor a un pueblo con su esencia misma, que el conocimiento de los logros que en el camino de su progreso alcanzaron las generaciones precedentes, y la conciencia de las luchas, de los errores, de los avances y retrocesos que jalonaron el desenvolvimiento de la nacionalidad.

En el empeño de llevar el conocimiento de la historia patria a todos los sectores, la pantalla de televisión ha venido a servir de vehículo irremplazable. La magia técnica que pone la escena al alcance de todos, es capaz de hacer vivir en comunión a las generaciones. Creemos que pocos chilenos dejaron de vibrar emocionalmente al impacto de las visiones de la vieja reliquia de madera que yace en el fondo de la bahía de Iquique. La experiencia que unió las condiciones de una proeza técnica y humana con circunstancias de autenticidad indubitables, avasalló a los chilenos, nos hizo sentirnos más dueños de lo nuestro, nos ligó más sólidamente al pasado y nos inyectó alientos nuevos.

Naturalmente, no es posible esperar una periodicidad de eventos como el de la filmación de la "Esmeralda" en su lecho marino, como tampoco que otros sucesos televisivos posean una fuerza tan arrolladora. Pero creemos que esa experiencia fue una lección práctica que enseñó la validez de este medio de comunicación para cumplir los objetivos perseguidos.

Analizando la realidad de ese programa y su éxito innegable, creemos que éste se logró, en especial, porque fue auténtico e incuestionable. La pantalla del televisor exige esa autenticidad, o su reproducción más exacta, y por eso es que no valdría una escena marinera en una laguna o la representación de una carga de caballería de la batalla de Maipú con soldados armados de carabinas.

Está bien que los canales de televisión, como lo han hecho últimamente, procuren mostrarnos programas con base histórica, pero ellos deben ser correctos. La corrección histórica del hecho y del ambiente que se trata de reproducir no puede quedar entregada a las fantasías de

un director de escena o al buen saber o entender de asesores no siempre idóneos.

Así como para circular entre los educandos un texto sobre geografía, se requiere el conforme del Instituto Geográfico Militar, la Superintendencia de Educación no autoriza que se recomiende a los alumnos la lectura de obra alguna sobre historia patria que no haya sido informada debidamente por la Academia Chilena de la Historia.

El propósito es obvio e inobjetable, y estimamos que esta misma línea de acción debería seguir el Consejo Nacional de Televisión, exigiendo la aprobación de esa Academia a todo programa de orden histórico, con mucha mayor razón que la que la ley impone a la Superintendencia de Educación.

ARTES

La televisión es un medio especialmente apropiado para difundir las artes plásticas y la arquitectura. En efecto, es fácil enseñar al público a comprender las artes plásticas, si al mismo tiempo que la pantalla muestra cuadros o esculturas de artistas chilenos o extranjeros, contemporáneos o antiguos, se explica la forma cómo se deben observar estas obras y facilitar así la comprensión del lenguaje plástico. Las creaciones de paisajistas nacionales pueden mostrarse en comparación con el paisaje chileno tomado directamente con la cámara, lo que permite enseñar a comprender las diferencias entre la realidad y la visión dramatizada por el artista.

Las universidades cuentan con personal docente debidamente capacitado para ilustrar esta clase de exhibiciones. Programas nacionales de esta naturaleza permitirían reforzar la labor que realiza en este sentido el Ministerio de Educación mediante las denominadas giras itinerantes de la pintura chilena.

El medio geográfico ejerce gran influencia sobre los seres humanos y por consiguiente afecta su cultura, y de ella muy especialmente las expresiones del arte. Por esta razón es recomendable que los programas de televisión de naturaleza artística estén vinculados con la realidad geográfica. Así se puede conseguir además llevar en una

forma atrayente el conocimiento geográfico de nuestro país y del mundo a toda clase de público.

Nuestra arquitectura está muy relacionada con la historia nacional y con la geografía. Resulta fácil mostrar la arquitectura tradicional de adobe de la región central, así como las construcciones de madera en el Sur y la arquitectura característica del altiplano en el Norte. De esta manera, muchas joyas arquitectónicas de nuestro país y del mundo, pueden ponerse al alcance de los televidentes, relacionándolas con el momento histórico, geográfico y cultural en que fueron construidas.

La transmisión de la música es un problema especial. En efecto, para la transmisión correcta de conciertos sinfónicos se requieren instalaciones técnicas especiales que incluyan luz fría (el calor de focos altera la afinación), y las cámaras ubicadas en forma permanente en sitios estratégicos para evitar sus movimientos durante la ejecución. Por otra parte, los conciertos sinfónicos no son espectáculos que se presten para ser enfocados por las cámaras de televisión. En cambio, estas dificultades no son insuperables en el caso de la denominada música de cámara, que por eso es más apropiada para estos programas.

Otros espectáculos musicales, como la ópera, el ballet y la comedia musical, son muy aptas para ser transmitidos por televisión. En la actualidad se producen en el extranjero obras musicales especialmente preparadas para ser transmitidas por televisión.

Las expresiones de la artesanía popular, que es especialmente rica en cerámica y tejidos, son susceptibles de ser mostradas por expertos que enseñen la manera de apreciarla y ubicarla en la cultura que las origina.

La música folklórica, que al parecer es más apreciada por el público en general, se puede presentar muy bien no sólo como entretención, sino que también mostrando su significado cultural.

CIENCIA Y TECNOLOGIA

Se reconoce universalmente que para elevar la cultura científica de la población no bastan los diversos niveles de la educación, por muy perfectos y extensos que sean; sino que es necesario además conservar-la y elevarla mediante sistemas de información masiva. Por este

motivo, en todas las grandes ciudades existen museos de Historia Natural, de Ciencias y de Tecnología, así como Planetarios y Jardines Botánicos y Zoológicos.

Con la introducción de la televisión ha aparecido un medio de información masiva que se presta para el mismo fin.

Es necesario tener presente que la elevación de la cultura científica de un pueblo es de la mayor importancia, tanto en los países desarrollados como en los que tienden a elevar su desarrollo, y muy especialmente en la era tecnológica en que vivimos.

El público está en general muy interesado y abierto para recibir información acerca de los progresos científicos y tecnológicos, siempre que se presenten en forma fácil de comprender, sin dejar por eso de ser fidedignos.

Una prueba más de esta afirmación es que la prensa diaria ha empezado a presentar información en este sentido, y que diversas publicaciones sobre flora, fauna, geografía, ciencias en general y tecnología tienen éxitos editoriales cada vez mayores.

La Academia de Ciencias del Instituto de Chile, que tiene por obligación velar por la promoción de las ciencias en el país, no puede dejar de considerar con especial atención la labor que en este sentido puede y debe realizar nuestra televisión. Conviene pues analizar cuáles deben ser los objetivos de una labor de este tipo, cuáles los caminos posibles y cuáles son los errores que deben evitarse para no obtener efectos contraproducentes.

El objetivo principal de una tarea de esta naturaleza debe ser mostrar la ciencia como una de las manifestaciones más elevadas de la cultura humana. Informar que ella se ocupa de conseguir un conocimiento racional del mundo que nos rodea, y que una consecuencia natural de este conocimiento es la posibilidad de utilizar en beneficio del hombre todas las fuerzas de la naturaleza; es decir que ella constituye la base de la tecnología.

Por otra parte, debe mostrarse de algún modo el método científico, que consiste en la observación sistemática, objetiva y libre de todo prejuicio de los fenómenos naturales y que a esta observación sigue la formulación de hipótesis para explicar la relación de causa a efecto de los fenómenos observados. Debe ponerse énfasis en mostrar que estas

hipótesis no son verdades, sino después que han sido confirmadas por nuevas observaciones o bien cuando es posible, mediante experimentos. Una información acerca de un problema científico que no muestra el método que se ha seguido para conseguir un conocimiento, es trunca y carece de todo valor formativo.

Estas normas generales deben aplicarse en todas las ramas de las ciencias naturales y de la tecnología. El caso de la Matemática es particular, pues sus métodos no se prestan tanto como los de las Ciencias Naturales para ser presentadas en la forma objetiva que requiere la televisión.

La aplicación de estas normas a los programas de televisión debe ser realizada por la labor conjunta de un experto en televisión y un científico especialmente preparado que conozca muy bien el tema y que sepa adaptarlo a las exigencias de un programa.

Sería largo de enumerar todas las posibilidades que hay en este sentido y dar una lista de los programas de este tipo que han sido bien preparados y se encuentran disponibles. Conviene sí señalar que los miembros de la Academia de Ciencias pueden prestar la necesaria colaboración para elegir los temas y los científicos chilenos que podrían colaborar en ellas.

Tal vez los más graves errores que suele contener la publicidad de hechos científicos consiste en deformar la realidad, en dar por verdaderas hipótesis no demostradas, y en considerar "científicas" afirmaciones carentes de todo respaldo.

Otro error muy difundido es el de confundir la erudición con el conocimiento, lo que lleva a mostrar falsamente que el objetivo de la formación de un hombre de ciencia consiste en dotarlo de una memoria capaz de recordar hechos carentes de toda importancia. Ningún científico se confía en su memoria cuando requiere una información fidedigna, sino que sabe recurrir a las fuentes escritas que merecen confianza. Gran parte de los "concursos" que se muestran como culturales en la televisión, adolecen de ese error, que da una falsa idea de lo que es la ciencia y de la formación que debe tener un científico.

Cuando un lego entra a un laboratorio de investigación, lo primero que le preocupa son los instrumentos, que le parecen muy extraños y

que para él son una especie de misterioso juguete para adultos iniciados. Mucha de esta impresión se traduce en la forma en que comúnmente los medios de publicidad presentan un sitio de investigación. Mientras más grande es el instrumento y mayor la cantidad de esferas con agujas que se mueven y luces que se encienden y se apagan, parece que fuera más importante la investigación que con él se realiza. Comúnmente no se explica qué es lo que indica cada aguja que se mueve ni cada luz que se enciende y, por supuesto, tampoco se informa acerca de lo que realmente se observa o se registra mediante estos dispositivos. Pero aparecen como muy decorativos e impresionantes. Pero impresionan para mal, porque dan una falsa imagen de lo que es la ciencia y la investigación científica.

Otro error consiste en mostrar confundidas la ciencia y la ciencia ficción. No parece necesario extenderse en la necesidad demostrar claramente las diferencias entre una y otra especialmente en los programas dedicados a los niños.

SALUD

Los programas de divulgación en materia de salud deben tener como objetivo fundamental dar a conocer la forma de preservar y fomentar la salud tanto física como mental. Con este fin conviene que se difundan todos los conocimientos, prácticas y hábitos que sirven para prevenir las enfermedades, promover el saneamiento del ambiente, evitar los accidentes y contribuir a la rehabilitación física, psíquica y social de los enfermos.

Dentro de estas líneas generales debe darse especial importancia a los métodos de prevención de las enfermedades de la infancia; a los requerimientos básicos del desarrollo del niño, tanto del punto de vista físico como psicológico; a mostrar la necesidad de la vigilancia médica del curso del embarazo y la atención del parto; a informar acerca de las normas de vida que es necesario seguir para evitar las enfermedades de la edad adulta y de la ancianidad; a mostrar la necesidad de utilizar siempre los medicamentos bajo vigilancia profesional, a causa de los peligros que significa la automedicación, costumbre muy difundida en nuestra cultura, y a informar acerca de

las ventajas del diagnóstico precoz y oportuno del cáncer y otras enfermedades crónicas.

Una eficaz labor para la salud mental de la población puede obtenerse difundiendo la forma correcta de manejar las relaciones interhumanas, en especial entre padres e hijos. Para estos fines es posible utilizar material audiovisual que está disponible en el país y en el extranjero. La selección y la elaboración de esta clase de programas debiera contar siempre con una adecuada asesoría técnica, para evitar errores o exageraciones que pueden resultar perjudiciales y para usar un lenguaje apropiado evitando tecnicismos que puedan dificultar la comprensión.

En los programas de televisión que divulgan asuntos relacionados con la medicina es común que se destaquen los aspectos curativos de las enfermedades, sobre los preventivos, que son de mayor importancia. No es raro observar que se difundan intervenciones quirúrgicas complicadas, a las cuales se recurre sólo excepcionalmente y cuyo objetivo y procedimiento son difícilmente comprendidos por el público en general. En oportunidades, las acciones médicas se muestran en forma deshumanizada y a veces truculenta, y no siempre guardando el debido respeto por la dignidad de las personas enfermas y aún descuidando señalar el aspecto humano del papel que desempeñan los médicos, las enfermeras y otros colaboradores del equipo de salud. Es indispensable evitar estos errores no sólo porque proporcionan una falsa imagen de la medicina, sino que también porque a veces tienden a agravar la neurosis de ciertos televidentes.

Asimismo, no deja de causar inquietud la propaganda sistemática de productos dañinos para la salud, como el tabaco y las bebidas alcohólicas. Sin duda es pernicioso mostrar a los participantes de programas fumando en forma excesiva o ingiriendo bebidas alcohólicas como una necesidad social.

Debe cuidarse también de no presentar en los programas de televisión al curanderismo, la superchería o el charlatanismo en materias de salud, como actividades legítimas, por razones que no es necesario detallar.

PRODUCCION DE PROGRAMAS NACIONALES

Los progresos de la técnica permiten hoy día conservar con el sistema de "video-tape" cualquier programa de televisión y reproducirlo después, tanto por otras estaciones transmisoras como en forma doméstica.

Puede decirse sin temor a errar que en Chile disponemos de autores teatrales competentes, así como de actores de gran calidad y de las asesorías necesarias. No nos falta pues el material humano que es el más escaso, para crear nuestros propios programas de televisión. Todo hace pensar que es perfectamente posible establecer entre nosotros, aún con fines comerciales, la producción de programas o series de programas, que podrían ser difundidos por estaciones de habla española de los diversos países. No nos parece prudente rechazar a priori esta posibilidad, por temores de carácter económico que no han sido sometidos a pruebas.

Para terminar, los miembros de la Comisión están conscientes que en cada uno de los aspectos tratados en el presente informe, se podría llegar a mayores detalles; pero que ha preferido, siguiendo la idea del Consejo del Instituto, limitarse a señalar las grandes líneas directrices, que podrían contribuir a elevar el nivel cultural de la televisión chilena.

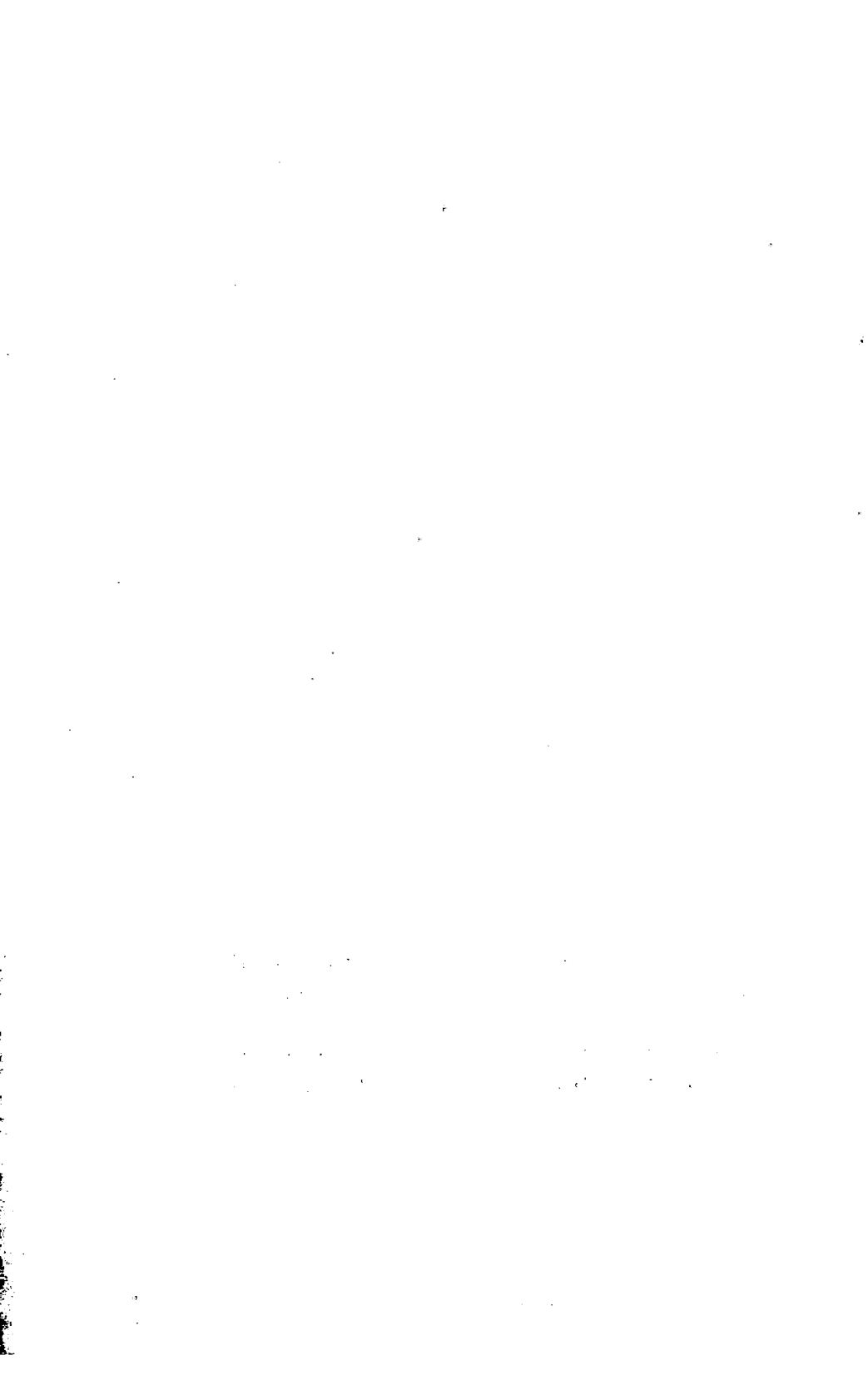
Marzo, 1980

JORGE MARDONES RESTAT
de la Academia de Ciencias

AMADOR NEGhme R.
de la Academia de Medicina

CARLOS RIESCO GREZ
de la Academia de Bellas Artes

LUIS VALENCIA A.
de la Academia de la Historia



ESTAGNACION DEL POTENCIAL CIENTIFICO-TECNOLOGICO

Dr. Héctor R. Croxatto

DE LA ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS

Premio Nacional de Ciencias 1979

Discurso pronunciado en el acta solemne de entrega del Premio Nacional de Ciencias, el día 31 de octubre de 1979, realizado en el Instituto de Chile.

¡Señor Ministro!

Agradezco con viva emoción el valiosísimo galardón que me ha sido concedido. Él por cierto, honra profundamente a mi persona, halaga y vitaliza el espíritu de un viejo Profesor, que no desea detenerse en el camino. Sin duda, me ha inundado de un verdadero optimismo, porque, más allá de la temporalidad de todo halago, puedo hidalgamente reconocer que el Premio Nacional de Ciencias, es antes que nada un símbolo de la alta estima que el país expresa por la labor que despliega toda la comunidad científica. Desde el momento en que fue instaurado este Premio, lo que ocurrió muchos años después que lo fuera el Premio de Literatura (1942), pareció consolidarse el concepto, en nuestro medio, que también la investigación científica no es meramente manifestación básica del vigor intelectual del hombre, sino, es además pieza fundamental en la elaboración de nuestra cultura e insustituible palanca para nuestro bienestar y desarrollo nacionales. Cuán lejanos aparecen esos desvaídos recuerdos cuando como estudiante de Medicina escuchábamos desesperanzados, aun de los labios de algunos profesores que la investigación científica no tenía destino en nuestro país. Ella, se decía, no sólo es muy onerosa, y se agregaba que no estábamos intelectualmente preparados para escrutar en la línea de avanzada del conocimiento. Descontando las honrosísimas excepciones, en la década del año 20, la falta de laboratorios y de revistas en la Escuela de Medicina, que pudieran ser calificados de

científicas, era el más dramático testimonio de la escasa consideración que se asignaba a la investigación científica autóctona. Sin embargo, guardo un inmenso respeto por la calidad de la enseñanza que se nos dio, pues cumplió cabalmente su ciclo histórico. Pronto, ésta hubo de evolucionar casi súbitamente, porque sobrevino en esos años en el mundo de la Biología, una acelerada renovación de los conocimientos por un vuelco científico de enorme trascendencia. Los portentosos y sucesivos descubrimientos de la Bioquímica, la Fisiología y Farmacología que conmovieron hasta sus clásicos cimientos a toda la Ciencia Médica, produjeron en Chile una profunda innovación. Pero además en su favor ocurrió algo que no ha sido todavía suficientemente dimensionado, y fue la presencia decisiva y ejemplar de mentalidades científicas eminentes, verdaderos paladines que lucharon incansablemente por los fueros de la Ciencia: Me refiero a Eduardo Cruz-Coke, Alejandro Lipschütz y Juan Noé. El tiempo no me permite analizar la obra de estos pioneros, pero no puedo menos que rendir un homenaje a uno de ellos, a Cruz-Coke, un hombre a quien tanto debo, que no sólo me brindó su afecto y supo avivar la lumbre de mi curiosidad para penetrar en los misterios de las estructuras vivientes; al hombre que proclamó a lo largo de su fecunda vida, con un fervor mesiánico, que no había libertad auténtica si aceptábamos el "Colonialismo Intelectual" y si no intentábamos construir nosotros mismos la plataforma propia donde descansaron los fundamentos de nuestra independencia cultural.

DESARROLLO CIENTIFICO Y TECNOLÓGICO

Los últimos decenios no han hecho sino probar hasta la saciedad que la creación de una capacidad científica y tecnológica de alto nivel es una de las condiciones más esenciales para superar el subdesarrollo, quebrar la dependencia económica y alcanzar un grado aceptable de autodeterminación. Aun cuando por ser tan repetidas, algunas ideas pudieran aparecer como triviales, creo que las circunstancias exigen recordar que en nuestro tiempo la actividad científica debe convertirse en parte integrante y masiva del quehacer social. Todavía la

investigación en su mayor parte vive reducida como enclaustrada o atrincherada bajo el alero casi exclusivo de las Universidades. Nadie ignora ya sin embargo, que en los países industrializados, la actividad científica y tecnológica en un 70% se hace fuera de las Universidades y que ésta se ha convertido en el instrumento más eficaz para afianzar el desarrollo de todos los campos de la productividad. El conocimiento organizado ha sido el factor más importante y determinando del crecimiento económico y explica por sí mismo la disparidad del nivel de vida entre países desarrollados y en desarrollo. El adelanto científico de los primeros se originó en acciones de Gobierno que intuyeron el enorme valor de la ciencia para implementar los objetivos que se plantea la sociedad. Así en la revolución modernizante del Japón iniciada en 1868, el Gobierno Imperial, como motor innovador, determinó el envío de legiones de profesionales egresados de sus Universidades a asimilar los métodos científicos, en los principales centros europeos de investigación básica. A su regreso, y a lo largo de pocas décadas, por su efecto multiplicador, estos científicos lograron convertir a la Nación en una de las potencias industriales más prósperas, a pesar de la pobreza de recursos naturales. Después de USA., Japón tiene hoy la más alta proporción de científicos en relación a los habitantes. Es efectivo que la mayor parte de los esfuerzos científicos de los países desarrollados se orientan a la investigación aplicada, mucha de la cual se lleva adelante en el sector industrial. También es cierto que en nuestro país, como en todas las naciones en desarrollo los sectores productivos realizan poca investigación, limitándose a comprar o copiar técnicas generadas en los países más adelantados. Podemos también afirmar que entre nosotros la mayor parte de la investigación que se realiza en las Universidades, no tiene conexión con las necesidades que pudieran aparecer más apremiantes para un país que ansía el despegue. Todos estos hechos ciertos pudieran utilizarse como lógicas premisas para hacernos caer en la proposición tentadora que lo que debiéramos hacer es promover simplemente un amplio desarrollo tecnológico para ponerlo al servicio de un plan y de metas nacionales y que debiéramos, en cambio, dejar atrás la investigación científica básica sin aparentes objetivos prácticos. Esto último sería una trágica falacia, porque no es posible alcanzar niveles de

proficiencia tecnológica sin haber antes dado un gran impulso a la investigación básica, a la ciencia pura.

Los países industriales pudieron destinar recursos y dar grandes pasos en el progreso tecnológico porque disponían de un aparato científico notablemente desarrollado en sus Universidades e Institutos dedicados a la investigación. Los científicos más calificados no sólo participaron en la solución de problemas pragmáticos sino que también fueron los responsables, junto con los economistas, de la formulación de muchos de los planes de desarrollo, metas y prioridades nacionales. No cabe duda que en toda tecnología moderna, la selección de los procesos y metodologías más convenientes, en la que operan complejos variables, no pueden estar ausentes científicos y expertos del más alto nivel. China en su plan de 8 años para la Ciencia y la Tecnología, se propone aumentar a 800.000, el número de científicos para el desarrollo, una cifra 3 veces superior a la totalidad de científicos del Tercer Mundo. La definición de los objetivos debe hacerse tomando en cuenta que la ciencia, además de ser un instrumento de progreso material, es la manifestación misma de la autonomía intelectual de una sociedad, es decir, de su aptitud para incorporarse a la civilización moderna con plena capacidad de decisión sobre su destino. "Dada la dinámica tan particular de la ciencia, es previo fomentar y desarrollar un gran número de disciplinas que no aparecen como demanda directa del área productiva normal, pero que son imprescindibles para el progreso de otras y son inoperantes si no alcanzan una "masa crítica" " (A. Herrera). Aunque el problema es de suyo complejísimo, porque debemos hacer muchas cosas, un elemento aparece claro y definido frente al subdesarrollo, uno que no puede postergarse: la decisión de aumentar el potencial científico del país. Este demora muchos años en formarse y alcanzar eficiencia. Será muy difícil un despegue nacional sin incrementar considerablemente nuestra ciencia y tecnología, y sin poner en ejercicio un plan de prioridades que consulte las aspiraciones de desarrollo y de autorrealización cultural y espiritual que eleve la calidad de vida de los ciudadanos. No es necesario insistir que no basta por sí sólo incrementar los recursos humanos. Debe elaborarse un cuadro de objetivos generales y de prioridades nacionales donde estos especialistas pueden ser utilizados.

Este fortalecimiento científico-tecnológico debe estar apoyado en una estrategia política a largo plazo; que defina áreas o categorías más esenciales dentro de un contexto donde se define qué tipo de sociedad se desea construir.

El país dispone de un plan nacional de desarrollo elaborado y aprobado en 1975, que contó con el apoyo de los diversos sectores incluyendo la colaboración de científicos. Sin embargo no ha cumplido con sus metas inmediatas, porque no se le han asignado los fondos que requiere. Después de 3 años de aprobado se está lejos de que se destinen a la actividad científica y tecnológica los recursos financieros solicitados los que debían alcanzar el 1,5% del PNB. En el año 1977, se invirtió apenas una cifra equivalente a 0,37% de este PNB. Este retraso gravita muy negativamente en las perspectivas de crecimiento científico-tecnológico y prolonga la situación menoscabada por el grave éxodo de científicos iniciado en 1970. Sumado a las condiciones económicas adversas en que se desenvuelve la investigación científica, en muchos lugares, el resultado es que de acuerdo a diversas encuestas, la productividad científica se encuentra estagnada y prácticamente desde hace una década no se ha registrado ninguna expansión de nuestro potencial científico, lo que equivale a un lamentable retroceso.

Creo interpretar no sólo a la comunidad científica, sino, a todos los expertos preocupados por nuestro desarrollo nacional, de que es urgente acrecentar rápidamente nuestros cuadros científicos y técnicos, mejorar la infraestructura y equipamientos y de ese modo recuperar al menos nuestra curva ascensional de crecimiento. Esto podría experimentar un saludable avance si se reincorporan al país muchos de los más calificados especialistas que emigraron y si cuanto antes se implementa el plan de desarrollo con los recursos financieros.

LA CIENCIA EN LA UNIVERSIDAD

En nuestras Universidades y algunos organismos estatales, se concentra gran parte de la infraestructura científica y tecnológica, y es donde se encuentra la casi totalidad de los recursos humanos calificados en ciencia y tecnología, así como los equipos y laboratorios más avanza-

dos. En las Universidades se origina la casi totalidad de la investigación científica que produce el país. De allí salen los más significativos resultados que logran traspasar las fronteras.

"El trabajo que realiza la Universidad, tiende a desligarse de intereses que pudieran entorpecer la perspectiva crítica con que se enfrenta a la realidad y a mantener el máximo nivel de independencia frente a la realidad social que le corresponde analizar" (CINDA 1979). La investigación básica nacida de una inquietud creativa necesita gran libertad de acción y por su naturaleza comprometida con la avanzada del conocimiento no puede ser mediatizada ni dirigida desde afuera... gracias a ello la ciencia avanza sin cesar.

Los investigadores por su formación, siguen líneas de investigación muy personales, distribuidos generalmente en pequeños departamentos que no superan siempre un nivel "crítico" y sus intereses científicos directos están más vinculados a los problemas muy actuales que se debaten en el exterior y que en general carecen de toda relación con los requerimientos tecnológico inmediatos del país.

Sin embargo, si partimos del simple predicado de que la Universidad debe servir a la sociedad que la sostiene, y si pensamos que la Universidad dispone de la mayor parte de los recursos humanos altamente capacitados disponibles del país, resulta obvia la necesidad de buscar e intensificar una vinculación más estrecha de la Universidad con los que pudieran considerarse los grandes y prioritarios problemas productivos sociales y educacionales, involucrados en un plan de desarrollo más acelerado. Los académicos no pueden permanecer indiferentes ante esta realidad que es un desafío y no pueden evadir un compromiso con el país. Felizmente ya se han abierto promisorias avenidas de vinculación con el sector productivo, que aunque incipientes, son indicadoras de la existencia de una potencialidad que no había sido aprovechada y que puede ser ampliamente perfeccionada. Desde luego esta prestación de servicios de la Universidad debe ser servida sin que ello implique un deterioro de su papel fundamental.

No está lejos el momento en que la Universidad afronte la demanda de profesionales especializados, formados con planes de estudios diversos a los conocidos como tradicionales. Ellos podrían llegar a ser utilizados en escala cada vez más significativa, en la formulación,

análisis, desarrollo de proyectos, evaluaciones y asesorías, etc., beneficiando directamente al sector de la producción.

A pesar de las situaciones adversas, existen alentadoras iniciativas como son la de los planes en marcha para extender la carrera académica hacia la formación de doctores, especialmente en Biología, Química, y Matemática. Esto es una muestra muy positiva de la potencialidad de las Universidades para formar científicos del más alto nivel y de la clara posibilidad de que si se arbitran los medios pueden satisfacerse progresivamente la creciente demanda de desarrollo.

- No es el momento de realizar un análisis profundo de un problema tan complejo. La Universidad como Institución rectora en el país, no puede marginarse y de hecho se ha preocupado, pero me parece obvio, como lo señalé, que resultaría un daño irreversible si por favorecer una investigación orientada a la solución de problemas tecnológicos, se sacrificara el desarrollo de la libre y esencial tarea del más alto nivel creativo que orienta a la investigación pura. Muy al contrario ésta debe incrementarse, especialmente en todas las áreas prioritarias. Pensamos que el número de científicos y técnicos en Chile es críticamente muy bajo, como ocurre en todas las naciones en desarrollo, excluyendo a la India. Se calcula que nuestro país tiene como cifra total un poco superior a 2.000. Todos los científicos de Latinoamérica apenas representan el 2% del total mundial. Un requisito previo es, obviamente, un aumento substancial del gasto para incrementar la formación de científicos calificados lo cual aparece como una de las tareas más trascendentales de la Universidad comprometida en el desarrollo.

Finalmente, no puedo evitar en esta ocasión tan singular de expresar que el Premio que se me otorga en mérito a mi modesta creatividad científica, sólo me pertenecería en parte, ya lo he dicho en variadas oportunidades, el investigador científico raramente es un trabajo asilado y solitario, y yo no lo he sido. Al científico no lo precede solamente el "logos" de la ciencia que otros construyeron, sino que también, lo acompañan en los momentos culminantes de su búsqueda, otras mentes expertas, otras manos hábiles, las cuales comparten la inefable emoción de descubrir. En la ciencia de hoy el científico no se enfrenta a la problemática en soledad, no se da el

soliloquio de que disfruta el pintor enfrentando a la tela desnuda en la quietud y silencio de su estudio. La ciencia casi siempre se convierte en una tarea pluripersonal a los pocos instantes después de repuntar la idea inspiradora. El investigador no es ya más el alquimista aislado y el laboratorio de hoy se ha convertido en una usina llena de instrumentos donde concurren tanto aprendices como también expertos que en calidad de pares aportan imaginación y diálogo así como también habilidades; son estos últimos los colaboradores y coautores. Es justamente a todos ellos, los que fueron y a los que son, que deseo expresar en este momento tan solemne, mis agradecimientos más profundos y decirles que me honran y me hacen feliz con el tesoro incomparable de su amistad.

OBITUARIO

1979

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Juan Guzmán Cruchaga	21 de julio de 1979
Julio Barrenechea Pino	9 de noviembre de 1979
Mario Bahamonde	3 de diciembre de 1979
Hugo Silva Endeiza	16 de diciembre de 1979

ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA:

Eugenio Pereira Salas	17 de noviembre de 1979
-----------------------	-------------------------

ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y MORALES

Juvenal Hernández Jaque	24 de abril de 1979
-------------------------	---------------------

ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Waldo Vila Silva	4 de abril de 1979
------------------	--------------------

1980

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Horacio Serrano Palma	5 de febrero de 1980
-----------------------	----------------------

René Silva Espejo
Alejandro Garretón Silva

27 de mayo de 1980
30 de julio de 1980

ACADEMIA DE CIENCIAS

Alejandro Lipschütz
Gustavo Lira Manso

17 de enero de 1980
1º de marzo de 1980

ACADEMIA DE BELLAS ARTES:

Jorge Délano Frederick

9 de julio de 1980

ACADEMIA DE MEDICINA

Hernán Alessandri Rodríguez

23 abril de 1980

1981

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA.

Alex Varela
Pedro Lira Urquieta

11 de enero de 1981
27 de noviembre de 1981

ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA.

Fernando Allende Navarro

5 de octubre de 1981

ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES, POLITICAS Y MORALES

Alberto Baltra Cortés

7 de septiembre de 1981

ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Jorge Urrutia Blondel

5 de julio de 1981

